

A romantic couple in winter attire. The man, on the left, wears a dark green knit beanie and a thick white scarf, and is kissing the woman on the cheek. The woman, on the right, wears a white knit beanie and a red off-the-shoulder sweater, smiling with her eyes closed. The background is a soft-focus winter scene with snowflakes falling. The text is overlaid on the lower half of the image.

MORUENA ESTRÍNGANA

*Promesa bajo la estrella
de Oriente*

Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES **KIWI**

Primera edición, diciembre 2019

© 2019 Moruena Estríngana

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Para mi marido y mi hijo, os quiero.

Prólogo

Chloe, de diez años, miraba a su mejor amigo Ethan, de doce años, poner la estrella de Oriente en lo alto del árbol de Navidad. Todas las Navidades hacían lo mismo en casa de Ethan ya que pasaban las fiestas en casa del chico, las dos familias juntas.

Sus madres eran amigas desde niñas, habían crecido juntas y cuando se casaron compraron sus casas una al lado de la otra en el pueblo donde vivían. Y siempre estaban en casa de la madre de Ethan, Marisa, ya que sus maridos trabajaban en la ciudad y al pasar tanto tiempo solas preferían hacerse compañía la una a la otra.

Chloe y Ethan no iban a la misma clase pero eso no impedía que siempre buscaran el momento de estar juntos. Eran inseparables. Casi como hermanos, pero ninguno de los dos se había visto jamás como tal. Lo que sentían nunca había sido amor fraternal.

—Listo. —Ethan se bajó de la escalera y la dejó a un lado mientras miraba a su amiga. Sus ojos almendrados estaban tristes—. ¿Qué te pasa?

—Nada. —Hizo morritos y Ethan sonrió, sabía que solo debía esperar unos segundos para que se lo contara. Siempre era así—. Seguro que no me voy a casar nunca, jamás de los jamases, porque nadie me querrá lo suficiente para hacerme su esposa.

Ethan se rio y Chloe lo golpeó de broma. Lo que Ethan no sabía era que Chloe estaba así porque una de las compañeras de la clase del muchacho, que la tenía enfilada con ella, la había visto esa mañana comprando una de sus napolitanas preferidas y al salir de allí le había dicho que las niñas gordas y feas nunca se casaban, que nadie querría a una mujer a la que había que rodearla dos veces para pasarla. Esas palabras no paraban de repetirse en la mente de la pequeña que pensaba que tenía razón.

—¡No te rías! ¡Eres supertonto! —Chloe trató de irse pero Ethan, que era un poco más alto que ella, la sujetó para evitar que huyera.

—Lo siento, es que solo tienes diez años y no puedes saber lo que pasará.

—Lo sé. Los hombres no se fijan en niñas como yo. Las prefieren

perfectas. Mira mis primas, todas delgadas y yo soy un barrilete. No soy más que una gorda...

Ethan sabía que su amiga tenía complejos con su peso. Él la veía preciosa, le daba igual que no fuera un palillo; de hecho, él pensaba que así era más bonita. No entendía las tonterías de Chloe por el peso y menos porque solo tenía diez años.

—Eres preciosa o bueno... todo lo guapa que se puede ser siendo una niña tonta —bromeó y Chloe sonrió—. Tú eres tú, y un día encontrarás a alguien al que le gustarás tal como eres.

—¿Y si no es así?

—No lo sé. No sé cómo puedo ayudarte con esto.

Chloe miró la estrella y luego a su amigo.

—¿Me puedes prometer que si cuando esté a punto de cumplir veintiocho nadie se ha casado conmigo, y tú no estás casado, te casarás conmigo antes de que los culpa? Mi madre siempre dice que ante todo ella y mi padre son amigos. Y tú y yo lo somos, y de los buenos. Nos llevamos bien. No creo que se necesite más para casarse. ¿No?

Ethan la miró y se perdió en sus ojos marrones. Solo quería verla sonreír y por eso le siguió el juego. Nunca podía decirle que no cuando lo miraba de esa forma.

—Te lo prometo; y ahora vamos a buscar algo de chocolate en la nevera de mi madre.

—Engorda.

—Eso es porque es bueno, y mi madre dice que todo lo bueno engorda.

Chloe se rio y abrazó a su amigo.

Ethan supo que su promesa había merecido la pena si ella volvía a ser feliz. Total, hasta que Chloe tuviera veintiocho años seguro que se le había olvidado o a él. Solo era una tonta promesa por la sonrisa de su amiga.

Ninguno de los dos reparó en sus madres que veían las escenas emocionadas y pensando lo mucho que les gustaría que sus dos hijos se enamoraran.

4 años después...

No podía ser, Chloe no podía creerse que su padre hubiera aceptado ese trabajo. Un trabajo que los llevaría a la otra punta del mundo.

Estaba en el cuarto de Ethan esperándolo. Acababa de enterarse de todo y se iban al día siguiente. No había podido retrasarlo más y era una gran oportunidad para su progenitor. Lo sabía pero le dolía en el alma separarse

de su mejor amigo, del chico que le gustaba desde que se dio cuenta de que ya no lo veía como a un amigo más. Ethan era especial y a su corta edad sabía que estaba enamorada de él sin lugar a dudas.

Se sentía completamente desdichada, no podía creerse que aquello fuera cierto.

Ethan entró y se sorprendió al verla. Aún no sabía que se iba y ella supo que no quería malgastar su última tarde juntos explicando su partida. Que si se iba a marchar sin fecha de regreso, iba a ser valiente por una vez. Iba a hacer lo que deseaba y lo que en otras ocasiones no se atrevería.

Quería ese último recuerdo, quería que él fuera el primero al que besara. Sus caminos se iban a separar y ya nada volvería a ser igual.

—¿Qué pasa Chloe? —Ethan esperó como siempre, solo que esta vez la repuesta no llegó de la forma que él esperaba. Esta vez de la boca de su amiga solo salió un torpe beso.

Ethan se quedó paralizado, no sabía qué hacer, y menos cuando Chloe se alzó más y cogió su cara entre sus manos para profundizarlo con torpeza. No pudo hacer más que besarla.

Quería dejarse llevar, devorar los labios de su amiga sin pararse a analizar la locura de todo aquello. Sabía que Chloe no se había besado con nadie, por eso trató de tener cuidado. Él tenía ya experiencia, había compartido algunos besos con sus compañeras de clase.

La tímida lengua de Chloe tocó la suya y Ethan se apartó, tenían que hablar de aquello. Sin duda, ese beso lo cambiaba todo entre los dos.

—Chloe...

—Me tengo que ir. Lo siento... yo... adiós.

Se marchó antes de que pudiera seguirla y aunque la persiguió, cuando se repuso de lo sucedido y fue a su casa, su madre le dijo que se había encerrado en su cuarto. Regresó al suyo dispuesto a hablar con ella al día siguiente, lo que él ignoraba era que al día siguiente ya sería tarde y que pasarían muchos años hasta poder volver a ver a su amiga cara a cara.

La distancia es mal aliado para los amigos, porque sin darte cuenta, los años se acumulan sin haber encontrado el momento de acortar las distancias, una vez tu nueva vida te arrastra sin freno ni pausa.

Capítulo 1

Cloe

Miro por la ventana del avión notando el escozor de las lágrimas en mis ojos. Regreso junto a mis padres al que fue mi hogar de la infancia.

A ese pequeño pueblo que tanto he añorado pese a vivir en la gran ciudad y tener tantas cosas a mi alcance. Hay personas que no pueden vivir en lugares pequeños, yo no hay día que no haya extrañado estar de vuelta en mi hogar, donde por la noche se respira la paz de la naturaleza y no el tránsito de los coches.

Y aunque esto me pone feliz una parte de mí está completamente rota, destrozada y sumida en un mar de lágrimas.

Mi prometido ha roto conmigo a pocos días de la boda porque se sentía asfixiado.

Debería de estar preparando las cosas de la boda y estoy haciéndome a la idea de que la persona que yo quería a mi lado siente que sus alas no pueden alzarse al vuelo como deberían. Creía que éramos perfectos, que todo estaba bien, que su sonrisa era de felicidad... no supe ver que yo le hacía sentir así. O más bien lo nuestro.

En el fondo espero y deseo con todas mis fuerzas que regrese, que me busque y lo nuestro siga hacia delante. No concibo mi vida sin Felipe, sin la persona a la que quiero.

Aterrizamos tras muchas horas de viaje. Estoy agotada y aún nos queda un largo trayecto en el coche de alquiler de mi padre. El resto de nuestras cosas y nuestros coches están ya esperándonos en nuestra casa. Lo mandamos traer todo y mis padres vendieron la casa en la que vivíamos. Ahora que mi padre se ha jubilado, y aprovechando que yo no estoy con Felipe, han decidido regresar a su hogar. Ellos están muy felices, parecen unos críos la mañana de Navidad. No paran de mirarse cómplices. Los envidio, porque me recuerdan lo que ya no tengo.

Entramos en el coche y estoy medio dormida cuando mi madre lanza la pregunta que estaba esperando.

—¿Qué le vas a decir a Ethan?

—«Hola», supongo... si es que me habla.

—Seguro que lo hace, Ethan es especial y lo vuestro era único —me responde.

—Han pasado muchos años, las personas cambiamos y tal vez lo vivido y cómo somos ahora no nos haga encajar como amigos.

—Seguro que no —dice firme.

Miro hacia la carretera recordando a mi amigo. A mi primer amor. Me arrepentí tanto del beso... que por miedo y por vergüenza no lo llamé. Luego me enfadó que él tampoco lo hiciera y sin darme cuenta el tiempo había corrido en mi contra y parecía haber hecho insalvable nuestra amistad.

No ha habido día que no soñara con hablar con él... con abrazarlo.

Me da miedo ver a lo que ha sido reducida nuestra amistad. Descubrir que por mucho que lo fuera todo para mí hace años, ahora no quede nada de esa unión. Temo que eso empañe los bonitos recuerdos que tengo de nosotros dos.

Llegamos a nuestra casa que está en perfecto estado porque una chica venía a limpiarla una vez a la semana. Mis padres siempre tuvieron la intención de regresar.

Voy a mi cuarto y parece como si acabara de viajar en el tiempo. Todo está como lo dejé hace catorce años. Mis peluches y las fotos con Ethan. Me acerco y nos veo a los dos siempre juntos, siempre sonrientes, felices y ajenos a que el amor que yo sentía iba a acabar por separarnos.

Me siento en la cama y saco el móvil lo enciendo y me detengo, iba a mandarle un mensaje a Felipe para informarle de que estaba en casa. Que el viaje había ido bien.

Noto como las lágrimas que me he esforzado por reprimir caen por mis mejillas.

Cuesta aceptar que por mucho que tú quieras a alguien en tu vida debes aprender a vivir sin él.

Me he quedado dormida y, sin darme cuenta, empalmé con la noche y ya son las nueve del día siguiente. Estaba atontada por el viaje. Me doy una larga ducha y bajo a ayudar a mi madre con la comida de esta noche, la de Nochebuena, que ya huele por toda la casa aunque sea más la hora del café de por la mañana que de la cena.

Entro en la cocina y la veo ir de un sitio a otro haciendo mil platos.

—¿Eres consciente de que Marisa hará muchos más?

—Lo sé, pero no importa. Estoy muy feliz de estar de vuelta.

Me pierdo en los ojos de mi madre y me centro en su felicidad, lo hago porque no quiero que mi tristeza les amargue esta noche.

—¿Por qué en vez de ayudarme no te das una vuelta por el pueblo?

Lo pienso y me apetece tanto como me aterra. No soy la misma chica gorda que hace unos años, pero es como si una parte de mí siguiera siendo así. No estoy preparada para encontrarme con la persona que me amargó la infancia y que manipulaba a todas las chicas de mi alrededor para humillarme.

Necesito un poco de tiempo para poder dar ese paso; tal vez tenerla cara a cara y saber que no debo agachar la mirada ante ella. Ni ante nadie más. Y menos ahora que estoy tan delgada gracias a mi esfuerzo.

No volveré a ser Chloe la gorda nunca más.

—Mejor te ayudo —le respondo—, ya habrá tiempo de verlo.

—Sí, luego te acompañará Ethan, seguro.

—No lo tengo tan claro.

Mi madre no dice nada y lo agradezco.

En pocas horas veré a Ethan, no sé si estoy preparada para otro fracaso, para otra pérdida, para aceptar que nunca más seremos amigos.

No estoy preparada para decirle adiós para siempre a mi primer amor.

La puerta trasera de mi casa, que estaba un poco abierta, se abre del todo tras unos toques en esta. Tras esta aparece Marisa, la madre de Ethan. Mi madre va hacia ella entre saltos y se abrazan como si en vez amigas fueran hermanas de sangre. Siempre se han querido incluso más que personas por las que corre la misma sangre en sus venas.

Se separan entre risas y llantos de felicidad. Marisa me mira y agranda los ojos.

—Estás preciosa, niña, las fotos no te hacen justicia. —Me abraza con fuerza, siempre fue como una segunda madre para mí.

Pasaba más tiempo en su casa que en la mía. La he echado mucho de menos. No era consciente de cuánto hasta ahora que sus brazos me dan el cobijo que ya me dieron en años pasados.

—Tú te vienes conmigo —me dice Marisa—. Ahora te la traigo.

—¿Dónde vamos?

—A tu entrevista de trabajo. ¿No te dije que te conseguiría trabajo?

—Sí, y te lo agradezco, ahora lo que menos necesito es estar ociosa.

—Ya verás como tu nuevo jefe no te dejará parar, es un poco duro. —
Sonríe—. Qué ganas tenía de tenerte de vuelta.

Paso por el pueblo, tiene algunas casas nuevas y veo pequeños cambios en él, pero lo esencial sigue intacto, como si el tiempo no hubiera pasado por aquí.

Marisa pregona a los cuatro vientos quien soy. Reconozco a muchos. Me abrazan con cariño. Todos me dicen lo bonita que estoy, sé que se callan el decir que estoy menos gorda. Llegamos a la clínica veterinaria, que está un poco a las afueras, enseguida me encanta el lugar y cuando entro me pierdo en lo bonito y acogedor que está todo. Se nota el amor por los animales que sienten aquí.

—Olga, esta es Chloe. ¿Te acuerdas de ella?

—¡Claro! —Olga, a la que acabo de recordar de la clase de Ethan me abraza con cariño—. Que alegría tenerte de vuelta.

Casi no hablamos pero parece sincera. Asiento.

—Ella es la chica de la prueba.

—Qué callado te lo tenías —dice Olga—. Algo raro en ti.

Marisa se ríe.

—No podía dejar que Ethan se enterara antes de tiempo. Tiene que ser una sorpresa de Navidad.

—Estoy delante —les recuerdo—. Y lo mismo sale corriendo al verme.

—Lo dudo —me dice su madre antes de desearme suerte en mi prueba.

Olga me hace una prueba y la paso con facilidad. Estudié veterinaria, pero llevaba tantos años sin ejercer que temía estar más verde de lo que imaginaba. Afortunadamente todo va muy bien y me pide los datos para redactar mi contrato.

—Nos vemos pronto —me dice alegre.

—Nos vemos, no os vais a arrepentir.

—Eso seguro —dice Marisa tirando de mí hacia fuera.

Vamos a comprar unas cosas que le faltan para la cena y regresamos a nuestras casas. Entro a mi casa y mi madre me pregunta por la entrevista de trabajo tras despedirse de su amiga. Le digo que genial y me pongo a ayudarla con los postres.

Hace años hubiera ido comiendo mientras los preparaba, pero eso fue antes de que conociera a Felipe y de que su estilo de vida saludable entrara en mi vida. Ahora sé controlar mejor mis ganas de comer y así evito engordar.

—Que ganas de que llegue esta noche —dice mi madre.

Yo solo asiento, porque pensar en mi encuentro con Ethan me tiene muy nerviosa. Ojalá todo siga como hace años.

Ethan

Vuelvo a mi casa tras unos días duros de trabajo en el campo. Soy veterinario y cuando surge un problema en un campo vecino me llaman para poder ayudarlos sin tener que trasladar a los animales. Me gusta mi trabajo, de hecho podía haberme quedado más días pero he decidido volver porque si no estoy en la cena de Nochebuena mi madre es capaz de venir a buscarme y traerme de las orejas.

Sonrío al imaginarlo, ella es así, energía pura. Y no le importa dar más chismes al pueblo; al contrario, ella muchas veces es la que va a contarlos porque le encanta tener cosas jugosas que decir a sus amigas y vecinas.

Ya me he acostumbrado a que mi vida sea algo de todos. Por suerte, cuando me divorcié la gente se puso de mi lado y sentí su cariño y apoyo.

Nadie esperaba que Mabel fuera así. Yo menos, que tuve que afrontar el divorcio, la pérdida de mi casa y la mitad de mis ingresos y aceptar que nunca conocía a la que esperaba que fuera la madre de mis hijos. Era como ver a una extraña. Me costaba verme a mí mismo con esa persona tan cruel y fría compartiendo cama y un pasado.

Salí tan dañado que juré no casarme más. No quiero volver a pasar por algo así.

Estoy muy tranquilo; centrado solo en mi trabajo.

No estoy preparado para querer a alguien y aceptar el riesgo de poder perderla al instante siguiente.

No confío ahora mismo en que el matrimonio sea para mí ni en que dure para siempre.

Entro a mi pueblo, no es muy grande y aquí nos conocemos todos. La gente me saluda cuando bajo la velocidad del coche. Alguno me pregunta por mi trabajo fuera. Respondo a todos amable y conduzco hasta la casa de mis padres sin pasar por la mía primero.

Aparco y ando hacia esta preciosa casa unifamiliar donde he vivido tantas cosas. Al entrar escucho a mi madre en la cocina trasteando para la cena de esta noche, seguro que la mesa de la cocina está llena de platos de comida.

Entro y así es. Parece mentira que no se dé cuenta de que nosotros tres

no podemos con tanta comida.

—¿Acaso has invitado a todo el pueblo a comer? —le digo repitiendo la broma que le hago todos los años.

Mi madre me mira y sonrío feliz de tenerme aquí.

—Chloe ha regresado —me lo suelta así, sin anestesia, y sé que es porque se moría por darme la noticia y ver mi cara.

Eso es lo primero que me dice mi madre nada más verla tras una semana fuera por trabajo, y solo he vuelto porque hoy es Nochebuena y aunque me gustaría decir que me da igual, que la noticia no me importa, no es así.

Han pasado catorce años desde que trasladaron al padre de Chloe, desde que pasamos a ser prácticamente inseparables a no volver a vernos.

No la he visto desde entonces, pero he sabido de su vida por mi madre que me cuenta cómo le va.

Yo no he vuelto a hablar con ella desde que se fue.

Me enfadó que se marchara sin despedirse y... tras besarme. Lo vi como uno de sus juegos y me molestó que me usara de esa forma. Luego los años pasaron y me daba miedo ponerme en contacto con ella y que nada fuera lo mismo. Entre unas cosas y otras, nuestra amistad ya solo era un recuerdo y mi vida me llevó lejos de ella. Aunque, si he de ser sincero, siempre que mi madre habla de Chloe me alegra saber que las cosas le van bien.

Sin poder evitarlo mi mente evoca un recuerdo. Yo llegaba a casa tras la ruptura con mi primera novia, me dejó por otro sin más; era joven y en ese momento estaba tan ciego por toda la novedad que me sentía morir de amor. Al entrar a mi cuarto allí estaba Chloe esperándome. Me vio y sin yo decir nada sabía que algo había pasado con, la hasta entonces, mi novia. Me abrazó con fuerza dándome la seguridad que yo necesitaba en ese momento y me dijo: «No te preocupes, yo estaré aquí siempre para sujetarte cuando otras no sepan valorarte». Pero no fue así. Todo cambió para siempre entre los dos cuando la distancia se interpuso y ganaron las excusas para no dar el paso de hablar.

—Pensé que estaría preparándolo todo para su boda —le digo a mi madre como de pasada.

—No habrá boda —me suelta mi madre sin dejar de mirarme a la espera de ver mi reacción—. Su prometido se ha agobiado y se ha marchado dejándola plantada.

Me tenso; mi exmujer, tras varios años intentando que lo nuestro funcionara, se marchó diciendo que no podía más, que se asfixiaba, que necesitaba vivir la vida, como si a mi lado no la estuviera viviendo, como si más que su compañero de batallas fuera un lastre en su vida.

Entiendo muy bien esa impresión de sentirte lo peor para la felicidad de otra persona.

—No me suena de nada. —Mi madre me mira como diciendo: no te hagas el tonto—. ¿Y para qué ha regresado?

—Como sabes, su padre se acaba de jubilar y tenían pensado venirse a vivir a su antigua casa. Si no lo hicieron antes fue porque no querían estar lejos de su pequeña si se casaba y les daba un nieto. Pero tras la ruptura, sus padres le propusieron regresar y empezar de nuevo su vida aquí. Me lo dijeron y yo me he encargado de todo. Hasta le he buscado trabajo. —Con sinceridad, no me extraña que mi madre se haya encargado de todo y que a su vez haya informado a todo el pueblo de la vuelta de su amiga—. Estoy tan feliz por la vuelta de Nadin, la he echado mucho de menos. Es un asco que viajar a la otra punta del mundo sea tan caro.

Mi madre pone sobre la mesa una fuente con más comida. No cabe más y dudo que todo esto nos lo vayamos a comer solo los tres, siempre se pasa cocinando en las fiestas pero este año hay el doble que otros años.

—Intuyo, por esta cantidad de comida, que van a venir a cenar a casa por Nochebuena.

—¡Sí! Como en los viejos tiempos y quiero que te arregles, que te pongas guapo. Chloe está preciosa...

—¿No estarás haciendo de casamentera? Te recuerdo que he jurado que nunca más me volveré a casar. Lo digo por si vas al bar del pueblo a iniciar una apuesta. Vas a perder.

Mi madre pone mala cara y luego sonríe.

En el fondo sé que ya debe de circular en el libro de apuestas del pueblo cuando me casaré de nuevo. Apuestan por todo, el aburrimiento y lo cotillas que son los que viven aquí hacen que cada dos por tres haya una nueva apuesta anotada. A mi madre le encanta ir al único bar del pueblo a enterarse de los chismes y ella es la que siempre se entera de más. Le encanta eso de entrar a donde la esperan sus amigas y contarle los últimos cotilleos. Y, sí, había también una lista de apuestas de cuánto duraría mi matrimonio y otra de si Chloe impediría mi boda. Cuando lo supe le eché la bronca a mi madre por haber iniciado algo así. No es un secreto para mí

que desde niños nos hayan imaginado juntos.

—Ya claro, eso dices ahora. Yo juré que iba a dejar de fumar y como sabes sigo fumando a escondidas de tu padre. No pienso perder la apuesta con el día que dejaré de fumar. —Sonríe como si fuera una niña traviesa—. Tú solo ve a tu casa, ponte guapo y ven. Tal vez no pase nada entre los dos, pero antes erais muy buenos amigos y desde que te dejó Mabel estás siempre de un humor de perros, y has espantado a todos tus amigos. Y dicho sea de paso, nunca me gustó esa zorra para ti. —La recrimino con la mirada y alza los hombros inocente.

—Por suerte para mí. La soledad es la mejor compañera —la pico porque sé lo mucho que le molesta que me mantenga firme en mi deseo de no casarme de nuevo y por supuesto ni hablar de darle nietos.

—Eso no te lo crees ni tú... y ahora vete. Cenamos a las nueve, ponte algo que no sean camisas vaqueras o de leñador. —Mi madre me da un beso antes de que me marche y me abraza—. Me alegra tenerte de vuelta.

Sonrío y me alejo hacia mi casa que no queda muy lejos de aquí. No sé qué pensar ni qué sentir con la vuelta de Chloe. Una parte de mí sigue cabreada con ella por su distanciamiento, otra sabe que dos personas no dejan de hablarse si uno no quiere. Esto es cosa de los dos.

Si he de ser sincero, hacía tiempo que no sentía nada y saber que voy a verla de nuevo ha hecho latir en mí una emoción hasta ahora perdida.

No puedo negar que la he echado de menos. Nunca nadie me entendió como ella. Por eso me dolió mucho más perderla.

Ella sabía entender mis silencios y complementarlos con su dulzura y cariño.

Entro de nuevo en la casa de mis padres, tras irme a mi casa para darme una larga ducha y cambiarme de ropa. Escucho voces en la cocina, casi es como si hubiera viajado en el tiempo; como si estos catorce años no hubieran pasado y todo siguiera como antes. Voy hacia la cocina y me detengo al ver a alguien mirando la estrella de Oriente. La misma de cuando era pequeño, la misma bajo la que Chloe me hizo prometer que me casaría con ella si con veintiocho años seguía soltera. Y yo que pensé que los años me harían olvidar esa promesa que hice para verla sonreír y aun hoy la recuerdo como si fuese ayer.

Me fijo en la mujer que hay ante el árbol con detenimiento.

No tengo dudas de que es ella y no necesito que se dé la vuelta para saberlo. Para confirmarlo. La reconocería con los ojos cerrados. Es como si mi cuerpo siempre estuviera alerta ante su presencia, y saber que con los años no ha cambiado me gusta e inquieta.

Chloe ha cambiado. Su pelo castaño cae ondulado y brillante por la espalda. Parece más rubio que antes, tal vez por el sol. Está más alta. No mucho más, sigue siendo una enana y más ahora que yo mido un metro ochenta y cinco.

Su cuerpo se ha definido y puedo vislumbrar sus atractivas curvas bajo el pantalón negro que lleva ceñido al cuerpo y la camiseta azul, seguro que con adornos navideños, antes le encantaba ponerse camisetas con motivos festivos. Tal vez eso sí haya cambiado.

Me acerco y se gira al escucharme. Veo que su gusto nefasto por las camisas horribles de Navidad no ha cambiado y sonrío antes de alzar mi mirada para entrelazarla con la suya.

Entonces pierdo la sonrisa. Recuerdo que Chloe era preciosa, recuerdo sus ojos castaños grandes y expresivos, pero me había olvidado de lo hermosa que era. Me había olvidado de sus rojos labios y de sus perfectas pestañas que dan más profundidad a su mirada. De ese rubor que tiñe sus mejillas y de las pecas que acarician su nariz dándole ese aire tan dulce y a la vez pícaro. Me había olvidado de que hace años estaba enamorado de ella y que por eso no la llamé, porque simplemente pensé que lo nuestro se había estropeado para siempre, por sentir algo que nada tiene que ver con la amistad. Y ahora ha vuelto y, aunque hayamos cambiado, aunque no quede nada de lo que sentía... aunque seamos diferentes, sé que tengo otra oportunidad para recuperar a mi amiga, y no pienso desaprovecharla.

Por eso la abrazo, como siempre, como si no hubiera pasado el tiempo y como deseo hacer desde que supe que se había marchado y nuestros caminos se habían separado tal vez para siempre. Dolía mucho pensar que ese abrazo deseado tal vez no sería más que un sueño incumplido.

Chloe

Me quedo paralizada hasta que reacciono y abrazo a Ethan con fuerza como llevo deseando hacer desde hace años.

Es como regresar a casa.

Antes no era así, no era tan alto, ahora me siento completamente protegida entre sus brazos. Me siento muy pequeña entre ellos. Ni era tan

alto ni tenía este cuerpo tan musculado. Ni olía así de bien, aunque ya antes me gustaba mucho la colonia que usaba; se nota que lo que usa ahora es perfume del caro y en él huele de maravilla.

Cuando me he girado y lo he visto me ha costado reconocerlo. En este tiempo no he visto fotos suyas, aunque sé cómo ha ido su vida. Mi madre me pone al día. Pero no he querido ver cómo era porque lo añoraba demasiado.

Su pelo rubio se ha vuelto más castaño y solo en las puntas sigue notándose ese pelo rubio, casi blanco, de cuando era pequeño. Se ha convertido en un hombre muy atractivo. En un hombre de intensos ojos verdes con motas doradas. Eso fue lo que me hizo saber que estaba ante mi amigo perdido.

Tenía miedo a este encuentro. No sabía qué decirle, no sabía cómo pedirle perdón por todos estos años en los que no he hecho nada por hablarle. El problema es que cuando me fui, temí haberlo estropeado todo con mi torpe beso y me mortificaba tanto por haberlo hecho que no lo llamé. Él tampoco y el tiempo fue pasando... y mi vida fue girando sin él cerca.

Cuando me quise dar cuenta habían pasado catorce años y, aunque lo parecía, nunca me he olvidado de mi mejor amigo.

—Tenía miedo de haberte perdido para siempre.

—Eres una exagerada. —Me río entre sus brazos y se separa un poco para poder mirarnos.

—Algunas cosas no cambian.

—Me gusta que sea así. —Nos miramos a los ojos sin decir nada.

Tengo tanto que contarle, tanto que preguntarle, que no sé por dónde empezar; y como si lo adivinara sonrío, haciendo que su hoyuelo se le marque y, tras guiñarme un ojo, dice:

—Luego, ahora tenemos cuatro mirones que creo que ya están pensando cosas que no son. ¿Verdad, mamá?

Me giro hacia nuestros padres y veo las caras de nuestras madres. No hay que ser muy listo para saber que tras nuestro abrazo, ya andan pensando en que acabaremos juntos. Y eso no será así. Ahora mismo no tengo la cabeza para pensar en novios ni en nada por el estilo; ni con él ni con nadie. Solo hace dos semanas que me dejaron tirada, que el hombre que yo creía amar, me dijo que estaba agobiado y sin más se fue.

Ahora necesito un amigo, uno bueno, y quiero que ese amigo sea Ethan.

—Hacéis una pareja tan bonita —dice la madre de Ethan—. Y sería tan genial que nuestros hijos se casaran —dice mirando a mi madre que asiente muy sonriente.

—Algo que no pasará —digo y me separo de Ethan.

—Pues te recuerdo, bonita, que el 6 de enero cumples veintiocho años —me recuerda mi madre mortificándome—, e hicisteis una promesa bajo esa estrella de ahí.

Miro a Ethan que niega con la cabeza y sonrío.

—Yo no les he contado nada —me defiendo.

—Estábamos cerca y lo escuchamos —dice mi madre—. Lástima que no tuviera la cámara cerca.

—Sí, es una lástima. Hubiera estado tan bien fotografiar ese momento —dice la madre de Ethan.

Pongo los ojos en blanco y voy hacia la mesa donde nos espera la cena. Nos sentamos todos a ella para degustar la cantidad de comida que hay. Seguro que sobraré para muchos días. Siempre era así cuando nos juntábamos por Navidad. Había olvidado lo mucho que me gustaba probar un poco de todo. Sobre todo las comidas que preparaba la madre de Ethan, que cocina mucho mejor que la mía. Alzo la mano y la retiro cuando recuerdo que ya no soy esa niña glotona que no dejaba de comer a todas horas.

—Y yo que pensaba que con los años esto había cambiado —digo a Ethan entre dientes porque nuestros padres sigan con esa cantinela mientras pienso a qué hincarle el diente primero.

—Ahora es peor. Ahora hacen apuestas por todo. —Agrandando los ojos y la madre de Ethan asiente feliz por este hecho.

Ethan sonrío; aunque, al fijarme bien, la sonrisa no alcanza sus ojos. No es como antes, que siempre tenía una sonrisa. Ahora algo la sobrecrece y pienso si será lo de su exmujer, que hace seis meses lo dejó. Por lo que me dijo mi madre lo obligó a vender la casa y tuvo que empezar de cero. Me mira al notarse observado y le sonrío con calidez. Se me hace tan raro tenerlo de nuevo cerca. Busco su mano bajo la mesa y lo acaricio, para cerciorarme de que es real, que no es un sueño que esté de nuevo junto a mi querido amigo. Ethan, como si adivinara mis pensamientos, entrelaza sus dedos con los míos y me da un apretón que hace más real este momento, antes de separar nuestras manos para cenar.

Solo el estar cerca de Ethan hace que la noche se pase más o menos

bien. Aunque me cuesta. Hace solo dos semanas planeaba con mi exprometido dónde pasaríamos la Nochebuena y pensábamos que sería la última de solteros. Luego se agobió y adiós a todo. Tiró por tierra dos años de pareja y todo lo que habíamos construido en un solo instante. Y en ese momento solo pensé en qué había hecho mal. No entendía qué había pasado para llegar a ese punto y quería volver atrás en el tiempo y rectificarlo.

Algo imposible.

Ethan

—¿Y te acuerdas de la vez que se tiraron por un barranco para salvar a una cabra? —recuerda mi madre.

—¡Y acabaron perdidos de barro y resultó que la cabra no había llegado a saltar! —dice la madre de Cloe riéndose.

—Fue la más lista de los tres —sentencia mi padre—. Pero la mejor fue cuando decidieron recoger todos los gatos y perros callejeros del pueblo y meterlos en nuestra casa.

—Sobre todo cuando a mí casi me dio un infarto al ver las cortinas y los sofás rotos.

—Era por los animales —le digo a modo de defensa igual que ese día.

—Sí, pero los que estuvisteis castigados sin salir un mes fuisteis vosotros dos —dice la madre de Chloe.

—Para que eso hubiera sido un castigo los deberíais de haber mantenido separados —dice mi padre.

—Cierto —respondo.

Chloe no habla mucho, solo escucha mientras mira la mesa sin probar nada. Hace años este era su momento favorito. Se llenaba el plato de cosas que me acababa por terminar yo. Ha cambiado, y no solo físicamente.

—Pero sin duda la vez que más me reí fue cuando Chloe quiso aprender a cortar la barba... en la cara de Ethan —dice el padre de Chloe—. Y el pobre acabó con un montón de cortes.

—Ahora te ríes —dice su mujer—. Pero ese día cogiste a Ethan y saliste gritando con él en los brazos para que fuéramos al hospital porque se estaba desangrando.

—Tal vez porque solo tenía diez años y nada de pelos pero sí varios cortes —se defiende el hombre.

—Minúsculos —apunta su mujer—. Y tú saliste gritando por la calle

que llamaran a una ambulancia...

—Si lo llego a saber no cuento esa anécdota —dice el hombre, rojo por la vergüenza al escuchar al resto reírse.

Hasta yo no he podido evitar sonreír. Chloe había visto unos dibujos donde una chica afeitaba a su marido y ella quería saber si era capaz, y tras estar pesada toda la tarde le dije que sí solo por no escucharla. Me llenó la cara de espuma de su padre y empezó a afeitarme. Yo no noté nada de dolor, pero cuando su padre abrió el aseo y me vio casi le dio algo al ver la cuchilla y un poco de sangre en mi cara. En su cabeza debió de pensarse que su hija pequeña había hecho una carnicería conmigo.

—Cuántos recuerdos compartidos —dice mi madre nostálgica, antes de levantarse para quitar platos y traer el postre.

—¿A que hacía mucho tiempo que nadie se reía de tus anécdotas? —le digo a Chloe deseando sacarle una sonrisa.

—No —dice sin más. La tristeza empaña sus ojos.

—¿Que pasa, Chloe? ¿No te gusta estar aquí?

—Sí... es solo que tenía planeado estar en otro lugar... con otra persona —dice y eso me hace entenderlo todo.

—No has elegido tú que eso sea así.

Asiente, pero sigue perdida en sus pensamientos. Traen los dulces, turrónes, pastas y miles de cosas como si no acabáramos de hincharnos hace unos minutos.

Veo a mi madre dar un trago y es mi momento de recordar cosas.

—Yo me río mucho con un recuerdo de los cuatro...

—Ese recuerdo no —dice mi madre.

—Sí, cuéntalo —dice mi padre riéndose.

—Habíais ido a una boda —sigo contando—, a la que los niños no habían sido invitados porque molestaban a la novia —recuerdo—, y nos quedamos en casa con la chica que nos cuidaba cuando salíais. Eran las tres de mañana y de repente alguien empezó a dar un concierto. —Mi madre se pone roja, el resto no dejan de reír y recordarlo—. Chloe y yo bajamos a ver qué pasaba y ahí estaba mi madre subida sobre la mesa bailando y cantando.

—Y mi madre haciendo los coros —dice Chloe—. Y entonces empecé a llorar. No entendía nada, era como si os hubieran cambiado.

—Es lo que tiene no beber nunca y pasarte una noche —se defiende mi madre—, una no controla y le cae mal.

—Sí, pero lo mejor fue que se metió en el aseo y se quedó dormida sobre la taza del váter toda la noche —dice mi padre.

—Y como solo tenemos un aseo nos tocó ir a casa de Chloe al servició.

—Bueno, ya, que para una vez que bebo...

—Ahora entiendes lo poco que nos gusta que saques a la luz nuestros recuerdos. —Mi madre me saca la lengua.

—En verdad, no molesta tanto. Es divertido —dice solo para fastidiarme.

Y aunque mi idea era que nos dejaran en paz, siguen contando más recuerdos de nuestra infancia. Miro a Chloe. Está tan seria que me pregunto si es por lo de ex o es que ha cambiado y los años han apagado la sonrisa de mi amiga.

Capítulo 2

Chloe

—Nos vamos. —Regreso a la tierra y veo ante mí el gorro rojo y mi abrigo. Alzo la vista y compruebo que Ethan los sostiene.

Hemos comido ya los postres y hemos pasado al salón a tomar algo. No he estado muy habladora. No he podido. Sigo perdida en mis pensamientos. Duele recordar lo que pudo ser.

—Vale. —Me levanto y cojo mi abrigo.

—No tengas prisa por volver a casa —me dice mi madre.

—Seguramente me quede con Ethan hablando toda la noche. No me esperéis.

Mis padres y los de Ethan sonríen y se miran. Me arrepiento de mi comentario. Es un comentario inocente que hacíamos de niños. Se nos hacían las tantas hablando y al final siempre me quedaba dormida a su lado. Se me olvida que ya tengo casi veintiocho años y Ethan treinta.

Los ignoro y sigo a Ethan hacia su casa tras dar besos a todos.

—Me atrevo a pensar que nuestros padres piensan que vamos a hacer algo más que hablar —me dice Ethan.

—Seguro que ya están poniendo nombre a sus nietos. —Sonrío y me pongo mejor el gorro. Hace mucho frío.

Tiemblo y Ethan me pasa el brazo para atraerme a él mientras andamos. Es como siempre. Es mejor qué siempre. Lo miro y sonrío.

—No estás bien y no has comido nada.

—Estoy a dieta.

—¿A dieta? ¿Por qué?

—Porque mi cuerpo engorda del aire y si me la salto, me pongo como una bola. Vuelvo a ser cómo era antes y no quiero.

—Yo nunca he visto una bola.

—Ya, porque tú eres mi amigo, como mi hermano...

—No, nunca te vi como a una hermana. Ni tú a mí tampoco. A un hermano no se le besa. Me pongo roja a pesar del tiempo transcurrido.

—Me preguntaba cuánto tiempo tardarías en sacar ese tema. Pasaron más cosas aparte de ese beso entre los dos —le digo mortificada, escondiendo la cabeza en su pecho. Ethan se ríe y su pecho sube y baja—. Me arrepiento de besarte, no por el beso sino porque perdimos el contacto. No sabía cómo hablarte tras él...

Ethan se detiene y me mira.

—¿Por qué me besaste?

—¿Por qué me respondiste? —le pregunto.

—Entre los dos nunca había secretos antes...

—Sí, había uno —le confieso, con Ethan siempre ha sido así, menos este secreto le decía todo lo que se me pasaba por la cabeza. Sabía que él lo comprendería.

—¿Cuál?

—Te besé porque estaba enamorada de ti —le confieso y aunque es un «estaba», mi corazón da un vuelco ante mi confesión—. Quería robarte mi primer beso y que cuando llegaran otros el primero siempre fuera tuyo. Ya ves qué tontería... —Ethan se queda callado y temo que mi confesión nos separe de nuevo por eso me adelanto a hablar—. Es cosa del pasado...

—Yo te respondí porque también me gustabas, aunque no fue hasta ese beso cuando me atreví a aceptarlo. Por eso te seguí. No lo hubiera hecho si no sintiera algo; ni te hubiera besado por lástima.

Mi corazón late cómo un loco, abro y cierro la boca como un pececillo y Ethan se ríe.

—Pareces una sardina.

—¡Tonto! Es que nunca imaginé que yo te gustara por ese entonces.

—¿Por qué? —Ethan tira de mí hacia una pequeña casa de dos plantas e intuyo que es la suya.

Entramos mientras pienso qué decirle, sé que me da mi tiempo pero que no se dará por vencido hasta sacarme una respuesta. Observo las cajas sin abrir que tiene por el salón, no hay duda de que compró esta casa tras el divorcio, tras tener que vender su casa. Eso me dijo mi madre.

—Era gorda y fea...

—Que tú creas eso o que las imbéciles de tu colegio te dijeran eso, no quiere decir ni que fuera cierto ni que yo te viera así.

—Vale, pero era...

—Eras preciosa y lo sigues siendo. Eres tú la única que no lo ve.

—Lo que tú digas, no quiero discutir contigo. Opinamos diferente.

Ethan me mira con sus penetrantes ojos verdes y no dice nada más. Me quito el abrigo y me dice que me ponga cómoda mientras enciende una cálida luz de la mesita que hay cerca del sofá y va a la cocina a por algo. Como tarda más de lo que esperaba lo sigo.

Se ha arremangado la camisa vaquera, ante la que su madre ha puesto mala cara, y está preparando algo de comida. Lo he visto comer y dudo que se haya quedado con hambre.

—¿Acaso tienes la solitaria? Te he visto cenar...

—Yo a ti no. Es para ti.

—No pienso comérmelo.

—Pues lo tiro a la basura.

—No serás capaz. —Acaba y abre el armario donde tiene la basura. Lo conozco y sé que es capaz, ya que le he lanzado un reto—. Vale, pero como engorde recaerá sobre tu conciencia.

—Me parece bien.

Me pone el plato delante y lo cojo. Regreso al salón y me fijo en las cajas.

—No te has instalado. Sé que cuesta empezar de cero.

—Debe de ser eso... —Noto dolor en sus palabras. Me siento y empiezo a comer—. Siento lo de tu exprometido.

Noto que los ojos se me llenan de lágrimas y niego con la cabeza para restarle importancia, incapaz de hablar. Ethan lo nota, se va hacia el equipo de música y lo enciende. Trastea con las emisoras hasta que encuentra una que le gusta. Me como el sándwich, está delicioso. Estaba muerta de hambre. Me ha costado mucho resistirme a probar todos los manjares que había sobre la mesa. Me encanta comer. Disfruto comiendo pero no cogiendo peso. Es un fastidio tener esta facilidad para engordar.

Termino y dejo el plato sobre la mesa de centro. Ethan, que andaba cerca buscando algo, regresa con una manta y me la pone sobre los pies al tiempo que se sienta a mi lado. Y como si fuera lo más natural del mundo, me dejo caer en su pecho al tiempo que él pasa su brazo por mi espalda. Entonces dejo que todo el dolor que siento salga. Es como si Ethan lo supiera, como si siguiera teniendo esa facilidad para leer mi mente. Siento que él sabía que lloraría, que si lo hacía me olvidaría de la cena y me ha dado tiempo para cenar antes de abrazarme como siempre, y dejar que en sus brazos halle el consuelo por lo sucedido.

—No lo entiendo... —digo entre sollozos. Ethan me abraza la espalda.

—No hay que entenderlo, hay que aceptarlo.

—¿Lo has aceptado tú ya?

—No, pero estoy cerca. Lo tuyo es muy reciente.

—Sí, necesito un trago. —Me separo y Ethan me mira divertido.

—Antes esto no acababa así.

—Ya no soy esa niña.

—Lo veo. Yo tampoco soy quién fui.

—Y, sin embargo, sigue existiendo esa conexión entre los dos. Temía tanto que se hubiera roto.

Ethan no dice nada, solo se levanta y va a al mueble bar; saca unas copas y pilla una botella. Enciende la chimenea tras dejarla en la mullida alfombra y voy hacia allí con la manta, y cojo la botella. Paso de los vasos y le doy un trago a morro, lo que hace que Ethan alce una ceja.

—Así no ensuciamos. —Se la tiendo y le da un trago—. Nunca bebí contigo, y mi primera borrachera fue horrible. Ahora ya sé beber con más moderación. —Le doy un largo trago a la botella y me la quita.

—Pues demuéstramelo. —Me río.

Le da un trago a la bebida y la deja a su lado. Me pongo de rodillas y acaricio su mejilla viendo las diferencias con el niño que fue.

—Has cambiado. Aunque seguro que ahora eres un imán para las chicas. Puede decirse que estás muy bueno.

—Con que estoy muy bueno, ¿eh?

—Sí. —Le quito la botella y le doy otro trago. Me pongo a su lado y miramos el fuego.

—Tú también estás muy guapa, seguro que has sido un imán para los chicos —me dice.

—No, salí con un chico en la universidad y luego con Felipe... me costaba encontrar a alguien que llamara mi atención.

—Es que puse el listón muy alto —bromea.

—Tuvo que ser eso. ¿Tú has estado con muchas chicas?

—Alguna relación sin importancia, la única seria fue la de mi ex y pagaría por no haberla vivido nunca.

—Te entiendo, aunque yo tengo la esperanza de que esto solo sea un bache en nuestra relación y que cuando regrese solo nos una más.

—Eso lo experimenté yo la primera vez que me dejó por lo mismo.

—¿Y os unió más cuando regresó? Porque he intuido que volvió y hubo más partidas.

—Yo creía que sí... pero cuando algo se rompe por mucho que se pegue a conciencia nunca será lo mismo y... o bien haces una versión de lo que sois ahora, o al final terminará por destruirse de nuevo.

—Yo espero que no...

—Estás muy enamorada de él. —Adivina.

—Sí. —Me cae una lágrima y Ethan me la seca con cariño.

—Dejemos de hablar de tu ex y cuéntame que ha sido de tu vida allí. ¿Te costó adaptarte al idioma?

—¡Que va! —le respondo con una sonrisa—. Era muy mala y me tocaba hablar por gestos; a mi madre le pasó igual y eso de no poder charrar con las vecinas le afectó. Pasó unos años algo decaída hasta que se hizo a él; yo tuve que dar clases por las tardes porque, si no, iba a ir muy retrasada y, como algo sabía, no me fue tan difícil como a mi madre que empezaba de cero.

—Me la imagino contando sus chismes a las cacerolas. —Nos reímos—. ¿Y qué tal tus compañeros de clase?

—No estuvieron mal, porque como yo era la nueva y venía de tan lejos tenían curiosidad por mí. Pero todo pasa y luego vuelves a ser la chica que tiene pocas amigas. Aunque no me fue tan mal. Creo que mejor que aquí la verdad. Y en la universidad era todo tan diferente que me dio mucha libertad. Hice amigos nuevos...

—¿Y había fiestas y borracheras?

—Oh sí, y peor que tu madre cantando sobre la mesa. —Nos reímos.

—No te imagino borracha —me dice Ethan.

—No me sentaba bien el alcohol y con poco que bebiera me daba por bailar o cantar... pillé alguna que otra. ¿Y tú?

—También cogí alguna buena —me responde.

—Me hubiera gustado estar ahí, no solo en tus borracheras. —Sonríe—. Me he perdido mucho de ti por mi miedo a perderte —reconozco—. Mientras no supiera cómo había quedado nuestra historia, en mi mente eras mi mejor amigo... No tiene sentido, ¿verdad?

—A mí me pasaba lo mismo. Te entiendo.

Sonreímos y nos acabamos la botella. Le digo que vaya a por otra mientras cambio la música. Ahora que tengo ese puntito alegre que te acalla un poco las penas, quiero bailar.

Cojo la botella que trae y empiezo a bailar sin complejos, sin pensar. Con Ethan puedo ser yo misma sin que los prejuicios me asfixien. Tiro de

él y acabo por hacer que baile.

Busco la botella pero Ethan me la quita de las manos.

—Por esta noche mejor lo dejamos aquí.

—Vale, pero solo porque mañana nos esperaba una larga comida de Navidad.

—Para ti seguro si vas a mirar la comida con hambre sin probar nada.

—No lo entiendes.

—No, porque si te hiciera feliz aceptaría que ahora esta es tu vida, pero lo que yo he visto en la cena ha sido a una persona que miraba lo que deseaba y podía tener, pero privándose de ello por miedo a engordar... Cuídate pero no a riesgo de perderte lo que te hace feliz.

Agacho la mirada. Voy hacia Ethan y él piensa que lo voy a abrazar, pero no, le quito la botella. Me río cuando trata de cogerme por su salón lleno de cajas sin abrir. Al final me coge y caemos al sofá. Ethan está sobre mí. Mi cuerpo es muy consciente de él. Me pierdo en sus ojos verdes. Cómo he extrañado verme reflejada en su mirada.

Tiro de él para que me abrace con fuerza. Para sentir a mi amigo con cada fibra de mi ser sin importarme si esto es prudente o no.

Nos quedamos abrazados en el sofá hasta que veo qué hora es y salgo del cobijo de sus brazos para ir hacia la cocina.

—¿Te vas a quedar ahí? —le digo con la puerta abierta.

—Sí, quiero dormir.

—Anda vamos, es nuestro primer amanecer juntos tras mi vuelta. No me dejes sola.

Ethan gruñe pero se levanta y busca una manta para traerla. Nos sentamos en los escalones que dan a su pequeño jardín. Nos tapamos con la manta, muy cerca uno del otro y vemos como el amanecer tiñe la noche y le da color a la oscuridad.

—Feliz Navidad —digo apoyando mi cabeza en su hombro.

—Feliz Navidad —me dice pasando su mano por mi cintura—. Si tuviera que pedir un deseo sería que no te fueras de nuevo. Pero los dos sabemos que tú esperas marcharte con tu ex.

—Me conoces bien... pero esta vez la distancia no nos va a separar.

—La distancia siempre separa, no hará que me importes menos, pero no estarás aquí en mis días buenos o malos... aunque lo aceptaré.

Lo abrazo, tampoco quiero perderlo ahora, pero sí, sigo esperando que mi ex se arrepienta. Ethan me conoce bien. Siempre supo mejor que yo

qué era lo que deseaba.

Me pierdo en el amanecer y aunque sigo triste por la marcha de Felipe por primera vez al respirar no siento dolor.

—¿La querías? —le digo cambiando de tema, Ethan se pierde en el infinito y pienso que tal vez no me responda.

—Creía que sí.

—Lo siento, y siento que perdieras la casa. Mi madre me dijo que era la casa de tus sueños... ¿Era la del balconcito blanco al final de la calle?

Me incorporo. Ethan mira hacia delante nostálgico.

—Esa era tu casa preferida —dice con una media sonrisa.

—Ya, pero tú decías que también te gustaba y que el primero que tuviera dinero se quedaría con ella.

—No era esa. Esa sigue en venta.

—No lo sabía.

—No era la casa de mis sueños, era una casa que me había costado conseguir y me jodió que me obligara a venderla solo porque un papel decía que todo lo mío era suyo. Ella no quiso trabajar en todo el matrimonio, ni dentro ni fuera de casa, teníamos a una chica que la ayudaba con la casa. No me importaba, yo podía mantenernos a los dos y a sus caprichos. Nunca aportó nada para la casa ni para los gastos. Y cuando se cansó, me quitó la mitad de todo mi dinero. Me tocó vender la casa, el coche y empezar de cero, y solo porque ella se había agobiado y se había dado cuenta de que no quería una vida de casada, que no estaba hecha para eso. Y necesitaba mi dinero para viajar y vivir la vida.

—Siento que se quedara con tu dinero.

—La culpa es mía por no haberla obligado a firmar separación de bienes. Pero creí en ella. Creía en lo nuestro. Me hubiera matado a trabajar con tal de que ella fuera feliz —admite y siento un escozor en el pecho, que prefiero no analizar, por sus fervientes palabras hacia la felicidad de su exmujer—. Me enteré más tarde de que solo aguantó para poder quedarse con parte de mi dinero y luego vivir la vida. Me consta que está de viaje con sus amigos de un lado a otro, malgastando lo que a mí tantos años me costó ahorrar.

—Menudo elemento. Yo al menos no he pasado por el altar.

—Esa suerte que tuviste. Por suerte nos casamos por el juzgado y el divorcio se resolvió pronto, y nada me ata a ella. Y ya no quiero hablar más de ella.

—Yo lo quería. De hecho, en el fondo aún sigo esperando que regrese. Que se dé cuenta de que me quiere y que se ha equivocado al cancelarlo todo. Es por eso que me cuesta aceptar que no me casaré el día que habíamos escogido.

Ethan me mira serio.

—Chloe, tienes que aceptar que tal vez no regrese. Que eres maravillosa, vuelva o no. —Se me escapa una lágrima—. Y hasta entonces debes vivir, empezar de cero. Cuesta, lo sé. Pero debes estar preparada para que no vuelva. Yo también esperaba que se arrepintiera como otras veces había pasado, nunca lo hizo y ahora me alegro.

—Me cuesta ahora mismo alegrarme. —Me cojo las rodillas y apoyo mi cabeza sobre ellas—. Siento que volverá.

—Lo sé, lo veo en tus ojos cada vez que lo nombras. Espero que si regresa, se curre el recuperarte o si no se las verá conmigo.

—No sabes cómo me alegra estar así contigo, como si el tiempo no hubiera pasado.

—Y a mí.

Cojo su mano y la entrelazo con las mías. Aprieto fuerte y sobran las palabras. Por fin volvemos a estar juntos, al fin todo está como debería. Y aunque estoy triste por lo de mi ex, estoy muy feliz de estar aquí con Ethan. Es raro cómo uno se puede sentir tremendamente desdichado y a la vez sonreír de felicidad.

Ethan

Dejo a Chloe en mi cama y la arropo tras quitarle los zapatos. Se durmió entre lágrimas, mirando el amanecer, y no hay duda de que sigue aferrada a su exnovio. Se le nota mucho. Ella piensa que volverá, que le dirá que la quiere, que se arrepiente y todo será como antes, como si nunca se hubiera ido. Pero nunca será igual. Si regresa, Chloe siempre tendrá el miedo de que se marche de nuevo. Mi exmujer hizo dos amagos de irse para siempre y volvía, pero al final se marchó y no regresó. Cada vez que volvía tras una reconciliación, era peor que cuando se fue. Temía tanto perderla de nuevo que me aislaba de todo por miedo y solo me centraba en ella. Aunque me costaba perdonarla por mandarlo todo a la mierda con tanta facilidad. Me debatía entre el miedo a perderla y el tratar de arreglar esa confianza rota que hacía aguas por todos lados.

Luego llegó la vez que quiso el divorcio y vi su verdadera cara, la que

había ocultado desde hacía años. La que pensé que había desaparecido. Me di cuenta de que en verdad me había enamorado de alguien que no existía. Me costaba encontrar en esa Mabel, a mi mujer.

El problema es que solo el tiempo te hace darte cuenta de que estás mejor sin esa clase de personas y Chloe aún no ha tenido ese tiempo.

Me pongo el pijama y me meto en la cama con ella. Me da igual que ya no seamos críos, que hayan pasado catorce años desde la última vez que dormimos juntos, todo eso me importa una mierda y hago lo que quiero hacer. Con Chloe siempre ha sido así y ahora que ha vuelto no quiero que nada cambie. Si vamos a volver a ser amigos, quiero que sea como siempre fue.

Chloe me abraza y se refugia en mi pecho, y algo late dentro de mí. Algo que reprimo y que adjudico a la felicidad porque esté de vuelta.

Me costó mucho perdonar a mi ex tras sus partidas y no me ha costado nada hacerlo con Chloe, y sé que en el fondo es porque Chloe ha venido con la verdad, no con mentiras que justificaran lo injustificable. Ha sido muy valiente al confesar que me besó porque estaba enamorada de mí y la he visto como siempre.

Ahora toca ver si tras la reconciliación todo sigue como antes o lo vivido nos separa.

Temo ver el resultado.

—¡Me queda enorme tu ropa!

Me grita desde mi cuarto. Se ha pegado una ducha tras pedirme ropa para estar cómoda.

—Eso es porque estás demasiado delgada.

—O porque me sacas más de veinte centímetros y eres todo músculos... Podrías ir a mi casa mientras te preparo el desayuno y pedir a mi madre que te prepare una bolsa de ropa.

La escucho bajar por las escaleras mientras termino de poner la mesa. Lleva una sudadera mía que como ella ha dicho le queda enorme y no se ha puesto nada más, aparte de unos calcetines míos grises.

—Nunca una sudadera me pareció tan atractiva. —Me saca la lengua.

—Llevo ropa interior, ese bóxer sin usar que me has dejado, que por cierto me lo quedo para usarlo como pantalón corto en verano. Aunque no creo que a mi novio le haga gracia...

—Chloe.

Me mira dándose cuenta de lo que ha dicho.

—Vale, debo aceptar que no volverá. —Asiento y se da cuenta de que el desayuno ya está servido en la mesa de la cocina—. Me quieres cebar, y si regresa no me cogerá el vestido de novia.

—Chloe, puede que no vuelva y si lo hace... pues que te saquen el maldito vestido. Deja de pensar en todo y piensa en ti. Te pirraba el chocolate caliente y las tortitas con chocolate.

—Me siguen gustando. —Pone unos morritos adorables y tiro de ella hacia la mesa. Se sienta y empieza a comer. Sonríe tras probarlo y hace un gemido que me hace mirarla—. Dios, está delicioso.

—Ya se nota, parece que acabas de tener un orgasmo de chocolate.

—¡Ethan! —Me tira un trozo de tortita y se acaba riendo—. ¿Cuándo fue tu primera vez? Ya que has sacado el tema de los orgasmos.

—Es demasiado temprano para hablar de eso.

—Vamos Ethan, antes me lo hubieras contado. Sé cuándo fue tu primer beso y con quién, y tú sabes con quién fue el mío. —Sonríe y se sonroja de manera adorable; tal vez recordando el beso que yo no he olvidado—. Vamos, porfa... —Una vez más pone morritos.

—Está bien, te lo diré si te lo comes todo.

Mira las tortitas y el chocolate, y asiente. Cuando lleva la mitad decido responder a su pregunta.

—Con dieciocho años, una compañera de clase con la que salía. Fue horrible. Por suerte repetimos más veces y aprendimos a mejorar la técnica. —Chloe se sonroja y asiente—. Ahora te toca a ti. ¿Cuándo?

Toma un poco de chocolate y luego tras tomar aire responde a mi pregunta:

—Pensaba que al cambiarme de clase dejaría de ser la rellenita y todo sería diferente, pero era lo mismo. Me costó un poco desarrollarme y mi cuerpo tardó en dejar la niñez y hacerse atractivo a los hombres. Entre eso y que con las parejas que tenía no sentía deseo alguno... pues hasta los veinticuatro no pasó.

—Pienso que te has rodeado de idiotas. La belleza no reside en las personas o cosas obvias. Reside en las personas diferentes que hacen que la belleza cobre un sentido diferente.

—Entonces soy una cosa rara...

—Me has entendido. Eres preciosa, pero la gente solo ve lo que quiere

ver y ahora estás más delgada, y yo sigo viéndote como siempre.

—Qué bien, me mato a regímenes para que tú, tras catorce años, me veas tan horrible como entonces.

—No pongas palabras en mi boca que no son mías —le digo y me doy cuenta de algo—. Chloe. —Me mira, sus ojos brillan por las lágrimas no derramadas—. ¿Al capullo de tu ex le gustabas tal cómo eras?

No responde enseguida, pero veo la verdad en sus ojos y ya lo odio, y sé que si regresara no dejaría que se acercara a ella.

—Él me decía que me quería tal como era, pero como amante del gimnasio y la comida sana, no veía bien que yo no estuviera en forma y me aconsejaba adelgazar cuando me saltaba la dieta.

—Vamos que es un capullo integral que no era capaz de mirar más allá de su ombligo.

—¡Felipe no es así! ¡Me quería!

—Ya lo veo, te ha dejado plantada.

Me mira enfadada y se marcha. Pienso que no se irá así vestida pero me equivoco. Abre la puerta de la casa y sale solo con mi sudadera. Salgo tras ella y la cojo en brazos antes de que los chismosos de este pueblo digan nada. Me importa una mierda lo que digan, pero no quiero que ataquen a Chloe.

—¡Déjame, pedazo de idiota! ¡No puedes hablar así de alguien a quien no conoces!

No la suelto. La sujeto hasta que se calma.

—No lo conozco, pero como amigo tuyo y persona que se enamoró de ti hace años, puedo hablar de hechos, y si te quisiera de verdad, te vería a ti y no si te sobran o no kilos. Si te quisiera a ti, no trataría de hacer de ti otra mujer. Tú eres así Chloe y quien te ame, te tiene que querer tal como eres, no como proyecto de una mujer perfecta. Porque ya lo eres. Ya lo eres —repito—, aunque tú no sepas verlo.

No dice nada, solo asiente y luego me empuja.

—No es un capullo.

—Para mí sí, y no voy a cambiar de idea.

Se sienta a la mesa enfadada y me da igual. No me puede obligar a que me caiga bien alguien que le ha metido esas cosas en la cabeza. Alguien que es como las idiotas del colegio que le decían cosas horribles yendo al insulto fácil, nunca me dijo quién era la cabecilla de todo y hacía que todas las chicas la insultaran, pero sí las cosas horribles que le decían solo

porque esas personas no entendían que la belleza no entiende de cánones y que alguien muy bello por fuera puede parecer horrible ante un corazón podrido y lleno de prejuicios.

Sé que Felipe no me caerá bien y, como regrese, sé que nos separará. Lo veo, lo siento y me dolería que esto fuera así. Pero ahora ese tal Felipe no está aquí y espero que nunca vuelva.

Capítulo 3

Chloe

«No lo conozco, pero como amigo tuyo y persona que se enamoró de ti hace años, puedo hablar de hechos, y si te quisiera de verdad, te vería a ti y no si te sobran o no kilos. Si te quisiera a ti, no trataría de hacer de ti otra mujer. Tú eres así Chloe y quien te ame, te tiene que querer tal como eres, no como proyecto de una mujer perfecta. Porque ya lo eres. Ya lo eres — repito—, aunque tú no sepas verlo».

Recuerdo las palabras de Ethan mientras me preparo para irnos a dar una vuelta por el pueblo como en los viejos tiempos sabiendo que tiene razón en todo. Ethan fue a mi casa a por ropa limpia y mi madre le preparó varias cosas. Estoy cansada por lo poco que he dormido pero la emoción de estar a su lado me mantiene despierta y hace que no piense en el cansancio. Por suerte, lo que bebimos no me ha caído mal y no tengo que añadir resaca a la falta de sueño.

Salimos a la calle tras vestirnos bien abrigados. Hace mucho frío aunque no ha nevado. Ethan me mira con una sonrisa mientras recorremos las calles de nuestro pueblo.

No es muy grande, pero siempre me pareció un lugar muy acogedor.

De camino a la plaza del pueblo la gente que nos ve y me reconoce me saluda. Ya todos deben de saber que estoy por aquí.

Pasamos por nuestro colegio e instituto. Me parece ahora mucho más pequeño de lo que recordaba.

—¿Qué piensas? —me dice Ethan cuando me subo a la verja para verlo mejor.

—¿Nos colamos?

—¿Acaso quieres que nos detengan? —me dice divertido cuando ve que antes de responder ya he pasado el bolso al otro lado.

—Lo hacíamos cientos de veces de niños para jugar en el patio los fines de semana.

—Por eso ahora dejan la puerta abierta —me dice yendo hacia ella

cuando yo estoy colgada arriba de la verja sin saltar—. ¿Te ayudo Chloe?

—Puedo bajar solita, gracias. —No es así, me está costando un poco encontrar el equilibrio para saltar y no hacerme una torcedura—. ¿De verdad saltábamos esto de niños?

—Sí, cuando la prudencia no estaba desarrollada —me dice divertido por la situación.

Al final me coge entre sus brazos y me baja sin esperar a que se lo pida.

—Podía sola, lo tenía todo bajo control.

—Lo he visto en tu cara. —Le saco la lengua y le pego en el brazo como cuando entrábamos de pequeños.

—El último en llegar es un huevo podrido —le digo repitiendo las palabras que le decía de pequeña.

Corro sintiendo que he viajado en el tiempo. Que nada ha cambiado, que todo seguía igual a la espera de que yo volviera.

Ethan me coge a medio camino de la portería que es la meta y evita que gane.

—Eres un tramposo, Ethan —le digo entre risas.

—No iba a permitir que rompieras mi imbatibilidad —dice recordando que siempre me ganaba a este juego.

—¿Ni siquiera por tu mejor amiga? —Me mira serio—. ¿O ya no lo soy?

—Siempre lo serás para mí, Chloe —dice al tiempo que me suelta y corro hacia la meta—. Para todo hay una primera vez.

—Sí. ¿A dónde vamos?

—A seguir paseando y mejor si evitamos el vandalismo por ahora. —Me entra la risa y lo sigo hacia la plaza del pueblo.

Ethan

Llegamos a la plaza del pueblo donde hay un gran árbol de Navidad decorado con cientos de luces que se iluminan por la noche. Bajo este, han puesto una pequeña pista de hielo. Antes de que Chloe me mire ya sé lo que quiere.

—¿De verdad? —le digo tratando de parecer serio.

—¡Es que esto no estaba antes! quiero probarlo.

—Puedes hacerlo sola, yo te miro desde afuera. —Pone morritos y al final acabo por asentir—. En serio no sé como siempre me convences para todo.

—Porque me quiere más que a nadie —me dice risueña tirando de mí hacia donde están los patines—. ¿Lleva mucho puesta la pista?

—Un mes y la quitaran antes de Nochevieja.

—Vaya, por suerte hemos llegado a tiempo.

Nos ponemos los patines. Chloe sabía patinar sobre ruedas, yo al enseñé. Noto como le cuesta recordar como era. Pongo mi mano en su cintura y la guío por el hielo como aquella primera vez que patinamos juntos. Me mira sobre su hombro. Sonríe, sus labios rojos me tientan y recuerdo su sabor.

Se separa y se aleja decidida a patinar sola. Lo hace muy bien hasta que casi se cae y la sostengo.

—Es más difícil de lo que recordaba.

—Date tiempo. —Asiente y se marcha una vez más.

Patina por la pista sonriendo a los niños y adultos que se han sumado a esta diversión. Una niña pequeña casi se cae y Chloe la coge. La pequeña le da un besito de agradecimiento antes de irse con sus amigos. Chloe busca mi mirada emocionada por ese gesto. A Chloe siempre le gustaron los más pequeños. Muchos recreos en vez de salir al patio se iba a ayudar a los profesores con los niños de tres y cuatro años. Le gustaba estar allí con ellos.

Era feliz.

Me encantaba verla feliz, era como una droga para mí. Era capaz de todo con tal de escuchar su sonrisa.

Llego a ella y cojo su mano antes de patinar juntos entre miradas y sonrisas. Ojalá pronto la suya alcance sus ojos.

Me salgo antes que ella y la veo como cada vez coge más y más velocidad, a mayor seguridad... peor. Le digo varias veces que tenga cuidado, no hace caso y al final en una curva acaba cayéndose en el frío suelo.

Entro sin los patines. Y la ayudo a levantarse.

—¿Estás bien? —le pregunto preocupado.

—¡Genial!

La gente la ayuda a levantarse junto a mí. Todos quieren saber si está bien. Chloe les da las gracias a todos y salimos para que se quite los patines.

—Se ha acabado el paseo. Tienes que ponerte ropa seca —digo al ver sus pantalones mojados.

—Bueno, otro día más.

Vamos hacia su casa y de camino ve a unos niños cantando villancicos y se une a ellos olvidando su ropa mojada. Creo que yo estoy más preocupada de eso que ella. Llegamos a su casa y antes de entrar me abraza con fuerza.

—Había olvidado lo feliz que era aquí. —Me mira a los ojos con tanta intensidad que no sé si con ese «aquí» se refiere en nuestro pueblo o a mi lado.

La veo entrar a su casa y le prometo no llegar muy tarde a la comida de Navidad.

Mientras me visto para la comida de Navidad tras un baño con agua muy caliente para sacarme el frío de los husos, recuerdo lo que Ethan me ha contado de que estuvo enamorado de mí. Lo creo, Ethan nunca me mentiría con algo así y me hace preguntarme qué hubiera pasado si no hubiesen traslado a mi padre. Si lo que sentíamos el uno por el otro se hubiera acabado por trasformar en una historia de amor. Ya nunca se sabrá y ahora mismo no siento lo que sentía. Él tampoco, lo he visto en sus ojos. Solo me mira como a una amiga y así está bien.

Somos amigos, los mejores, y ahora mismo es mi ancla, mi felicidad cuando la tormenta acecha.

No he podido recuperarlo en mejor momento.

En verdad espero que Felipe regrese. Le escribí para decirle dónde estaría. Una parte de mí quiere que recorra el camino de vuelta a mí. Me cuesta aceptar que se acabó. Dicen que cuando sientes que algo es para siempre es porque aún no ha acabado, y yo sigo pensando que nuestra historia no ha escrito su final.

Pero hasta entonces, no puedo quedarme anclada en una espera. Debo seguir adelante.

Me pongo un vestido rojo muy navideño. No lleva nada que refleje estas fiestas pero el color sí. El cuello es de cisne y de media manga, con vuelo hasta la rodilla. Me gusta cómo me queda.

Me he alisado el pelo. Me hago un medio recogido y me pinto los labios de color rojo. Me miro al espejo y me veo demasiado arreglada. Tal vez debería ponerme algo más sencillo.

—Oh, hija, estás preciosa. Ethan seguro que se vuelve a enamorar de

ti...

—¡Mamá! No me visto así por él, solo somos amigos, y Felipe seguro que regresa. ¿Y por qué dices eso de que se vuelva a enamora de mí?

Mi madre entra y cierra la puerta del mi cuarto. Esto se pone serio. Tira de mí hacia mi cama. Nos parecemos. Mi padre dice que mi madre era igual de guapa que yo cuando era joven y que con los años solo se ha perfilado su belleza. Eso me recuerda a lo que me dijo anoche Ethan, mi padre siempre ha querido a mi madre tal como es. Aunque ya no usa una treinta y ocho como yo, aunque hace años que tiene arrugas, mi padre sigue diciéndole lo guapa que está.

—Hija, conozco a Ethan desde que nació y sé que le gustabas. Y a ti, él. Se os notaba por la forma de miraros. Ya no era la de dos amigos.

—Nunca me di cuenta.

—En cuanto a Felipe... —Coge mis manos—. Se fue, te dejó tirada. No va a volver y si lo hace, que se lo curre. Hasta entonces vive tu vida. Disfruta y no pienses en nada más. ¿Acaso te crees que Felipe va a estar célibe hasta que decida si quiere o no regresar?

—¡Mamá! Me duele imaginarlo con otras...

—Pues es lo que está pasando.

—Odio tu sinceridad.

—Solo quiero que vivas sin él y si regresa... que lo aceptes o no sabiendo qué es lo que deseas de verdad. Si él ha querido irse y explorar su libertad, tú debes hacer lo mismo. En el pueblo hay muchos chicos guapos...

—¡Mamá!

—Aunque yo tengo la esperanza de que Ethan y tú os curéis mutuamente y... os caséis.

—Eso no va a pasar. Somos amigos y me alegra tenerlo de vuelta como amigo. Lo que sintiera por él, quedó atrás.

—Si tú lo dices... Yo no voy a decir más. Y ahora nos vamos y no te vas a cambiar.

La casa de los padres de Ethan está al lado de la de mis padres, por lo que ni me molestó en ponerme el abrigo. Lo cojo por si luego hacemos algo Ethan y yo pero entro a su casa con él en la mano.

Ayudo a poner la mesa y viendo que Ethan no llega, pregunto a su madre por él.

—Ha tenido una urgencia en su trabajo y me dijo que lo mismo no podía

venir.

No hemos hablado de trabajo, ni dónde trabaja ni que mañana empiezo en mi nuevo puesto. Hablamos de la universidad pero se me olvidó preguntarle algo tan importante como que acabó estudiando.

—¿Dónde trabaja?

Mi madre y Marina se miran divertidas, y sé que algo traman.

—¿No te lo mencioné? —Miro a mi madre extrañada y sé que sabe que no me dijo nada, lo veo en sus ojos—. Ethan es tu jefe. La clínica veterinaria para la que te han contratado es la suya. ¡Sorpresa!

Las miro alucinada. Su manipulación no tiene límites. Mi madre me dijo que Marisa sabía de un sitio dónde necesitaban una auxiliar de veterinaria. Por eso nada más llegar al pueblo tuve que ir a hacer la entrevista. Pero no esperaba que fuera de Ethan, aunque no sé de qué me extraño, yo estudié veterinaria porque él me pegó su amor por los animales. Desde niño tenía claro lo que quería ser de mayor. Pero como yo no... di muchas vueltas hasta decidirme por una carrera; no pensé que él sí hubiera acabado haciendo lo que deseaba. Tal vez porque no estoy en mi mejor momento y las cosas que pasan a mi alrededor a veces no soy capaz de vivirlas exprimiendo todos los detalles. Tenía la verdad ante mis ojos y me dejé llevar sin más.

—¿Él lo sabe?

—No, casualidades de la vida. Olga le pidió meter a una ayudante y Ethan le dijo que la buscara ella y que confiaba en su criterio —me aclara Marina—. Como él estaba de viaje no se ha enterado.

—Qué bien.

—Vamos Chloe, no pongas esas cara, al fin y al cabo tú acabaste estudiando veterinaria de tanto que te hablaba Ethan de ello. Llevas años sin ejercer hija, pero seguro que enseguida le coges el ritmo.

Es cierto. Tras acabar la carrera, que me costó acabar, me fui a vivir con mi novio, tras las prácticas... y él siempre me decía que le encantaba tenerme en casa, que dejara lo de buscar trabajo para más adelante. Sin darme cuenta pasaron los años. Por eso lo he buscado de ayudante. No me siento preparada para un puesto de mayor responsabilidad.

—Sois unas liantas y lo mismo que sea mi jefe hace que nos acabemos enfadando.

—Seguramente, pero luego siempre encontráis el camino de vuelta —me dice mi madre, y es cierto. Ethan y yo nos peleábamos mucho pero

luego siempre buscábamos el modo de perdonarnos.

Solo hay que ver lo fácil que se ha arreglado todo entre los dos. Tantos años con miedo por no saber en qué había quedado nuestra amistad y, sin embargo, solo teníamos que descolgar un teléfono y hablarnos. A veces damos demasiadas cosas por hecho en vez de actuar y ver lo que de verdad sucede. Tantas vueltas y para nada. Me siento tonta por el tiempo perdido.

Esperamos a Ethan para comer hasta que llama a su madre para decirle que se quedará allí, que no puede venir. Miro la comida de Navidad y se me ocurre una idea. Idea que, cómo no, encanta a nuestras madres. Me marcho odiando las miradas cómplices que se lanzan la una a la otra.

Se creen que soy tonta o que no sé qué traman, si hasta en la cesta que llevo han puesto velas.

Llego a la veterinaria y toco a la puerta. Me abre Ethan con su bata blanca de veterinario. Está súper sexi y seguro que lo sabe, aunque he de admitir que cuando va con sus camisas de leñador, con vaqueros y botas también me lo parece. Me mira extrañado y también a la cesta cuando paso por su lado.

—Feliz Navidad. No quería que la pasaras solo.

—No tenías que haber venido...

—Estudié veterinaria —le suelto de golpe cuando coge mi cesta y me mira sorprendido—. ¿A que no sabes dónde me ha buscado tu madre trabajo?

—¿Eres la nueva ayudante?

—¡Sorpresa! Yo me acabo de enterar. —Se ríe.

Me quito el abrigo y me mira de arriba abajo y aunque sé que no me desea, me hace sentir hermosa. Es bonito verse reflejada en los ojos de alguien que no te mira con la lupa de los defectos.

—Me encanta tu vestido pero no es propio para lo que tengo entre manos.

—¿Y qué es?

—Un parto complicado.

—¿Me das una bata y me cambio? —Asiente y tras entrar a su despacho, y dejar la cesta en la mesa, se va a por una de las batas de las empleadas.

Regresa y me la tiende. Me cambio y lo busco donde me ha dicho que lo encontraría.

Entro en el quirógrafo y veo a una labrador preciosa que se nota que

tiene problemas para traer a sus hijos al mundo. Ethan le está diciendo palabras de ánimo mientras la acaricia. Siempre fue así con los animales. ¿Cómo no acabar amando esta profesión, si él me hizo verla de esta forma?

Atendemos a Nala, que así es como se llama la perrita, y vemos cómo poco a poco van naciendo sus pequeños. Ethan tiene que ayudarla varias veces y mete su mano dentro para facilitar el alumbramiento.

Me preocupo de atender a los perritos que van naciendo. Llevamos cinco y el último no se mueve.

—Ethan... está muy quito... —Ethan mira al pequeño cachorro y lo coge entre sus manos, y lo frota.

No deja de hacerlo, no se rinde. Aguanto la respiración hasta que el pequeño animal se mueve y lloro de felicidad. Abrazo a Ethan y acaricio al perrito.

—Este pequeño se llamará Claus —digo sin dejar de acariciarlo—, es un regalo de Navidad.

—¿Lo quieres? Si lo quieres es tuyo. Es un luchador y los dueños de la perrita quieren encontrarles dueños a los cachorros; solo se van a quedar con uno.

—Yo... vivo con mis padres, y a ellos no les gustan mucho los perros.

—Pero un día tendrás tu casa, y este pequeño se podrá ir contigo.

—Ya... A Felipe tampoco le gustan.

—No me refería con él. De los dos soy el que tiene más claro que ha roto contigo. Te hace daño no ver la verdad Chloe.

No respondo, porque sé que tiene razón. Me quedo con los perritos y los cuido. Siempre he querido tener un perro, él lo sabe, como también sabe que mis padres no quieren. Al igual que mi ex. No era muy amante de los animales. Eso era algo que nos distanciaba, no entendía el amor por mi trabajo. Me quedo pensando en esto y me doy cuenta de que no era consciente de ello, es como si hasta ahora no hubiera querido verlo. Otra cosa más que nos separaba. ¿Habría más?

Siento que quererlo era renunciar a una parte de mí, una que me hace feliz.

No era consciente hasta ahora, cuando ayudando a Ethan he recordado por qué al final me decanté por esta carrera.

Me dejo caer en el sofá de Ethan. Me acabo de dar una ducha de media hora y me he puesto una de sus sudaderas y un bóxer sin usar, se va a convertir en una tradición si seguimos así. Tras dejar a la perrita y a sus pequeños bien atendidos, nos hemos cambiado de ropa para venir a casa de Ethan. No hemos comido nada. Ninguno podía hacerlo hasta no asegurarnos de que todo estaba bien.

Mientras Ethan se duchaba, y yo esperaba con mi vestido rojo para hacerlo también, he estado registrando sus cosas y he sacado algunas cosas para ir adornando esta casa que no parece un hogar. No me dice nada de mi atrevimiento cuando lo ha visto, antes de que yo subiera a ducharme, mi vena cotilla sigue intacta y en su cuarto nunca hubo secretos para mí. En el mío tampoco para él, pero él nunca registraba mis cosas.

—Me muero de hambre —le digo notando cómo me crujen las tripas.

—Es una suerte porque nuestras madres han puesto comida para un regimiento.

—Y velitas para que nos enamoremos —le digo en tondo de broma.

Nos reímos por lo poco discretas que son.

Ethan lo ha preparado todo en la mesa de centro y ha encendido las velas que dan un ambiente cálido a la luz de la chimenea. Se sienta a mi lado y empezamos a comer. Me detengo cuando me doy cuenta de que estoy comiendo de más.

—Ni se te ocurra, o comes lo que te apetezca o te despido.

—No puedes hacer eso, eso sería despido improcedente.

—Demándame.

—No puedes hacerlo —insisto.

—Ponme a prueba.

—Eres tonto.

—No, la tonta eres tú por no comer lo que te da la gana. Mira, veo bien comer sano y cuidarse, pero no que eso sea una obsesión. Ni que eso condicione toda tu vida. Así que come y disfruta, y si tu ex regresa y no le gustas, es que nunca te quiso, Chloe.

Agacho la mirada y Ethan se levanta y tira de mi mano. Subimos a su cuarto y me pone ante un espejo.

—Dime qué ves.

Me miro y sonrío.

—Este juego no va a funcionar conmigo.

—No, si no eres sincera. Nunca me has mentado, no lo hagas ahora.

Me miro, y trato de hacerlo en serio. Me veo ridícula con la sudadera.

—Parezco una bola del árbol de Navidad con tu ropa.

—No lo pareces, lo que sí parece es que estás ciega.

—Tengo muchos defectos. Vale que sé que no soy horrible, pero...

—Pero eres incapaz de ver la realidad. —Ethan acaricia mi mejilla cerca del labio donde tengo un lunar—. Me encanta que cuando sonrías este lunar parece querer robarte un beso. —Sube la mano a mis ojos—. O las arrugas que se te forman, que han surgido de tus sonrisas. Estas son especiales. —Sonrío sin poder evitarlo y noto que mi corazón late más ligero ante su contacto—. Esta marca de aquí... —Lleva su mano al nacimiento de mi pelo—. Es de una de nuestras batallas de niños, cuenta la historia de cuando saltaste para salvarme en la piscina porque creías que me ahogaba y te diste con el borde, y acabé por rescatarte yo a ti. Esta... —Lleva su mano a mi pierna y acaricia una cicatriz. Su contacto me produce escalofríos—. Es de cuando te caíste de aquel árbol por rescatar al gato de la vecina.

—Esto no tiene nada que ver con mi físico.

—Son defectos, tiñen tu piel perfecta de imperfecciones y si los sabes mirar son en verdad una historia. Hay que saber siempre qué hay detrás de los defectos y dejar de verlos como tales. A mí me encantaba mi amiga, esa que comía porque disfrutaba. La que venía a mi casa con una tarrina de helado de chocolate y disfrutaba con cada bocado. La que se moría por una napolitana recién hecha y me despertaba temprano para ir a por una. La que vivía. Esa eres tú, y tú eres la primera que debes verlo Chloe. Así que el tiempo que sea tu jefe, quiero a mi amiga de vuelta y que deje las tonterías para cuando esté lejos de mí.

Asiento y me miro al espejo de otra forma. Por primera vez no veo mis arrugas como un síntoma de que me hago mayor, sonrío y veo cómo se forman y me gusta recordar las palabras de Ethan. Sé que él tiene en gran parte la culpa de que las tenga, que mis arrugas cuentan la historia de nuestras risas, y me gusta.

Ethan me propone ir al cine y acepto pero antes paso a mi casa a cambiarme de ropa; hace años que no voy, creo que desde que empecé con Felipe. A él no le gustaba, decía que era para niños. Otra cosa más que no teníamos en común, antes no me importaba, pero ahora es como si cada cosa que descubro me hiciera ver lo lejos que estábamos en verdad el uno del otro. Trato de recordar las cosas que nos unían, porque cuando estás

con alguien hay cientos de cosas que os separan pero siempre hay muchas que os unen y que hacen que dos personas completamente diferentes acaben por quererse y complementarse, y no las encuentro. ¿Qué me pasa? Yo lo quiero, ¿no? Aún sigo deseando su vuelta. Va a volver.

—¿Vais a hacer manitas? —me dice mi madre cuando les digo donde voy.

—Claro que no. —Mi madre se ríe y mi padre niega con la cabeza.

—Cuanto más le digáis a los chicos que se enamoren, menos lo harán. Pásalo bien hija —me dice mi padre antes de darme un beso cariñoso.

Doy un abrazo a mi padre y un beso a mi madre antes de salir. Ethan ya me ha escrito para decirme que me está esperando en la puerta. Mientras yo me cambiaba fue a casa de sus padres a devolverles la cesta.

Salgo y veo a Ethan tan guapo como siempre apoyado en su coche. Saluda a alguien tras de mí, me giro y veo a mi madre asomada a la ventana del salón.

—De verdad, la discreción no es lo suyo —digo entre dientes mientras entro el coche.

—Y mi madre me ha recordado que al cine no se va a comer.

—Cómo se nota que es amiga de mi madre. Son iguales las dos —le digo con una sonrisa.

Vamos a los cines de la ciudad. Ya que el del pueblo es de verano y solo está abierto en fechas estivales. Aparcamos el coche en el centro comercial donde están y subimos casi corriendo porque vamos con el tiempo justo para ver la película que hemos elegido. Por suerte he comprado las entradas con el móvil de camino y no tenemos que hacer cola. Si corremos es porque a Ethan nunca le ha gustado sentarse con la luz apagada y le encantan los tráileres de películas. Me alegra saber que eso no ha cambiado con los años.

Nos sentamos tras comprar palomitas y esperamos que empiece la película mientras comemos.

—Palomitas y chocolate... me encanta —digo tras meterme esa mezcla que descubrí hace años y que disfruto tanto—. Hace mucho tiempo que no lo comía.

—Por tonta. —Le tiro palomitas a la cara—. Es la verdad —dice comiéndose las que le he tirado—. Cuando dejes de hacer lo que deseas por tus prejuicios, piensa: lo hago por tonta. Y así por lo menos habrás aceptado la realidad.

—¿Te crees muy gracioso?

—Claro que sí y a ti te encanta como soy.

—Ahora mismo te odio un poco. —Ethan me mira fijamente. Acabo por sonreír—. Contigo es imposible estar enfadada.

Asiente. La película empieza y, como es la segunda parte de otra que yo no he visto pero Ethan deseaba ver, acabo por preguntarle muchas cosas al oído. He de admitir que algunas se las pregunto solo porque me encanta olerlo. Su perfume parece tener un imán especial para mis sentidos.

Paso mi nariz por su cuello y noto cómo se le eriza la piel. Pienso que debería detener esto. Sigo porque lo justifico pensando que no hago nada malo.

Separo la cabeza y lo miro, me devuelve la mirada y me observa con sus ojos verdes. Solo lo miro. No digo nada, no hacen falta las palabras. No debe existir un motivo para contemplarnos. Busco su mano y entrelazo mis dedos con los suyos. Porque sí, porque quiero, porque no encuentro las razones para no hacerlo.

Ethan

Compruebo el estado de los cachorros. Todos están perfectos. El dueño los mira junto a su nieto que se los quiere llevar a todos a casa.

—Ya dijimos que solo nos quedábamos uno y al resto hay que buscarles un hogar.

Observo a Claus y como si lo notara me mira.

—Este pequeñín ya tiene hogar —digo cogiéndolo. Aún no me lo puedo llevar pero no puedo hacer otra cosa.

—Sí, ¿quién?

—Se viene conmigo, aunque en verdad es para una amiga cuando encuentre su sitio y si no me lo quedará conmigo para que ella pueda tener un perrito aunque sea cuando esté a mi lado.

—Chloe. —El hombre me mira alzando las cejas—. Está preciosa.

—Es solo una amiga —le digo con una sonrisa, algo que desde que ella llegó hago más a menudo—, dejad de ver cosas donde no las hay.

—Sí, sí...

—¿Qué pasa abuelo? —pregunta el niño inocente.

—Nada, cosas de mayores.

Los acompaño a la puerta tras dejar a los perritos con su madre y me cruzo con Chloe que me mira emocionada. En cuanto se van, se lanza a

mis brazos y me abraza con fuerza.

—¡Lo he escuchado todo! —me dice saliendo del cobijo de mis brazos.

—Chloe que tengo una reputación que mantener —le digo sin alejarme y veo que Olga nos mira divertida, y una clienta se ríe.

—Gracias, siempre he querido tener un perro y lo que has dicho, ha sido muy bonito. —Su mirada se oscurece y sé en lo que está pensando. Me molesta que siga pensando en cuando él regrese y tenga que dejar aquí también al cachorro en mi casa. Su ex no la merece.

Me separo y voy hacia mi despacho.

—A trabajar, no te pago por perder el tiempo.

—Eres un rastrero como jefe —grita en tono de broma.

Va hacia su puesto de trabajo y al poco regresa con la napolitana de chocolate recién hecha que le he dejado. Se me tira al cuello y me deja cientos de beso en la mejilla.

—No te voy a pagar más por hacerme la pelota.

—Tonto. Eres el mejor. —Me da un beso que acaba demasiado cerca de mi boca.

Noto un escalofrió subirme por la espina dorsal y cómo mi mente evoca el recuerdo de su boca contra la mía. Se separa y siento que lo ha hecho demasiado pronto. Necesitaba más... algo que no debería sentir.

Me doy cuenta a lo largo de la mañana de que no dejo de encontrar razones para sonreír. No puedo evitarlo con Chloe cerca. Ella siempre supo llegar a mi sonrisa, siempre supo qué teclas tocar para activar mi felicidad.

Capítulo 4

Chloe

Toco al despacho de Ethan y me dice que pase. Está hablando por teléfono. Se ha quitado la bata verde que usa cuando opera o cuando trata con los animales. Hoy ha tenido una operación complicada y lo he ayudado. Es muy eficaz y se nota que ama su trabajo. La operación ha sido un éxito y he respirado tranquila al ver que el animal salía adelante y que todo iba bien.

Cuelga y me mira con una sonrisa bailando en sus atrayentes labios. Me doy cuenta de que los miro más de lo que debería y de que en ocasiones sin venir a cuento mi mente recuerda nuestro torpe beso. Aparto la mirada y le sonrío yendo hacia la mesa.

—¿Me llevas al centro comercial de la ciudad? Te invito a cenar lo que tú quieras.

—Que yo sepa tienes coche...

—Si no quieres venir... —Sé por su mirada que solo se hace de rogar.

—No sé yo si me compensa una cena tras ir contigo de compras. Por si no lo recuerdas, odio ir de compras.

—Veo que eso no ha cambiado. —Pienso y recuerdo algo que le encantaba—. Si me llevas, podemos ir a tomar tras la cena un helado de vainilla con chocolate caliente por encima.

Hace como que se lo piensa y saca las llaves del cajón.

—Vale, pero solo por el helado.

Le doy un beso en la cara y noto que mi corazón da un vuelco por la cercanía. Me separo y le sonrío como si nada, como si tocarlo fuera como siempre y no me alterara los sentidos.

Llegamos al centro comercial y esta vez en lugar de subir corriendo a los cines nos paseamos por las tiendas. Me encanta ver las luces navideñas y adornos de estas fiestas. Dan ganas de ponerse a cantar y bailar. Además,

soy de las que se saben todos los villancicos y una vez empiezo con uno no puedo parar hasta cantar todos los que me sé. Por eso, más de una vez me veo tarareando los que hay puestos de fondo.

—Acabo de recordar que no he comprado ningún regalo de reyes.

—¿Pero no los compran los reyes?

—Ja, ja, ja... descubriste con seis años la verdad y esperaste a que yo tuviera esa misma edad para destaparme el pastel y por tu culpa mis padres dejaron de comprarme todo lo que ponía en la carta porque ya no había que explicar por qué si los reyes son magos no me traían todos los juguetes. —Ethan se ríe.

—Es que mira que eras mala, tus cartas eran interminables. Lo hice por el bien de tus padres. —Sonríe de medio lado—. ¿Y qué quieres comprar?

—Ni idea... mejor damos una vuelta a ver si se me ocurre algo y si no, me traes otro día.

Entro a varias tiendas de las que le gustan a mi madre y no veo nada que me llame la atención hasta que veo unos guantes que pueden gustarle.

Tiro de uno de ellos y no puedo cogerlo. Están enganchados. Miro a ver dónde se ha enganchado y veo que Ethan tiene el otro guante. Sonríe y sé enseguida en que está pensando; en una escena de mi película favorita de niño, *Serendipity*.

—Eres mi destino —le digo recordando la temática del filme.

—Por supuesto —dice dándome los guantes—. Y tú sin darte cuenta en todos estos años —bromea.

Me río y voy a comprar los guantes que seguro que le gustarán mucho a mi madre. Lo hago feliz de que Ethan siga recordando con tanta precisión momentos vividos hace tantos años.

Como no encuentro nada más, decido ir a ver algo de ropa para mí.

Me pruebo una camisa y una falda, y me queda algo pequeña la talla que siempre usaba. Le pido a Ethan, que espera fuera, que me traiga otra talla y no tarda en hacerlo. Me queda bien, no se nota la diferencia pero yo sé que es una talla más y aunque me encanta, no me lo compro. Salgo del probador con mi ropa y mala cara.

—Si no te gusta podemos ir a mirar en otra tienda, este centro comercial está plagado de ellas.

—Me gusta... pero he engordado.

—¿Dónde? —Ethan me mira con descaro y noto como mi respiración da un vuelco.

—Mis tetas son más gordas y mi culo es enorme.

—Como hombre te puedo jurar que tus pechos son perfectos y tu culo es tentador... y respingón, dime dónde ves tú el problema porque si me quieres volver loco lo estás consiguiendo.

—No te hagas el tonto, se nota.

—No se nota, lo notas tú. Pero tú misma. Vamos a otra.

Salimos y me acuerdo de lo que ha dicho de mis curvas.

—¿De verdad son perfectos? —Sonríe de medio lado y no dice nada. Me exaspera que haga eso—. No hace falta que me lo digas.

—No soy yo quien tiene que darse cuenta de que lo son —dice.

—Si te refieres a Felipe, ya los verá cuando regrese. —Ethan pone mala cara y se detiene ante otra tienda de ropa.

—No me refería a él, me refería a ti misma. Pero supongo que sí, que si regresa se dará cuenta. Esta tienda tiene cosas de tu estilo.

Es cierto, es como las otras cinco que hemos mirado ya. Entro y reviso la ropa y dudo con mi talla en la mano.

—Si me la compro pequeña me obligo a adelgazar...

—Y si no lo haces, la tiras a la basura. No es de ser muy listos.

Cojo varios vestidos y los cojo de mi talla. Me voy al probador y Ethan se queda sentado fuera. No me quedan mal y al ser holgados son mi talla y eso hace que me gusten más. Salgo del probador y Ethan, que estaba mirando el móvil, alza la mirada y me mira de arriba abajo. Doy una vuelta y me siento coqueta por su manera de observarme.

—Te queda bien, seguramente como todo lo que te has probado hasta ahora.

—No seas tonto. Aún quedan cinco más.

—Qué bien —dice con ironía y me río—. Espero que el helado esté realmente bueno, me lo vas a comprar de dos bolas.

—De las que quieras.

Me pruebo otro y me queda pequeño, y cuando trato de quitármelo no puedo.

—Ethan —le digo agobiada, asomándome por la cortina sin que se me vea nada—. No me puedo quitar el vestido. No sale.

Ethan se levanta y se acerca al probador.

—¿Quieres que te lo quite yo?

—Prefiero que lo hagas tú a la de la tienda.

—Eres consciente de que te voy a ver en ropa interior, ¿no?

—¿Eres consciente de que es una situación extrema? Además, es como si fuera un bañador. Entra, me estoy asfixiando.

Exagero y eso hace que Ethan entre. El probador se hace muy pequeño con él dentro. No lo puedo ver bien porque el vestido me tapa parte de la visión. Noto sus manos coger la tela a mi espalda y la caricia que me hace.

—Te está marcando la piel. Voy a tirar hacia arriba.

Le digo que vale y tira con cuidado.

El vestido sale y cuando me veo libre me doy cuenta de que Ethan observa mi cuerpo desnudo apenas cubierto por mi ropa interior de encaje azul claro. Me sonrojo. Ethan alza la mirada y la entrelaza con mis ojos. Siento que el calor aumenta entre los dos, y que el espacio se hace más pequeño. Soy demasiado consciente de su persona. De mi desnudez y de él. Sobre todo de él.

Por un instante me veo tentada de besarlo, hasta que me doy cuenta por dónde van mis pensamientos y que él es solo mi amigo, y lo empujo.

—Largo de aquí —le digo de broma y Ethan sonríe como si no acabara de pasar nada, como si la temperatura no acabara de subir varios grados... o tal vez solo lo he soñado.

Nos sentamos en un banco que hay en el exterior desde donde se ve gran parte de la ciudad con nuestros helados. El de Ethan de dos bolas de vainilla y chocolate caliente, el mío es igual en todo salvo que yo he preferido solo una bola de helado. Acabamos de cenar y estoy llena. Al final he acabado con dos vestidos.

No es muy habitual comer helado en invierno, pero a Ethan y a mí nos gusta en cualquier época del año. Algo que no ha cambiado por lo que veo. Eso sí, he puesto un gran puñado de servilletas en la tarrina para no congelarme los dedos.

—Se me hace raro —digo tras robarle un poco de su helado y ganarme una mirada seria por su parte.

—¿El qué? ¿Robarme helado? —me pica y me quita un poco del mío.

—No, estar así contigo como hace años. Vinimos aquí poco antes de que me fuera. Tú acababas de estrenar tu moto nueva y nos vinimos aquí a probarla. No quería que la noche acabara. No me gustaba despedirme de ti hasta el día siguiente. Estaba loquita por ti. —Me río al recordarlo.—Ese

día no lo vi igual que al resto de salidas que habíamos tenido. Al mirarlo con el paso del tiempo, acepté que en verdad, con la excusa de probar la moto, te estaba pidiendo una cita y ni era consciente de lo mucho que deseaba que así fuera. Ya ves, ambos callamos lo que queríamos decir.

—Y yo que creía que entre los dos no había secretos. Aunque si mi padre no hubiera sido trasladado y yo no me hubiera tenido que ir... tal vez hubiera sido más complicado de haber estado juntos.

—Es posible.

Lo dejamos en el aire porque en verdad nunca sabremos qué hubiera pasado. El pasado no se puede cambiar y estos años separados nos han llevado por caminos diferentes, nos han hecho enamorarnos de otras personas y volver a vernos solo como amigos... Me quedo mirando a Ethan que me observa, su mirada es muy intensa. Sonrío y me apoyo en su hombro. Hace frío y me acerca a él.

Somos los mejores amigos y no quiero que eso cambie... por mucho que lo desee. Porque no puedo negarme a mí misma que sin querer me veo fantaseando con sus besos y cómo sus inocentes caricias alteran mis sentidos. No dejo de fijarme en cómo le quedan los vaqueros y siento su duro pecho bajo mis manos. Soy demasiado consciente de él, y no puedo ignorar cómo su cercanía altera mis sentidos. Aunque me encantaría seguir haciéndome la tonta y no admitirlo.

Ethan

Chloe llega antes de la hora. Entra en mi despacho y deja sobre mi mesa café recién hecho justo como me gusta.

—Buenos días, yo también sé cómo sorprenderte.

—Buenos días. Ya que estás, trae la napolitana de tu sitio y la comemos con ese café.

Se aleja y no tarda en regresar con la napolitana. Cuando la va a partir por la mitad le digo que no hace falta, que ya me comí una. Solo lo he dicho para que desayunara a mi lado.

—¿Sabes qué? —me dice con una sonrisilla traviesa. Espero que hable —, esta tarde en el pueblo hacen la Fiesta Glotona. Como cuando éramos pequeños. Pensé que ya la habían quitado.

—Que va, la gente sigue comprando de más para las fiestas y por eso la hacen, es una forma de no tirar comida.

—Y de coger empacho... por cierto... —Me mira inocente—. Nos he

apuntado. Sabes que siempre esperaba poder tener la edad reglamentaria para participar. ¿Te molesta?

—No —le digo divertido y me callo que no es la primera vez que lo hago—. Luego iremos; y ahora termina de desayunar y a trabajar que hoy tenemos que salir a una granja.

—¡Genial! —Se come la napolitana casi de un bocado y luego el café de un trago—. Estoy practicando para esta tarde. Pienso ganar.

Casi se choca con Olga que acaba de llegar y viene a verme. Se dan los buenos días y Chloe corre a cambiarse.

—¿No le piensas decir que está ante el ganador imbatible?

—No —le digo con una sonrisa—. Es mi sorpresa para esta tarde.

—Ojalá te gane, con ella nunca te has batido. Estaría genial ver como alguien te derrota —me pica porque a su marido siempre lo he ganado.

A media mañana le pido a Chloe que se prepare para venirse conmigo a una de las granjas que hay cerca del pueblo. Tengo que ver que la cría de pollos va en perfecto estado.

Al llegar nos recibe el dueño y como ya sé dónde tengo que ir nos deja trabajar. En esta granja todos los animales pastan en libertad. Tienen espacio para ir de un lado a otro y vivir sin jaulas que solo sirven para deteriorar su vida.

Le digo a Chloe lo que tiene que hacer y cuando le empiezo a dar tecnicismos noto como se agobia por lo verde que está al no haber ejercido de veterinaria hasta ahora.

—Poco a poco, nadie nace enseñado y lo que estudiaste son letras, no es la vida real que es la que te enseña de verdad a ser el mejor. Así que, en vez de poner morros, toma nota mental de todo lo que te digo y ya verás como un día lo mismo me superas.

—Eso seguro, con tal de superarte voy a prestar mucha atención.

Asiento y seguimos trabajando. Cuando acabamos nos ofrecen algo para comer, Chloe acepta cuando le insisten mucho yo les digo que tengo el estómago algo revuelto. Es una excusa pero me ha salvado de comer nada antes de la competición.

—Está todo delicioso —dice con el bigote de la leche.

Saco el móvil y le hago una foto.

—Esta la imprimiré para mi casa. —Se la enseño. Agrandando los ojos y trata de cogerme el móvil.

Corremos por la granja pero calculo mal y cuando me empuja acabamos

cayendo a una montaña de heno.

—En serio —me dice con el pelo lleno de heno—, bórrala, salgo horrible.

—Sales preciosa, no pienso borrarla porque tú te empeñes en buscar la perfección. Solo es feliz el que es capaz de encontrar la felicidad en lo que lo rodea. Tú solo lo serás cuando te mires sin tantos prejuicios, Chloe. Que además, no son tuyos, son de esta sociedad en la que vivimos que nos quiere decir lo que es perfecto y lo que no. Yo por eso voy por libre y tengo mi propio criterio de la belleza.

—Yo también...

—No, porque cuando te miras al espejo no te ves a ti, ves todo lo que no encaja de ti en lo que su supone que es hermoso. Cuando te mires de verdad, te darás cuenta de que por mucho que adelgaces o cambies, hasta que no aprendas a quererte no servirá de nada.

Dicho esto, saco el móvil y le hago una foto despeinada y con el pelo lleno de heno.

—¿Otra foto horrible?

—No, otra foto preciosa de mi mejor amiga. Yo si sé ver la verdad. ¿Recuerdas?

Y tras decir esto paso mi mano por su cuello y nos hago un selfi juntos.

—Esa me la pasas.

—¿Ya vas dejando atrás los prejuicios?

—No, siempre puedo ponerme un icono de sonrisa en la cabeza, pero tú sales muy guapo.

Pongo los ojos en blanco. Sé que hasta que Chloe no deje atrás estas tonterías vivirá la vida a medias, más pendiente del qué dirán que de qué piensa ella en verdad de sí misma.

Regresamos al pueblo y me alimento a base de bebidas que no lleven gas. Me quedo trabajado a la hora de la comida y poco antes de la hora del concurso cierro la veterinaria y voy hacia la plaza del pueblo.

Chloe ya ha llegado y está junto a sus padres. Al verlos me acerco a ellos. El padre de Chloe también lleva un cartel de participante con un número. Chloe me tiende el mío.

—Ya lo tengo. —Lo saco del bolsillo y Chloe entonces ve que el mío tiene el número uno y es de color oro. Es el que me dieron el año pasado al ganar para participar este año como actual ganador y siempre lo hacen así.

—¿Algo que no me hayas contado, Ethan?

—¿No te he mencionado que soy el ganador imbatible? Se me habrá pasado —la pico.

—Pues este año te pienso ganar y si no, mi padre. Ahora entiendo por qué no has querido comer nada esta mañana. ¿Dolor de tripa no? —Me saca la lengua y va donde están el resto de participantes se agarra a su padre y me mira desafiante—. ¡Despídete del triunfo que te pensamos ganar! —Me saca la lengua y luego pone cara de concentrada.

No puedo evitar sonreír.

El concurso empieza por tandas de cinco participantes, el que coma más rápido gana. Paso la primera prueba y Chloe y su padre también. Cada vez que Chloe gana me mira como diciendo: prepárate. Nunca este concurso me pareció tan divertido.

Llego al final con bastante empacho. Y Chloe, igual, tras eliminar a su padre en la penúltima ronda. Ya solo quedamos cinco clasificados.

Voy hacia ella y la abrazo.

—Mucha suerte —le digo al oído—. Me encantará perder ante ti.

—Es lo que va a pasar —me dice con una sonrisilla—. Luego me pasaré vomitando toda la noche.

—Espero que no, un consejo, remoja los alimentos antes de llevarlos a la boca te será más fácil.

—No me reveles tus trucos... pienso ganarte. Como sea.

Me saca la lengua y se va cerca de la mesa donde están preparando la comida de cada uno. La mira y noto que ya no puede más. No sé cómo va a llevar esta prueba final.

Nos sentamos para la última prueba. Chloe a mi lado. Me desea suerte antes de empezar. Dan la salida y todos empezamos a comer. En verdad yo voy más lento que el resto porque sé que se irán rindiendo poco a poco y ganaré por paciente. Siempre pasa lo mismo. Las ansias les pueden y tienen que levantar la mano para eliminarse. Y este año no es menos, al final solo quedamos Chloe y yo.

Lleva buen ritmo pero noto que no puede más, que está muy cansada. Nos recuerdo a los dos viendo esta competición animando a nuestros padres y cómo Chloe me decía que ella pensaba ganar cuando creciera aunque esto le supusiera que la llamaran gorda con más frecuencia. Voy comiendo cada vez más lento hasta que alzo mano para evitar que ella coma más.

La gente grita al darse cuenta de que he sido destronado tras seis años

imbatible. Chloe me mira y luego mi plato. Noto el enfado en sus ojos cuando le levantan la mano como ganadora.

—¡Ha hecho trampas! —dice cuando le ponen la banda de ganadora y le dan el número uno.

—Ya, pero no existe una regla que diga que no puede rendirse —dice el juez—. Y por cierto, he ganado la apuesta. Aposté que Ethan se dejaría ganar apostando por Chloe.

Se va hacia un grupo de personas que están cobrando una apuesta. Entre ellas como no, nuestras madres.

—¿Por qué me has dejado ganar?

—Para evitar que mañana estés peor. No tenías buena cara y eres demasiado cabezota para admitir que no puedes más.

Coge el premio y lo rompe por la mitad. Me tiende la mitad del papel del número uno.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Hemos ganado los dos.

—Tú siempre serás mi ganadora, Chloe —le digo antes de darle un beso en la mejilla.

Me separo sabiendo que cada vez busco más excusas para tocarla, besarla o acariciarla. Esto es más propio de los amantes que de dos viejos amigos.

Lo sé... y no hago nada para detenerlo.

Vamos a mi casa y preparo mi remedio casero tras estos empachos. Se lo tiendo y se tira al sofá sin fuerzas.

—No me puedo mover... no vuelvo a participar en algo así en mi vida.

—Seguro que el año que viene lo harás.

—Si estoy aquí.

—Claro, es cierto que lo mismo regresa el amor de tu vida y lo sigues corriendo —le digo molesto y no debería, sé lo que hay.

—Se lo tendría que currar un poco la verdad —me dice dando tragos a lo que le preparé.

Se lo acaba y al poco sale corriendo al aseo a vomitar. No debería haber comido tanto de golpe tras tantos estúpidos regímenes. Me quedo con ella y cuando acaba sin fuerzas le preparo algo que pueda tomar y la llevo a mi cama. Por suerte ya no vomita más y acaba dormida sobre mi pecho tranquila.

Se despierta bien y creo que ha sido en parte por vomitar anoche y

tirlo todo. Nos despedimos y se va a su casa a darse una ducha y cambiarse de ropa.

Voy a por una napolitana recién hecha, tal vez no la quiera, pero yo necesito tenerla lista para ella. Me gusta desearle así los buenos días.

Al entrar, la panadera ya sabe lo que quiero.

—Ayer os fuisteis juntos a tu casa...

—Como cada día desde que ha vuelto —le digo divertido sabiendo que lo dice por Chloe y hacia dónde van los tiros.

—Si os liais tenéis que decir el día exacto.

—Claro, no vaya a ser que cobre la apuesta alguien que no se lo merece.

—La mujer se ríe.

—Pasando de apuestas, me alegra que ella está aquí. Te ha devuelto la sonrisa y los que te queremos la echábamos de menos.

No le digo nada, me han emocionado sus palabras y solo puedo asentir. Le pago y me marcho pensando en lo que me ha dicho. Al llegar a la veterinaria, Chloe está en la puerta esperándome y me sonrío como solo ella sabe hacerlo, y yo acabo por responderle de la misma manera y con la misma fuerza. No puedo negar que es cierto, que Chloe ha hecho que mi sonrisa emerja de nuevo y pinte felicidad en mi cara.

Con ella cerca es imposible recordar los motivos que me tenían sumido en la tristeza.

Chloe

Estoy abriendo una nueva caja de Ethan y colocándola. Llevo haciendo esto casi cada día que he venido a su casa. Es como si necesitara saber que mi amigo ha encontrado su sitio y no está con las maletas a medio deshacer porque no se siente en casa.

Pasado mañana es Nochevieja y mi madre ya está comprando cosas para la cena. Menos mal que pensar en comida ya no me produce asco. Aunque he de admitir que a las napolitanas de Ethan no me he podido resistir ningún día.

—¿Qué te apetece cenar? —me dice bajando de su cuarto ya cambiado de ropa.

—Si quieres hacemos algo juntos.

Asiente y vamos hacia la cocina a ver qué tiene en los muebles y qué hemos ido comprando estos días. No puedo estar lejos de él. La idea de no cenar con él se me antoja imposible. Es como si necesitara recuperar de

golpe todo el tiempo perdido.

Sacamos las cosas y nos ponemos a cocinar. Estamos cerca y la tensión que hay entre los dos es cada vez más intensa. Si cediera a mis deseos ahora mismo lo estaría abrazando para anular por completo esta distancia que nos separa. Lo pienso y no encuentro razones para no hacerlo, así que lo abrazo. Él pasa su mano por mi cintura y noto como cada fibra de mi ser reacciona a su contacto.

Alzo la cabeza y me pierdo en sus ojos verdes. Y sin poder evitarlo mi mirada vaga por sus labios y sé que mi cuerpo pide a gritos un nuevo beso.

Siento mucho calor, no debería estar así...

De repente me da olor a quemado y me separo para ver que ha sucedido.

—Hoy la pasta irá sin carne —dice al verla carbonizada.

Yo pensaba que solo había pasado un instante entre sus brazos pero no era consciente de que a su lado puede pasar la eternidad sin ser apenas consciente.

Pensar eso me deja un poco tocada. Porque no debería estar sintiendo deseo por alguien que no sea el que espero que sea mi marido. No está bien.

Terminamos de preparar la cena y cenamos en silencio. Agradezco que Ethan me dé mi espacio para entender mis reacciones. Con él siempre fue muy fácil.

—Ten —me dice ya cuando estamos con el postre en el sofá—, un pequeño regalo anticipado.

Se sienta a mi lado y abre la caja nerviosa por lo que pueda contener. Cuando ve que son fotos de modelos de ropa o en pasarelas me mira sin comprender.

—¿Quieres que elija uno de estos vestidos?

—No, quiero que mires cómo es la moda hoy en día. —Mira las fotos, en ellas salen hombres y mujeres de todo tipo y sin que los cánones de belleza estipulados marquen sus estilos—. El mundo está cambiando Chloe. La gente quiere ver catálogos de ropa donde hay mujeres y hombres reales. Y pasarelas donde se vea verdad. Si el mundo está rompiendo con las modas que lo oprimían y diciendo basta, no seas tan dura contigo misma al mirarte al espejo. Es tiempo de que la verdadera belleza rompa estilos. Tú eres verdad.

Chloe me mira emocionada. Deja la caja sobre la mesa y noto como una lágrima cae por su mejilla. Se la seco justo cuando estaba al borde de sus

labios. Los acaricio aunque su lágrima ha sido ya extinguida. Me encanta la suavidad de su piel. Me muero por besarla...

Aparto el dedo sabiendo que una vez más tengo que reprimir mi deseo porque sé que si doy un paso hacia este, luego tal vez sería imposible sostener nuestra amistad.

—Si te soy sincera cada vez miro más las webs de moda que tienen modelos con curvas reales. Me gusta mirarlas y ver de verdad cómo me puede quedar el vestido. Y como las veo preciosas quiero ser como ellas.

—¿Y por qué te cuesta tanto mirarte a ti y verte así?

—Creo que es porque doy demasiada importancia a las críticas que recibí de niña. Me cuesta dejar ese lastre atrás. Las tengo demasiado metidas en mi piel.

—Lo vas a conseguir. Eres fuerte, Chloe.

—Lo sé. Volver ha hecho que dé pasos hacia delante, porque ya no soy esa niña que no se defendía y que cuando la llamaban gorda les daba credibilidad. Estar aquí me hace enfrentarme al pasado y ver la realidad desde otra perspectiva.

Saco lo que hay bajo todas las fotos un espejo de mano, se lo pongo delante.

—La más guapa eres tú —dice leyendo las letras que mandé grabar.

—Por si algún día lo dudas.

Se tira a mi cuello y me abraza con mucha fuerza. Escucho su corazón, contra mi pecho, latir con fuerza al son del mío. Dejo el espejo en la mesa de centro y la abrazo con la misma intensidad.

Me pierdo en ella aunque sé que no debería. Lo hago porque la quiero más que a nadie y eso lo justifica todo.

Chloe

Estamos a 30 de diciembre mañana es Nochevieja, y he visto que en el pueblo organizan una fiesta de Nochevieja. Quiero ir con Ethan, pero no se lo he comentado. Puedo dar por hecho que iremos juntos sin más. No es como si fuera una cita. Esta semana hemos hecho muchas cosas juntos. Es lo normal entre amigos.

Ahora estoy en mi cuarto, un cuarto que se me ha quedado pequeño y que siento que ya no va conmigo. El espejo que me ha regalado Ethan está al lado de otros regalos que me hizo. Aunque este es el más especial.

Echo una ojeada al cuarto, con tantos objetos de una Chloe más

pequeña.

Ya no me siento como antes en casa de mis padres. Tras haber vivido sola, volver al hogar familiar se me hace raro. Me falta espacio. Me gustaba tener mi propia casa. Ser yo la que decida qué hacer. Me gusta más pasar tiempo en casa de Ethan, por eso anoche, antes de irme de su casa, le dije que me invitara a cenar en su casa hoy también y aceptó solo con la condición de pedir pizzas y así evitar quemar otra vez la cena. Me está cebando. Lo noto y quisiera creer que no paro de mirar las calorías que con cada bocado cuento, pero no es así.

Ayer le dije la verdad, estar de vuelta me hace quitarme complejos y empezar a ver a la Chloe que era con cariño y no como una gorda. En mis recuerdos no importan los kilos de más que tenía, solo lo feliz que era.

Me he pasado tanto tiempo preocupada por las calorías que ahora que no lo hago siento que me he liberado; como cuando llevas un corsé muy apretado y te lo quitas y puedes respirar. Sé que cuando estas fiestas pasen me controlaré, pero no ahora. Me encanta comer. ¡Disfruto comiendo! Y Ethan lo sabe y me tienta con todos mis platos favoritos o trayéndome napolitanas recién hechas cada mañana. También le trae una a Olga, pero sé que es para que no parezca que tengo favoritismo.

Es duro como jefe y hace su trabajo de forma magistral. Vienen personas de otros pueblos solo para que los atienda Ethan. A veces le toca irse de viaje a alguna granja para cuidar algún animalillo enfermo, como a la que fuimos el otro día. Se nota que le gusta su profesión y yo en poco tiempo estoy recordando todo lo aprendido. Me encanta estar aquí. No creo que si vuelve Felipe pueda aceptar irme con él, renunciando a todo esto. Noto una desazón en el pecho ante la idea de irme. Alzo la mirada y pillo a Ethan mirándome de una forma que no sé cómo descifrar desde la puerta de mi cuarto.

Su mirada es intensa, muy intensa y derrite algo dentro de mí. Baja su mirada y hago lo mismo, y al hacerlo me percaté de que la camiseta se me ha abierto y muestra mi sujetador de encaje azul marino. Se ve completamente.

Me ruborizo y alzo la mirada para decir algo gracioso o decirle que ya me ha visto en ropa interior hace poco, pero me quedo presa de sus ojos verdes y olvido lo que pensaba decir. Me cierro la camisa sin poder apartar los ojos de su ardiente mirada. No sé qué decir, no sé si podría explicar este cosquilleo o cómo mi corazón ha dado un vuelco por esto. O sí sé lo

qué ha pasado, por eso cuando Ethan se va y lo deja pasar, hago lo mismo. El problema es que si la otra vez en el probador noté que el calor se podía palpar a nuestro alrededor, hoy es aún peor. El deseo es más intenso, más palpable y me cuesta más que el otro día hacer como si nada. Y cada día que paso a su lado crece más y más.

—¿Qué plan tenemos? ¿Has venido a sorprenderme?

—No, tengo que trabajar, y mañana salgo temprano a una granja. Lo siento, quería decírtelo en persona y no por teléfono.

—Ah, vale... ¿Y mañana por la noche? No me puedes dejar tirada en Nochevieja.

Junto las manos y le digo «porfi, porfi...». Sonríe y me pierdo en su sonrisa. Esa que hace estragos en mi tripa, pues cuando me sonríe de esta forma noto que algo se retuerce en mi estómago.

—Lo que tú quieras me parecerá bien.

—A la fiesta del pueblo. —Pone mala cara—. Hace tiempo que no voy, y quiero recordarla. Tomar las uvas en la plaza del ayuntamiento y eso... Y ponernos guapos. Es un plan genial.

—Como quieras.

Vamos hacia la puerta de mi casa, me acerco hacia él y pienso en darle dos besos de despedida. Es la primera vez desde que regresé que no cenamos juntos y se me hace raro.

—Que no me voy al fin del mundo, Chloe.

—Ya... pero me he acostumbrado a cenar contigo cada noche.

—Sí, hasta que regrese tu príncipe Felipe y te vayas con él. Mira, así te vas acostumbrado a no tenerme cerca —dice con resquemor y para que se le pase le doy un beso en la mejilla, con la mala suerte que se mueve y mis labios acaban muy cerca de los suyos.

—No seas celoso, ya no volverá a separarnos nada. Aunque estemos lejos.

Hago como si nada, como si mi mente no acabara de recrear lo que sentí al besarlo y quisiera hacerlo de nuevo, esta vez como una mujer besa a un hombre, explorando cada rincón de su tentadora boca. ¿Qué me pasa? No tiene sentido.

Me despido de él y me quedo un rato en la puerta. Antes de cerrar, veo que Olga va hacia su casa con unas bolsas de la compra.

—Me muero por una cerveza bien fría —dice acercándose—, y sé que esta noche no tienes cita con el jefe.

—No me acostumbro a que todo el mundo sepa de mi vida privada.

—Lo llamaron justo cuando estaba cerrando y yo estaba allí a por unos papeles. Pensaba venir a buscarte cuando dejara la compra. ¿Te apuntas?

—Sí, no me apetece quedarme en casa viendo pelis.

Vamos hacia su casa a dejar la compra tras coger mi abrigo y mi bolso. Después de dejarlo todo vamos al único bar del pueblo. A un lado está la gente joven jugando a los billares y a otro los más mayores echando una partida de cartas. Tiene un ambiente hogareño y al ser Navidad está decorado con espumillón.

Nos pedimos unas cervezas y vamos hacia una mesa cerca de la cristalera decorada de nieve falsa. Este año aún no ha nevado. Otras Navidades por estas fechas ya estaba el pueblo blanco como una típica estampa navideña.

—Se os ve bien a Ethan y a ti. Se le nota más feliz desde que regresaste.

—Doy un trago a mi copa.

—Somos amigos, y lo extrañaba mucho.

—Normal, todo el mundo en este pueblo pensaba que acabaríais juntos. De hecho hay una porra abierta por si esto sucede y lleva abierta años.

La miro alucinada y sonrío. No me sorprende.

—¿Y la que la lleva es mi madre o la madre de Ethan? —Se ríe—. No tienen remedio.

—De niña os envidiaba —reconoce—. A mí me gustaba Ethan. Ya no, ahora estoy perdidamente enamorada de mi marido —aclara, como si hiciera falta que yo conociera este hecho—. Pero en el colegio y luego en el instituto, Ethan era el más popular. Todas las de su clase suspirábamos por él, pero él solo tenía ojos para ti. Siempre andaba esperándote o buscándote.

—Solo éramos amigos —repito.

—Tal vez, pero siempre ha habido algo más entre vosotros dos, y yo envidiaba esa unión. Hasta que no conocí a mi marido no la sentí. ¿Tenías la misma conexión con tu ex? —me pregunta directa.

Pienso en Felipe, en las cosas que hacíamos juntos y lo comparo con las que siempre he hecho con Ethan; quiero creer que es porque uno era mi amigo y el otro mi novio, que no tiene nada que ver, porque si los comparo nunca vi esa conexión con Felipe, aunque yo lo quería... lo quiero y sigo esperando.

—Supongo que sí —miento.

—Con Ethan y su exmujer no la había. De hecho más de medio pueblo apostó que tú impedirías la boda. —Casi tiro la cerveza que acabo de beber. Se ríe—. Yo aposté que llegarías antes de que se casaran. Me costaba ver a Ethan casarse con alguien que no fueras tú y más por vuestra promesa.

—¿¡También sabes lo de la promesa!?

—¿Acaso te extraña? —Niego con la cabeza—. Lo sabe todo el pueblo. Y ya queda poco para que cumplas los veintiocho años —dice con una sonrisa.

—Qué bien. ¿También saben qué talla de sujetador uso? —Se ríe.

—No, pero apuesto que es una noventa y cinco, como la mía. —Sonríe no puedo evitarlo. Esto es así, siempre ha ido así. Para bien o para mal, en el pueblo nos conocemos todos y más si mi madre y la madre de Ethan son las más chismosas del pueblo, y su modo de entretenerse es venir a este bar a echar la partida y darle a la sin hueso.

—Lo bueno es que así no nos tenemos que operar, ¿no? —digo por primera vez alabando mi cuerpo y Olga asiente.

—No, y ni se te ocurra. Ya quisiera yo tener tus caderas. Yo soy solo pecho y dos patejas.—Cada uno tenemos nuestros defectos.

—Sí, y a quien no le guste que no mire y a mi marido le encantan mis patejas —me dice enamorada—. Me alegra que estés aquí —dice algo más seria—. Ethan se merece ser feliz y tú le haces feliz.

—Y él a mí.

—Lo ha pasado muy mal en su matrimonio. Su exmujer era una víbora. Parecía que había cambiado pero la gente no cambia, solo en apariencia, y lo que de verdad importa es el interior y esa lo tenía oscuro por muy bonita que fuera. Nos engañó a todos y luego todo se supo. Aunque a mí nunca me cayó bien.

—¿Qué pasó? —indago curiosa.

—Al parecer, Ethan quería tener un hijo y ella le dijo que sí. De hecho lo buscaron. —Me siento mal al imaginarlo con otra y me remuevo en la silla inquieta—. Pero eso nunca iba a pasar. Ella le dijo a gritos una tarde en la veterinaria, la primera vez que lo dejaron, que lo engañaba diciéndole que no se tomaba la píldora porque en verdad no quería que un hijo estropeara su cuerpo.

—Conozco a Ethan, él nunca la hubiera obligado a tener un hijo si no hubiera querido.

—No, nunca lo haría. Cada uno decide sobre su cuerpo, pero vi el dolor en la mirada de mi jefe porque lo engañara, cuando tenía tan claro que no quería tener descendencia.

—Pobre Ethan.

—Ella volvió y él la perdonó. Él no quería aceptar que ella nunca sería para él hasta que se divorció... y un poco más y le quita la clínica veterinaria. No la tuvo que vender, porque al comprar la casa, su padre pidió el préstamo por la veterinaria y por eso legalmente era del padre de Ethan. Ahora ya está todo a nombre de Ethan. Sus padres contrataron un buen abogado.

—Vaya. Me cuesta ver a Ethan con alguien así.

—Nos tenía engañados, Chloe. A todos. A él, el primero. Pero la verdadera cara siempre sale a la luz. Siempre. No se puede huir de quién somos.

Tiene razón, al final la verdad siempre sale a la superficie.

Seguimos de charla hasta que se hace tarde y regreso a mi casa. Es tarde cuando escribo a Ethan: «Te quiero, te quiero mucho, lo digo porque últimamente no te lo he dicho. Y quiero que sepas que eres genial tal como eres. Que serás un día un padre maravilloso». Le doy a enviar y me doy cuenta de que le he dicho te quiero de nuevo, tras tanto tiempo, y es cierto. Lo quiero mucho, y eso no ha cambiado. Veo que está en línea y que está escribiendo: «¿Qué te ha contado Olga? En este pueblo no se pueden tener secretos... y para nadie es un secreto que yo también te quiero. No lo olvides ;)».

Releo el mensaje cientos de veces. Me acuesto con una sonrisa y lo leo una vez más, y voy a buscar las fotos que le he hecho esta semana. En varias de ellas salgo a su lado poniendo caras y Ethan me mira divertido. Parecemos dos críos y me encanta. Agrando una de las fotos, sus ojos verdes con motas doradas llenan la pantalla y me pierdo en ellos. Me encanta perderme en su mirada y hacer que el tiempo pase más lento entre pestañeo y pestañeo. Me encanta saber qué piensa con solo una ojeada. Me encanta que todo esto no haya cambiado. Es como si hubiera viajado en el tiempo.

Como si todo siguiera igual... ¿Incluso el amor que sentía por él? Me quedo paralizada por la pregunta. No tengo respuesta y no quiero tenerla.

Me despierto de la siesta tentada por los olores de comida casera recién hecha que se cuelan por la puerta de mi cuarto. Voy a la cocina y encuentro a mis padres cocinando. Mi padre no sabe cocinar pero le gusta ayudar a mi madre en todo lo que le pide, eso sí, al verme me da un abrazo y un beso y se marcha al salón dejando que ahora sea yo la que ayude a mi madre.

—Se te ve muy feliz, mamá —le digo relleno de empanadillas de pisto.

—Sí, mucho. Este es mi hogar. —Me pone triste que diga algo así por si yo me fuera—. ¿Qué te pasa hija?

—Nada...

—Chloe. —Deja lo que está haciendo y viene hacia mí—. Soy tu madre, tu amiga. Puedes contarme lo que se te pase por la cabeza.

—Pensaba en si al final regresaba con Felipe...

—Chloe, debes aceptar que eso no va a pasar. Te dejó.

—Dijo que necesitaba tiempo.

—Dijo que tal vez un día vuestros caminos se cruzaran de nuevo, pero eso no es dar tiempo a la relación, eso es dejar en el aire que el destino nadie lo conoce con certeza. Te ha cerrado la puerta.

—¿Y si no fuera así? ¿Y si volviera con él? Este es vuestro hogar...

—Hija, mi hogar será en el que esté mi familia, porque es todo lo que necesito para ser feliz. Quiero estar a tu lado en todos tus buenos y malos momentos, el lugar no importa.

Abrazo a mi madre con fuerza y seguimos con la cena. Ella tiene razón, es hora de que siga mi vida y acepte que Felipe tal vez se fue para no volver.

Capítulo 5

Ethan

Tocan al timbre y presuponiendo que es Chloe, por las horas que son, bajo a abrirla sin molestarme en vestirme tras salir del cuarto de baño solo con la toalla.

Abro la puerta y no sé quién se queda más sorprendido de la imagen del otro. Si yo al verla con un vestido negro de tirantes que se pega a su perfecta figura realzando sus curvas o ella al verme a mí solo en toalla.

—Eres un perverso. Podría haber sido cualquiera. —Entra y me empuja. Su mano en mi pecho me quema. Me acaricia y me veo cerrando los ojos—. Antes no eras así, no estabas tan marcado. —Me acaricia como la curiosa que es pero a mí su caricia me mata. Me cuesta refrenar las ganas de hacer lo mismo. De acariciarla y de explorar toda esa piel rosada que está al descubierto.

—Esto se puede considerar acoso laboral —le digo cogiendo su mano y sonriendo para que no note el desconcierto que siento por sus caricias.

—Ya, claro, esto se considera curiosidad entre amigos.

—¿Entonces es ahora como se llama el acostarte con tu amigo?

—Eh... yo... es decir... —Me río.

—Es broma Chloe, solo te tomaba el pelo. Ponte cómoda, ahora bajo.

Asiente y sonrojada se va hacia el sofá. Me quedo mirando su espalda desnuda más tiempo del que debería. Esto no está bien. Solo somos amigos, solo. Ya no la deseo como hace años. Ya no la amo. Nada. Todo se acabó y lo bueno que tenía lo destruyó mi ex que me hizo odiar las relaciones; ella mató todo lo que yo podría darle a Chloe como hombre. Ahora solo queda cinismo ante el amor y ante el «para siempre». El problema es que Chloe consigue que me olvide de mis miedos cuando la miro.

Me pongo un vaquero y una camiseta de cuatros azul, y bajo tras ponerme perfume. Bajo y Chloe me mira de arriba abajo.

—Te queda muy bien y estás muy bueno pero... ¿Has visto cómo voy?

Me he tirado un buen rato haciéndome este recogido y me he puesto guapa para... la cena de esta noche. Me merezco que mi pareja esté arreglado, ¿no?

—Sigo siendo el mismo en cuanto a odiar ir demasiado formal.

—¿No lo harías por tu amiga del alma? Te voy a querer igual te pongas lo que te pongas pero quiero verte un poco más guapo. —Me pone morritos y sé que estoy perdido.

—Joder, Chloe. —Enfadado regreso arriba y rebusco en mi armario.

Al final me pongo unos vaqueros, eso sí que paso de cambiarlo, pero le añado una camisa blanca y una americana azul. Me miro al espejo y me veo presentable. Toca a la puerta de mi cuarto y le digo a Chloe que pase. Me mira de arriba abajo y espero su valoración, cuando sus ojos alcanzan los míos sé que le gusta antes de que asienta.

—Solo porque estamos en fiestas. No te acostumbres. —Se ríe y asiente.

—Estás increíble te pongas lo que te pongas, pero aposté con tu madre que lograría que te arreglaras.

—Sois lo peor. —Chloe se ríe y no puedo evitar sonreír.

Coge su abrigo y yo cojo el mío y una bufanda. Hoy hace mucho frío, no me extrañaría que nevara. Los mayores del pueblo así lo dicen y lo que ellos dicen suele cumplirse, a veces dan miedo con sus predicciones.

Chloe se cuelga de mi brazo mientras andamos hacia la plaza del pueblo. Los árboles conforme nos acercamos están adornados de cientos de luces azules y blancas. Algo que a Chloe siempre le encantó. De niña decía que parecían hadas que salían de su escondite a observar a los humanos en Navidad.

—Me encanta. Donde yo vivía, en Navidad hacía calor y no es lo mismo. Me encanta la Navidad en invierno.

—Y si nevara, más.

—Ya sabes que sí. —Chloe se detiene y saca su móvil para hacernos una foto—. Sales con cara de gruñón —me dice tras verla—. ¿Qué te pasa?

No lo sé, no puedo decirle que no dejo de recordar su pecho cubierto por ese sujetador tan atractivo o recordar su cuerpo apenas cubierto en el probador. Cuando cierro los ojos y me duermo, recuerdo nuestro único beso y deja de ser el de dos inocentes niños y pasa a ser más adulto, más sensual, y siempre acabo con ella en mi cama. No puedo decirle que cada día que paso a su lado en el trabajo me muero por estar con ella y que si no

la busco, es porque no sé refrenar el deseo que siento de abrazarla o de acariciarla a cada instante. Esto no debería pasar. Es como si en verdad el tiempo se hubiese detenido en esos catorce años y volviéramos a mi cuarto, al instante después de nuestro beso, pero esta vez sin medio mundo de distancia entre los dos.

Llegamos a la carpa. Donde está medio pueblo y donde, cómo no, están nuestros padres. Al vernos, sonríen cómplices, se piensan siempre que no nos damos cuenta, que no sabemos que todos esperan que me acabe liando con Chloe y nos casemos... y tengamos hijos. Cosa que no va a pasar. Primero, porque paso de casarme de nuevo con nadie y, segundo, porque ella espera a su Felipe, ese que sin conocerlo ya me cae mal.

Nos sentamos en la mesa de nuestros padres, me quito la chaqueta, ya que aquí no hace frío gracias a las estufas de exterior que han colocado, y mi madre me mira sonriente.

—Solo es porque es Nochevieja.

—Estás guapísimo. He perdido contra Chloe apostando —reconoce—. Quería darle un aliciente para que te picara y verte así por un día. No te veía tan guapo desde tu boda.

—Gracias, mamá, por recordarme ese horrible día —le digo sentándome.

—Te dije que no me gustaba para ti.

—De hecho le dijiste: «ve a buscar a Chloe y tráela de vuelta, es el amor de tu vida». —Miro a mi padre.

—¿Cuánto has apostado en la porra? —le pregunto a mi padre.

—Cien a que lo vuestro se formaliza antes de Reyes —me responde divertido.

—No me lo puedo creer —dice Chloe roja como un tomate.

—Cada año que pasan son peores —le digo al oído aunque sé que lo han escuchado todos.

—Sabía lo de la apuesta, pero no me esperaba que dijera eso para que nos juntemos.

—En verdad lo dije así. Sois tal para cual. De hecho ya estoy mirando invitaciones de boda —dice mi madre.

—No me voy a casar otra vez, hazte a la idea. Ya tuviste una boda que manipular.

—No, tu ex no me dejó hacer nada. Todo tenía que ser cosa de ella.

—Era su boda —digo cansado con este tema. Chloe lo nota y me coge

de la mano bajo la mesa, y entrelaza sus dedos con los míos para que me calme porque estoy a punto de irme.

—¿Podemos dejar de hablar de bodas? Os recuerdo que la mía iba a celebrarse el día de Reyes —dice Chloe.

—También hay apuestas sobre eso —señala su padre—. Cosa de tu madre. Apostó a que Felipe venía antes de esa fecha y tú le dirías que no, en favor de Ethan.

—¡Mamá!

—¿Qué? —pregunta inocente la aludida—. No esperaba que nadie más me secundara y ¿de qué me di cuenta?, de que medio pueblo había apostado.

—No, desde luego no echaba de menos esto —dice Chloe mortificada. Y ahora soy yo el que le da un apretón hasta que me suelta la mano—. Pues yo apuesto que vendrá y nos casaremos el día de Reyes donde sea.

La gente que está cerca se calla y muchos me miran como diciendo: eso duele, ¿eh? Los ignoro o debería, porque lo cierto es que me jode que ella siga defendiendo a su ex. Es como si su afirmación con tanta rotundidad despertara algo en mi interior.

Nos ponemos a cenar y la gente de nuestro alrededor se centra por suerte en otros temas. Hablo con Chloe de lo que hice esta mañana en la granja y me veo compartiendo con ella mi afición. Con mi ex nunca fue así. Siempre que le hablaba de algo del trabajo me decía que evitara contarle esas cosas. Ahora sé que en verdad nunca tuvo empatía. Sé que aunque Chloe no hubiera estudiado veterinaria, estaríamos ahora mismo hablando de esto y compartiendo nuestros gustos. No importa que no se tengan las mismas aficiones, lo importante es saber escuchar y comprender a la otra persona.

—Estoy súper nerviosa —me confiesa Chloe mientras preparamos las uvas para irnos a la plaza que está cerca.

—Pensé que eso había cambiado con los años.

—Qué va, cada año es peor. No paro de pensar en si entraré con el pie izquierdo o no. —Se ríe—. El otro día hasta leí que como empiezas el año, lo continuas. Yo quiero empezarlo bien.

—Tranquila, yo me encargo de que esta noche sonrías. —Chloe me mira con una gran sonrisa y, tras coger sus uvas y las mías en una bolsa, se levanta.

—Vamos, hay que coger sitio.

La sigo a la plaza. Miro hacia el cielo que está completamente blanco. No va a tardar en nevar. Algunos ya comentan que se van a ir pronto a casa por la nieve que va a caer. Chloe se pone delante del todo, ajena a todo. La ilusión brilla en sus ojos castaños haciéndolos parecer más brillantes. Llego hasta ella y se gira feliz y nerviosa. No para de moverse y de morderse el labio. Al final, para que deje de marearme, la abrazo por detrás.

—Estate quieta. Me estás poniendo nervioso a mí —le digo cerca de su oído.

Se ríe y su risa rebota contra mi pecho. La abrazo más porque quiero, porque me encanta tenerla así, porque no encuentro razones para no hacerlo. Pero para no aspirar su perfume afrutado o para no enterrar mi nariz entre su pelo, me separo y simplemente observo el reloj del ayuntamiento, a la espera de que empiece un nuevo año.

Empiezan los cuartos y la gente los grita. La emoción por un nuevo año comienza. Se palpan en la ambiente las ilusiones para el nuevo año. Chloe me mira antes de comenzar la primera campanada y me pierdo en sus ojos. Me como las uvas por inercia mientras la gente grita las que van. Mientras nos acercamos a un nuevo año y decimos adiós a uno que se acaba; a uno en el que tuve que ver cómo mis intentos por que mi matrimonio saliera bien no sirvieron para nada y por primera vez, doy gracias por que todo acabara así, por que la egoísta de mi ex se fuera. Me doy cuenta de que al mirar al nuevo futuro no la quiero en mi vida, y sin apenas darme cuenta pido un deseo tras otro con cada nueva campanada, y siempre es el mismo: Que Chloe no se vuelva a ir.

Me doy cuenta en la última uva, cuando Chloe se alza y me abraza con fuerza antes de besarme y desearme un feliz año.

—Feliz año para ti también —le digo y le sonrío pues su felicidad es contagiosa, siempre ha sido así con ella.

Ahora, al notar mi sonrisa, me pregunto si en verdad dejé de sonreír por culpa de lo que me pasó con mi ex o si esta se empezó a apagar el día que Chloe se fue.

—¡Me las he comido todas!

—Por suerte esta vez no me las has tirado encima.

—¡Eh! Que eso fue cuando tenía seis años, eres un rencoroso. —Pone morros y alzo una mano para acariciarle los labios.

Cometo un error, son demasiado suaves y tentadores. No puedo dejar de

recordar lo que sentí al besarla. Cuánto deseo hacerlo de nuevo...

—¡Está nevando! —grita alguien y Chloe alza la cabeza al tiempo que le cae un copo cerca de donde tengo los dedos.

—¡Está nevando! —grita Chloe feliz y se va con el resto de personas que miran la nieve como si fuera obra de la magia.

La música ha empezado de nuevo y bailan mientras la nieve cae con fuerza sobre ellos. Solo tengo ojos para Chloe, que lleva el pelo lleno de nieve, la ropa... Está preciosa. Tira de mí hacia la improvisada pista de baile y mete los dedos en mi pelo para sacudir la nieve. Yo hago lo mismo con ella mientras se ríe. Su felicidad es la mía y ahora mismo no pienso en nadie más.

Un copo de nieve acaricia sus labios y los miro, lo hago de forma tan intensa que Chloe se calla y me observa de la misma forma. La conozco y sé que ahora mismo el deseo nos está azotando a los dos.

—Ethan. —Me acerco incapaz de retener las ganas. ¿Por qué tengo que retenerlas? La deseo, y nada tiene por qué cambiar.

Estoy a unos centímetros cuando alguien tira de Chloe y veo a Olga, a la que ahora mismo tengo ganas de matar.

—Cortaros un poco que yo aposté que sería el tres de enero.

—¡Que os den a todos con vuestras apuestas! —grito cansado.

Chloe se ríe hasta que tiro de ella y decido mandar todo a la mierda, sobre todo a esa voz que me dice que no lo haga, que no dé el paso que quiero dar. No le hago caso, solo pienso en llegar a mi casa y besarla como me muero por hacer, para luego pasar a venerar su cuerpo y amarla como siento que nunca he dejado de hacerlo. Aún no estoy preparado para asimilar si eso es cierto.

Entramos a mi casa y apoyo la espalda de Chloe contra la puerta. Acerco mis labios a los suyos y los rozo antes de que me detenga.

—No podemos —dice a un suspiro de mi boca.

—¿Por qué?

—No quiero perderte...

—Nunca me perderás. —Y eso es algo que sé, que siempre encontraré el camino de vuelta a su lado. Aunque sea como amigos eternamente—. Dime una razón de peso.

—No sé qué pasará mañana.

—Una de peso, como que no me desees, que no desees esto, que nunca has recordado nuestro beso, que esta tarde no me comías con la mirada...

—¡Eh! Eso no vale, y que yo sepa tú también a mí. —Noto la inseguridad en su voz.

—Estás en lo cierto. Eres preciosa.

—No creo que esto esté bien...

—Dime una razón de peso. Di que no lo desees y me detendré, te lo prometo. —Meto mis manos bajo su abrigo y noto el escalofrío que le produzco. La miro a los ojos y veo cómo se nublan por el deseo y casi le ruego que no me mienta—. Chloe, dime una razón de peso...

—No puedo, porque yo también te deseo y me muero por besarte de nuevo.

Atrapo sus labios entre los míos y casi muero de placer, y recuerdo sus palabras de que como se empieza el año así sigue y ahora mismo no me importaría pasarme cada día perdido entre sus labios.

Capítulo 6

Chloe

Me pierdo en los labios de Ethan y olvido todas las razones por las que esto no debería estar pasando. Meto mis manos en su pelo para instarle a que no se detenga. No sé si podría soportar que se alejara ahora mismo.

Besarlo es mucho mejor de lo que recordaba. Nuestros labios encajan a la perfección entre los del otro y nos conocemos tan bien que sin habernos besado apenas, sabemos leer en el otro qué le gusta con una facilidad asombrosa.

Muerdo su labio y noto como tiembla, y lo hago de nuevo al tiempo que paso mi lengua por ellos. Ethan aprovecha para adentrar la suya dentro y hacerme el amor con los labios. Hasta ahora no creí que eso fuera posible. Que un beso pudiera ser tan intenso. No deja ni un resquicio sin explorar o acariciar.

Gimo entre sus labios y tiro de su camisa cuando mis manos bajan por su cuello. El deseo se ha desatado en mí. Solo pienso en acariciar cada parte de su cuerpo y en besar cada centímetro de su piel. Solo pienso en tenerlo dentro de mí y que me haga el amor con la misma intensidad con la que me besa.

Ethan tira de mi abrigo y yo del suyo. Ahora mismo me sobra toda esta ropa. Pasa las manos por mi espalda desnuda, al tiempo que yo lo hago por la suya tras quitarle también la americana. Me encanta lo fuerte que está. Y más cuando me acaricia con posesión la espalda y cuando sus músculos se tensan bajo mis manos.

El beso cada vez es más intenso y adquiero otro color cuando Ethan baja sus manos por mis glúteos, y las sube haciendo que mi vestido se alce. Noto que el corazón se me va a salir del pecho. Necesito más.

Tiro de los botones de su camisa y cansada de que no se abran, tiro de ella y Ethan se ríe entre mis labios.

—No hay prisa...

—Te deseo desnudo ya. —Se ríe y se aparta para quitarse la camisa.

—A sus órdenes, preciosa. —Creo que me va a dar algo cuando Ethan se quita los zapatos y se empieza a desabrochar los vaqueros.

No puedo apartar la mirada de su cuerpo apenas iluminado por la luz de las farolas. Maldigo que no haya más luz y me marchó hacia su cuarto. Ethan me sigue y me abraza por detrás tras encender la tenue luz de la mesita de noche. Me entra un instante de duda al mirar la cama. Él parece notarlo y me acaricia los brazos.

—No he estado con nadie desde que ella se fue —me reconoce.

—Yo tampoco desde que mi ex...

—No quiero hablar de ellos ahora —me corta y lo agradezco. Tal vez ha notado que empiezo a arrepentirme y que si pienso en Felipe no seguiré adelante.

Me gira. Sigue llevando los vaqueros pero algo desabrochados, lo que hace que se me caliente aún más la piel. Es perfecto. Su cuerpo es digno de admiración.

—¿Hay alguna razón para que me detenga?

Entrelazo mi mirada con la suya y no puedo negar que lo deseo. No puedo porque pese a todas las dudas, estar aquí ahora mismo me parece lo más correcto, lo más acertado. Por eso niego con la cabeza ganándome la sonrisa de Ethan.

No espera más para atrapar mis labios y besarme con la misma intensidad que antes. Andamos hacia atrás. Mis piernas tocan la cama y las manos de Ethan bajan por el borde de mi vestido. Noto como lo coge y lo sube haciendo que poco a poco esté más desnuda a sus ojos.

Me separo para que me lo quite, sabiendo que al no llevar sujetador, al llevar la espalda descubierta, me voy a quedar desnuda de cintura para arriba, solo vestida con unas medias a mitad del muslo y mi tanga rojo, regalo de mi madre para que me diera suerte esta Nochevieja.

Lo ayudo y me quedo quieta con tan poca ropa cubriendo mi cuerpo que... por un momento siento la inseguridad. Es solo un instante, hasta que lo miro a los ojos y dejo de pensar en mis defectos. Su mirada es tan intensa. Tan sincera, que sé que me desea, que le gusta lo que ve. Y me veo hermosa reflejada en su verde mirada. Me veo preciosa ante él y dejo de pensar en todo. Me da igual no ser perfecta. Me da igual que haya engordado en el tiempo que estoy aquí. Soy así y Ethan siempre me ha visto a mí, no al exterior que cubre mi alma.

Mi respiración se acelera cuando acerca una de sus morenas manos a

mis pechos que ya esperan sus caricias erguidos e hinchados. Tiemblo y me acaricia la cintura cariñosamente, y esto hace que se tome su tiempo antes de continuar con su caricia.

—Soy yo. Tu Ethan.

Mi Ethan... Su afirmación me llega al alma y solo existimos nosotros dos.

Ethan sabe leer mi mente en mis ojos, por eso sabe el momento exacto en el que estoy lista y lleva sus manos a mis pechos. Su contacto me quema. Cierro los ojos presa de la pasión mientras los acaricia, mientras noto como mis pezones se endurecen bajo su contacto hasta casi doler. Es un dolor placentero que me hace ansiar más y que produce un sinfín de escalofríos que van a morir a mi sexo.

Me besa sin dejar de acariciarme y yo hago lo mismo, y paso mis manos por su pecho. Me deleito en acariciarlo, en el cosquilleo de su bello rubio entre mis dedos. Me encanta notar los acelerados latidos de su corazón bajo mis manos. Me encanta saber que todo esto es por mí.

Me insta a que me deje caer en la cama y lo hago sin dejar de besarlo tirando de él para que me acompañe. Lo hace, y nuestras piernas se enredan mientras nos devoramos sin dejar de acariciar el cuerpo del otro. Me tensa cuando lleva sus manos a mi tanga y tira de este para quitarlo.

Hago lo mismo con sus vaqueros y se los abro, metiendo mi mano dentro al tiempo que él detiene su avance a la altura de mi sexo y me acaricia levemente. La caricia es tan placentera que me retuerzo.

Meto mi mano dentro de su pantalón y acaricio su endurecido miembro sobre la ropa y Ethan siente el mismo placer. Maldice y se aparta tirando mi ropa interior, para quitarse los vaqueros y su ropa interior. Coge un preservativo de la mesita de noche. Yo solo tengo ojos para su magnífico cuerpo. No dejo de admirar su figura.

Su bóxer rojo descansa cerca de mi ropa interior roja y me pregunto si son regalo de su madre, seguro que sí, y si nuestras progenitoras apostaron que acabaríamos así. Seguro que sí. Me río.

—¿De qué te ríes? —dice acomodándose entre mis muslos.

Sentir su piel contra la mía hace que me olvide de todo. Me encanta sentir cómo nuestros cuerpos se funden.

—Solo me preguntaba si tu madre te regaló la ropa interior.

—Ya sabes que sí. Nuca me la pongo cuando lo hace pero este año quería tener suerte. ¿Y qué más?

—Si han apostado que acabaríamos así.

—Seguro que sí. —Sonríe y me besa haciendo que me olvide de todos salvo de nosotros—. No quiero pensar en ellos ahora.

—Yo tampoco.

Me besa con intensidad mientras sus manos buscan la unión de mis piernas y se pierden dentro de mis húmedos pliegues. Esto le gusta porque noto cómo su respiración se acelera y cómo lo recorre un escalofrío por mi placer. Se mueve de manera que sus dedos tienen mejor acceso y me explora a conciencia mientras sus labios bajan por mi cuello y van hacia mis pechos. Se mete un endurecido pezón entre sus labios al tiempo que mete un par de dedos en mi interior. Casi me corro en ese mismo instante. Y lo nota porque se detiene y se alza con una sonrisa. Se separa y se pone el preservativo, y lleva su sexo al mío. Noto cómo su dureza me acaricia antes de la invasión y noto cómo se adentra poco a poco.

—Me hubiera gustado ser el primero... —Se calla y casi escucho como me dice que quiere ser el último, y ahora mismo no encuentro razones para que no los sea.

—Y a mí que lo hubieras sido —reconozco, pues todo es diferente a su lado.

Me alzo y lo beso mientras se introduce del todo en mí. Mientras me llena como nunca nadie me ha llenado y me siento completa entre sus brazos. Nos quedamos quietos sintiéndonos, haciendo que mi cuerpo se amolde a su invasión hasta que no puedo más y me muevo instándolo a que entre y salga de mí. Lo hace. Con cada embestida me siento morir de placer. Es demasiado bueno. Es muy intenso.

Me muevo buscando alivio, tratando de encontrar el éxtasis prometido. Estoy cerca, lo siento, y Ethan también, pues acelera las embestidas hasta que mi cuerpo explota en un potente orgasmo y me dejo ir entre sus brazos mientras me sigue.

Me abraza como si temiera que me fuera a marchar y me veo abrazándolo de la misma forma mientras el placer se disipa y la realidad llega en tropel, en forma de dudas y miedos.

¿Qué hemos hecho?

Ethan

Me cuesta dormirme. No puedo dejar de mirar a Chloe, como si conociera cada parte de ella desde hace tiempo. Sé que lo que ha pasado

me ha hecho conocerla del todo. Y me tiene en un mar de sentimientos que no sé cómo controlar.

Acaricio su espalda preguntándome que va a pasar ahora. Me invade el miedo de perderla. De que esto solo sea un recuerdo en nuestras vidas mientras ella se aleja y pasan otros catorce años hasta que volvamos a vernos.

Ahora sé que no podría vivir sin ella.

Era consciente de que en este tiempo la había echado de menos, pero ignoraba que con el paso del tiempo el amor que sentía por ella también podría haber perdurado. No quiero aceptar que sí. No quiero admitir que la quiero.

Lo más triste es que tengo que hacer como si no sintiera nada, porque veo en sus ojos que sigue aquí, que me desea, pero que una parte de ella espera a su exprometido.

La abrazo contra mi pecho decidido a grabar a fuego este recuerdo en mi mente.

Capítulo 7

Chloe

Salgo de la ducha y me pongo la ropa que me ha dejado a los pies de la cama Ethan. Hemos dormido juntos. Algo que no es la primera vez que hacemos, pero sí desnudos y enredados en el cuerpo del otro.

No sé qué siento ante lo sucedido. Me divido entre las ganas de volver a repetirlo y mi sentimiento de culpa. Se supone que sigo queriendo a mi ex, que sigo desando que regrese. Una parte de mí quiere que lo haga.

No sé qué me pasa, y temo cómo quede nuestra amistad tras lo de anoche.

Me visto y bajo a buscar a Ethan. Lo encuentro en la cocina haciendo café. Solo lleva un pantalón de chándal algo bajo y al estar de espaldas veo las marcas de mis uñas en su piel. Ni me di cuenta de que se las hacía. Al mirarlas recuerdo lo que sentí al tenerlo dentro de mí y noto como me acaloro. No, esto no está bien.

Ethan se gira y me sonríe hasta que nota en mi cara todos mis miedos y dudas.

—Sigo aquí —me dice. Sabe qué es lo que quiero escuchar y por eso voy hacia sus brazos, y lo abrazo con fuerza—. No me vas a perder pase lo que pase.

Lo dice como si supiera que una parte de mí se muere por reconocer que lo sigo amando y otra se divide entre lo que siento por mi ex, la persona con la que me iba a casar, con la que quería pasar mi vida. Lo tenía todo tan claro hace unos meses, y ahora no sé qué hacer. Solo sé que Felipe no está aquí y que lo que me frena es el deseo que siento de que regrese porque no quiero que nada estropee lo mío con Ethan, mucho menos mis dudas.

Aunque, no sé por qué me como la cabeza, tal vez Ethan solo sienta deseo. El deseo se apaga... Lo miro a los ojos y aprovecha que me he separado para besarme.

Sabe a café y le devuelvo el beso hasta que me separo. Me deja ir.

—No quiero escuchar un «no debería haber pasado» ni un «me arrepiento», ¿vale? —me dice y asiento—. Y ahora desayuna o me como tus tortitas.

Lo hace todo tan fácil, es tan fácil dejarse llevar con Ethan. Nadie me conoce como él. Nadie. A veces ni tan siquiera yo misma. Es como si él supiera antes que yo lo que pienso o qué camino tomaré. Aunque a mí también me ha pasado siempre con él. El problema es que ahora no sé leer en su mirada o tal vez no quiera leerlo. Tal vez no quiera saber de sus sentimientos, porque no estoy preparada para analizarlos sin saber por dónde andan los míos.

Ethan se tiene que ir a trabajar y pasará la noche fuera. Me deja en la puerta de mi casa con su coche y dudo con la mano en la puerta si besarlo o no. Al final no lo hago y me voy tras decirle que tenga cuidado y que me escriba cuando llegue. Me muero por besarlo, pero estoy muy confundida.

Nada más verme, mi madre se calla lo que iba a decirme. Algo ha debido de ver en mi cara que le ha hecho pensar que era mejor dejarme en paz.

Entro en la cocina y me pongo un café recién hecho que acaba de preparar mi madre. A mi padre le gusta tener siempre café listo para tomar a cualquier hora del día y aunque las máquinas modernas lo hacen muy rápido él dice que como lo prepara mi madre ninguna, por eso mi madre siempre le prepara café y mi padre cuando quiere se lo calienta en el microondas.

Se conocen bien, como Ethan a mí... pienso.

Me paso distraída toda la mañana y cuando llega la comida... ni el rico cocido con pelotas hace que me espabile. Cada Año Nuevo en mi casa mi madre prepara la misma comida. Cuando lo hace otro día del año me recuerda siempre a la Navidad.

—¿Vemos una peli de esas que te gustan de Navidad? —me pide mi padre cuando ve que iba a irme sola a mi cuarto—. Seguro que entre tanto canal en alguno hay una esperándonos.

Asiento y mi padre se pone a cambiar hasta que da con una romántica de Navidad. Nos sentamos los tres en el mismo sofá. Yo en medio de los dos, tapados con una manta. Como cuando era pequeña. Mis padres siempre

han estado ahí y me han enseñado que amar es algo más que decir te quiero a todas horas. Las palabras a veces se usan solo para tranquilizar a nuestra mente porque sabe que lo que debería hacer es demostrarlo con detalles y no poner excusas de no hacerlo.

Me relajo entre mis padres, siempre me pasa. Me dan calma y acabo riendo con la película. Mi padre sabía que esto me haría feliz. Al acabar le doy un abrazo y un beso a cada uno y esta vez sí me dejan ir a mi cuarto sin más excusas para que me quede cerca.

O lo hacen hasta que cerca de las siete me llaman para ir a dar una vuelta por el pueblo.

Ha nevado y está precioso, hay que tener cuidado en las zonas donde no han puesto sal para que se derrita la nieve pues hay hielo y resbala mucho. Y aunque quiero disfrutar de todo esto, no dejo de pensar en Ethan, en lo que pasó anoche y en el punto en el que estamos ahora.

Estoy regresando a casa cuando Olga me invita a tomar una cerveza. Su marido trabaja y no le apetece estar en casa sola en Año Nuevo. Me voy con ella al bar del pueblo que está lleno de gente y al entrar varios vecinos nos desean un feliz Año Nuevo, otros tantos me pregunta si Ethan y yo ya estamos juntos, cuando digo que no, roja como un tomate, los que han apostado por otro día se alegran. Si no ha trascendido que pasé la noche con Ethan es porque no hemos hecho nada que no hayamos hecho desde que llegué y por suerte nadie sabe qué ocurre tras las paredes de su casa.

Nos sentamos en una mesa alejada tras pedirnos unas cervezas.

—No tienes buena cara o tienes la misma cara que nuestro jefe. He estado con él en la granja donde se ha quedado trabajando.

—¿Y no tenía buena cara?

—Sí, bueno... estaba pensativo, como tú. Es raro cuando ayer se os veía tan felices. —Alza las cejas. Mira a nuestro alrededor y ve que nadie nos presta atención—. ¿Pasó algo anoche? —Sé a qué se refiere y como necesito habar con alguien asiento—. Y no estáis juntos, ¿no? —Niego con la cabeza—. Vale. Termínate la cerveza. Este no es un tema para hablarlo aquí. No me fío de estas cotillas y en mi casa estaremos más cómodas.

Eso hacemos, nos tomamos la cerveza y luego vamos a su casa. Es una casa antigua pero totalmente reformada. Me encanta. Es muy acogedora. Nos preparamos algo para cenar y nos sentamos en el sofá y empezamos a picar la cena fría que tenemos ante nosotras.

—Te has acostado con Ethan —lo dice de manera tan directa que casi

me atraganto. Me da en la espalda.

—Sí, pero dicho así parece muy frío.

—¿Y qué hay de malo? Se nota que te gusta, se nota que os gustáis.

—Bueno, tal vez se note que nos deseamos. Siempre nos hemos querido y tal vez haya deseo pero no sé si hay algo más... Sobre todo por mi parte. Por eso ni quiero detenerme a pensar en qué siente Ethan, no me parece justo.

—¿Qué dudas tienes?

—He estado hasta hace poco planeando mi boda con otro hombre. Yo lo quería. Me veía casada con él, se ha ido pero en el fondo espero que regrese. No sé qué siento por mi ex ni qué siento por Ethan. Sé que a Ethan lo quiero, que es muy importante para mí... pero no sé si lo amo.

—Bueno tu ex no está, Ethan sí.

—Lo sé. Pero esto de momento no es nada más y si apostara por Ethan, lo quiero lo suficiente para hacerlo sin dudas. Hace años tenía claro que lo amaba, ahora no.

—No te fuerces pero, sobre todo, vive. Tu ex no está y Ethan sí. Lo que tenga que pasar pasará. —Asiento—. Yo creo en verdad que lo que te retiene es tu miedo a apostar todo por Ethan y que él no sienta lo mismo. Tras un fracaso amoroso es normal. Está demasiado reciente. Pero Chloe, las cosas pasan cuando pasan, no cuando tú quieres que sucedan.

—Lo sé.

Nos quedamos en silencio comiendo.

—¿Y qué es lo que te gustaba, o te gusta, de tu ex? Si dudas de lo que sientes por Ethan tiene que ser alguien increíble porque Ethan lo es.

Pienso en su pregunta y trato de encontrar las razones que me hacen quererlo, que me hacen dudar y no lanzarme de cabeza a por Ethan. Me gustaba estar con Felipe, y eso que cuando estaba en casa se pasaba media vida trabajando. Me doy cuenta de esto. Antes no me importaba, me conformaba con poco. Ahora no sé si, de volver, podría conformarme con ser lo segundo en su vida. Me remuevo inquieta.

—¿Chloe?

—Es un buen hombre, trabajador y...

—¿Te escucha cuando tienes un problema? ¿Busca los momentos que tiene libres para estar a tu lado? ¿Se desvive por hacerte sonreír? ¿Qué tiene que no sea lo que se pide en una web de citas?

—Dicho así parece que no tenemos nada en común, pero lo había. Iba a

formar una familia con él, quería tener hijos con él. Eso es por algo...

—Por la idea de familia perfecta. —Coge mis manos—. Si él regresa, vuelve con él solo si es perfecto para ti, no si la vida a su lado podría ser perfecta. Tienes que estar con alguien porque lo amas, no porque a su lado tienes lo que de niña imaginabas que era el matrimonio. El matrimonio es algo más que la unión de dos personas para formar una familia. Es la unión de dos personas que se complementan y que se quieren, y que creen en su vida juntos. Yo ante todo soy amiga de mi marido, es mi mejor amigo; nos reímos juntos, lloramos juntos y es parte de mí como yo lo soy de él. A su lado siento que saco lo mejor de mí, que juntos sacamos lo mejor que tiene el otro. Casarse es algo más que firmar un papel Chloe. Si solo lo haces por estar casada, cuando la fiesta acabe y te topes con la realidad, esta acabará por asfixiarte.

—Yo lo quería... Lo quiero. Solo estoy confusa...

—Como quieras. Y ahora, si quieres hablamos de otra cosa.

—Sí, mejor.

Al final acabamos viendo la tele y haciendo zapeo hasta que damos con un programa de acertar canciones de música.

Regreso a casa tarde y saco el móvil para buscar imágenes mías con Ethan; cuando se acaban, salen mías con Felipe. Me veo sonriendo, pero no me veo haciendo el payaso, pero era feliz... ¿verdad?

Por suerte estoy sola, no tengo ganas de hablar demasiado y mis padres seguro que no me dejarían tirada en mi cama, querrían saber cómo he pasado la noche con Olga.

Lo que sí tengo claro es que, al cerrar los ojos, con quien me imagino acostada es con Ethan, y que, sin yo quererlo, lo que sucedió anoche se cuela en mis sueños.

Capítulo 8

Ethan

Veo a Chloe ir de un lado a otro, hay trabajo pero no tanto para que no pare. He tenido que cogerla de los hombros más de una vez para que pare y si lo he hecho es porque sé lo que le pasa. No sabe qué hacer con lo que pasó el día de Nochevieja. Sigue esperando que su ex aparezca y me duele. No porque yo tenga claro qué siento, me duele porque ese capullo no la merece o quiero creer que solo es por eso.

No he podido dormir en toda la noche dando vueltas a lo que pasó. En si me debería haber dejado llevar o no y, joder, no se me ocurren razones para no haberlo hecho. Pese a todo, no cambiaría ni un segundo de esa noche. Nunca ha sido igual con otra mujer y no paro de pensar en repetirlo. En volver a tenerla solo para mí y más si sé que tal vez, como ella piensa, un día aparezca el tal Felipe y la pierda de nuevo. No sé si podría decirle adiós y decirle que todo está bien, cuando sé que si se marcha de nuevo, mataría algo dentro de mí. Sé lo que es no tenerla, echarla de menos, y no quiero pasar por eso de nuevo.

Por eso la llamo a mi despacho y espero a que entre.

Entra y me mira a la espera de que le mande trabajo.

—¿Qué quieres que haga?

—Primero que te calmes y luego que me trates como siempre. ¿Es mucho pedir? —Alza las cejas.

—Te trato como siempre. —Se sonroja y al buscar mi mirada se detiene más de lo que suele hacer en mis labios y noto cómo su respiración se acelera. Desea besarme.

—Cierra la puerta, Chloe —le digo yendo hacia ella.

Se va hacia atrás y pone la mano en la puerta. Pienso que va a huir pero escucho el clic de la puerta, y aunque pregunta, sabe qué va a pasar antes de que se lo diga.

—¿Por qué querías que lo hiciera?

—Porque voy a besarte y no quiero que nadie nos moleste.

Cojo su cara y la beso como me muero por hacer desde el otro día, cuando dejé que se fuera sin hacerlo. Lo hice por ella, porque necesitaba tiempo pero siento que tiempo es lo que no tenemos. Que si su ex vuelve, yo la perderé y no quiero. No quiero quedarme sin ella, sin esto, no quiero perderla y soy un cobarde que no quiere admitir que si siento esto, es porque en verdad nunca he dejado de amarla desde que supe que lo que sentía por mi amiga no era solo amistad.

El beso se profundiza. Chloe tira de mi ropa y yo abro su bata sabiendo que bajo esta solo lleva su ropa interior y nada más. Gime cuando paso mis manos por sus curvas y cuando la alzo para que su espalda se apoye contra la pared. El beso se hace más urgente. Mi lengua busca la suya y me pierdo en su sabor.

—Ethan... alguien podría vernos.

—Seguro que hasta han apostado en si tendremos sexo en el despacho.

—Se ríe y mete las manos en mi pelo.

—No quiero detenerme... pero...

—Lo sé, Chloe, no te estoy pidiendo nada. Solo que hagas lo que sientes y solo me detendré si has encontrado una razón de peso para que lo haga.

—No la tengo. Te deseo.

La cojo en brazos y la llevo a mi mesa. La apoyo en ella y me meto entre sus piernas. Paseo mis manos por sus perfectos pechos que se endurecen bajo mi contacto. Me encanta lo receptivos que son y no puedo evitar separarme, y meterme uno de sus pezones en mi boca sobre el encaje de su ropa interior verde. Se lo chupo. Chloe se traga los gemidos, lo que me recuerda que no tenemos mucho tiempo antes de que nos interrompan.

Llevo mi mano a su sexo y le quito las braguitas, y compruebo, mientras la beso, que está lista para mí. Enloquezco al sentir como sus jugos bañan mis dedos. Busco un preservativo en mi cartera para ponérmelo y tras bajarme lo justo los vaqueros me meto dentro de ella disfrutando de la sensación de ser uno, de sentirme completo entre sus brazos.

Cojo su cara entre mis manos no queriendo perderme ninguna emoción de Chloe, queriendo absorber cada una de ellas. No puedo perderla, pienso mientras entro y salgo de ella. Su mirada se vidria por el placer. Lo hago otra vez y la beso con ternura mientras le suplico sin palabras que no me deje.

Le hago el amor con lentitud hasta que me veo al borde del orgasmo y

llevo mi mano a la unión de nuestros cuerpos, buscando su endurecido botón para acariciarlo hasta que explota entre mis brazos y la sigo sin dejar de besarla para que nuestros labios acallen nuestros gemidos de placer.

Chloe

Estoy con Olga tomándome algo en el bar del pueblo tras el trabajo. Ethan acaba de entrar y tras saludarme con un guiño se ha ido hacia donde están sus amigos de toda la vida.

—Estás loquita por él.

—No —niego y Olga se ríe.

—Ya, claro, por eso te vi saliendo con esa cara de tontita de su despacho. —Me sonrojo y se ríe más—. Tranquila, ignoro qué pasó dentro. Pero se nota que te gusta mucho. Otra cosa es que quieras reconocerlo.

Observo a Ethan que se acaba de pedir una cerveza, al verse observado me mira y me sonríe de esa manera que acelera mis sentidos y, sin poder evitarlo, lo recuerdo dentro de mí, besándome para acallar mis gemidos. Siento calor y aparto la mirada. No puedo negar que lo que siento por él va más allá de la amistad y va en aumento, pero sigo sin querer saber hasta dónde llega.

—Bueno, tiempo al tiempo —me dice chocando su cerveza con la mía. Le doy un trago y hablamos de otras cosas.

Olga se está convirtiendo en una buena amiga. Me encanta su forma de ser y sé que se puede confiar en ella. Una prueba de ello es que nadie sabe que Ethan y yo hemos dado un paso más y en este pueblo, donde todos saben hasta cuántas veces estornudas, es un milagro. Es un gran alivio tener a alguien que sabe que un secreto no es de interés nacional.

—¿Qué hace esa aquí?—dice Olga, miro hacia la puerta y veo a Mabel entrar.

Me sorprende reconocerla tras tantos años, algo que no debería pues iba a clase de Ethan y se encargaba de hacerme la vida imposible en el colegio. Siempre me insultaba haciendo que sus críticas fueran dichas una y otra vez por todos. Como no, siempre me llamaba gorda o bola de carne. Aunque aparentemente parece inocente y buena, es un mal bicho e iba por lo bajinis sin que nadie la delatara. La odiaba y por su mirada de suficiencia sé que no ha cambiado. Tal vez los engañara a todos pero a mí no. Le gusta mucho eso de tirar la piedra y esconder la mano.

—¿Sigue viviendo en el pueblo? —pregunto a Olga tratando de que no note mi malestar. No todo el mundo sabía que los insultos que me decían en el colegio eran cosa de ella. Yo callaba por miedo. Ella sabía a quién decirlos y dónde iniciarlos para que tuvieran efectividad. Y todo porque estaba enamorada de Ethan y odiaba verme con él.

Me lo confesó uno de los días que me acorraló cuando nadie nos miraba y tras decirme lo gorda y fea que era me advirtió que si salía con Ethan me haría la vida aún más imposible.

Ella fue la persona que me dijo que nadie querría casarse con una gorda como yo y por la que acabé haciendo esa tonta promesa con Ethan.

—Habrá venido a ver a sus padres por Navidad —me contesta Olga trayéndome de vuelta—. Lo que no sé es que hace en este bar, nadie en el pueblo la traga desde que se destapó su verdadera cara. —Me doy cuenta de que es verdad pues la gente del bar la mira con resquemor. A ella no parece molestarle mientras va hacia donde está una de sus inseparables amigas que tampoco ha cambiado mucho—. Todos hicieron piña a favor de Ethan.

—¿Y qué tiene que ver Ethan con esa? —Olga agranda los ojos.

—¿No lo sabes?

—¿Saber el qué?

—Que Mabel es la exmujer de Ethan.

Siento como si alguien me acabara de tirar un jarro de agua fría. No puede ser.

—No... no... —Me cuesta hablar—. Eso no puede ser... Él no... Él no acabaría con alguien así.

—Nos tenía engañados...

—¡Pero a mí no! ¡Esa fue la que me hizo la vida imposible en el colegio! —grito y me gano miradas de más de uno en el bar.

Recojo mis cosas y salgo de aquí. Estoy saliendo cuando veo a Ethan acercarse pero niego con la cabeza y corro sin importarme el hielo del suelo. Corro agobiada por el descubrimiento, porque en mi cabeza no me entra que alguien como Ethan acabara con esa, que se casara con ella, que quisiera que alguien tan cruel fuera la madre de sus hijos.

Me resbalo y me voy contra el suelo. Apoyo las manos y me duele. Ethan se agacha mi lado y trata de cogerme.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¡Te casaste con Mabel!

—Lo sé y no entiendo que te pongas así.

—¡Era ella! —le grito y me mira sin comprender—. Ella era la que me insultaba en el colegio, la que me hizo la vida imposible, la que lo hacía porque estaba enamorada de ti... La que al parecer, al final consiguió tenerte.

Noto que Ethan se queda pálido.

—¿Y cómo esperabas que lo supiera si nunca me lo dijiste?

—Lo sé, pero... ¿Cómo pudiste querer a alguien tan ruin? Sabía que tu exmujer era así, pero no que fuera ella. ¿Cómo pudiste querer que alguien así fuera la madre de tus hijos?

—Este no es lugar para hablar —dice Ethan viendo que varios vecinos nos miran.

Me ayuda a levantarme y maldice cuando ve que tengo cortes en las palmas. Me acaricia las heridas y me quejo.

—Chloe, ahora sé que nunca la quise. Solo me dejé llevar engañado como todos.

—¿Ahora? ¿Por qué ahora?

Ethan duda y niega con la cabeza.

—Ahora lo sé. —Tira de mí hacia donde está su casa.

—No quiero ir. Necesito pensar.

—Chloe, ya viste como acabó todo, lo engañado que me tenía...

—Lo sé, pero necesito asimilar que mi mejor amigo se casó con mi peor enemiga. La que me hizo la vida imposible y por la que al mirarme al espejo no dejo de escuchar sus hirientes palabras de que no soy más que una gorda. Tú siempre lo sabes ver todo en mí y no supiste verlo en ella.

—¡Porque a ti te quiero y a ella la deseaba! ¡Son dos cosas diferentes!

Me grita y eso hace que me aplaque un poco.

—Es muy bonita...

—Es una cáscara vacía. Cuando vi cómo era, me odié por haberme creído enamorado de alguien así. Supe que en verdad solo mi cabezonería por negar que mi matrimonio se fuera a la mierda me hacía seguir intentándolo. Me ha costado verlo. Aceptar que me equivoqué. Que me dejé llevar... No puedo pedirte perdón por algo que no hice para hacerte daño. Ya me siento suficientemente tonto por acabar con ella.

—Te entiendo... Tienes suerte de que todo acabara.

—Sí.

Ando hacia mi casa. Ethan me sigue.

—No se parece a mí... No debería molestarme, pero me molesta.

—No me gustaba que nadie ni nada me recordara lo mucho que te extrañaba. Cuando te fuiste guardé todas tus fotos y todos tus recuerdos. No podía recordarte, tal vez eso explica por qué acabe con alguien que no se parecía en nada a mi primer amor, que siempre serás tú.

Lo miro. Su sinceridad me acelera los latidos de mi corazón y me hace entenderlo. Me veo dándome cuenta de que si he reaccionado así con él no ha sido solo porque se casara con Mabel, ha sido por celos de imaginarlo con ella. Soy consciente por primera vez de que me importa más de lo que creía y por miedo a lo que esto nos pueda hacer como amigos, callo y no ahondo más en mis sentimientos recién aceptados sin querer saber hasta dónde llegan y qué fuerza tiene ahora lo que siento por él.

Lo abrazo con fuerza y Ethan me devuelve el abrazo y no dice nada. A mí me pasó algo parecido. Lo echaba tanto de menos que mi madre guardó nuestras cosas en una caja para llevarlas donde fuéramos. A día de hoy no las he sacado y no le he pedido a mi madre que me las dé. Solo tengo las que dejó olvidadas en mi antiguo cuarto.

Me alejo de Ethan y sé que sabe que necesito tiempo. Nadie me conoce como él.

Ethan

—Es precioso —dice Chloe con Claus entre las manos.

Sigue aquí, junto a su madre y hermanos porque está amamantando, pero acabará en mi casa. Aunque si se va, será algo más que me recuerde a ella cuando regrese a mi casa.

Hoy casi no hemos hablado. Está distante y sé que no es solo por lo de mi ex. Es porque tampoco sabe qué siente por mí. Lo veo en sus ojos y veo cómo también en el fondo espera que su ex regrese. Es lo que tiene conocerla como nadie. Ella nunca daría un paso hacia mí si no sintiera que me quiere sin dudas. Lo sé. Aunque me duela, sé leer sus sentimientos. Por eso la dejo tiempo. No quiero agobiarla o tal vez no quiero escuchar en voz alta lo que ya intuyo: que solo siente deseo por mí y sigue queriendo a su ex.

Tal vez lo que pasa entre los dos solo sea una despedida de lo que pudo haber pasado si no se hubiera ido. Tal vez esto solo sirva para cerrar el capítulo de nuestras vidas. ¡Yo qué sé!

—Sigo insistiendo en que deberías decir a tus padres que te lo quedas.

—Por su mirada pasa un halo de dolor.

—No, es mejor que no. —Da un beso al cachorro en su cabecita y lo deja junto a sus hermanos—. ¿Te tienes que ir otra vez?

—Sí. No sé si regresaré hasta la noche de Reyes pero te prometo que llegaré a tiempo para pasarla contigo.

—Es mi preferida.

—Antes lo era, me alegra que siga siendo así.

Vamos hacia mi despacho y Chloe se sonroja al recordar lo sucedido aquí ayer. Estoy a punto de darle un beso cuando Olga entra con una urgencia y nos ponemos manos a la obra. Es tarde cuando acompaño a Chloe a su casa en mi coche; gracias a la sal y al vehículo quitanieves puedo circular sin que la nieve derramada me dificulte la tarea.

Detengo el coche y espero que hable. Se está mordiendo el labio y retuerce su bolso. Me apoyo en la puerta y le dejo espacio y tiempo. Me mira cuando ha pasado un rato y hace algo que me sorprende. Me besa sin importar quién nos vea y le devuelvo el beso.

—Ten cuidado —me dice entre mis labios.

Acaricio su mejilla y me quedo mirándola. Es preciosa, y la amo con todo mi ser. Estoy cansado de ser un cobarde y no reconocer que si no lo admito es solo porque temo no ser correspondido. Porque no sé cómo podré ser solo su amigo o verla con otro.

Nos abrazamos y no sé bien qué ha dado el primer impulso. Se me pone un nudo en la garganta. Solo me voy de viaje, pero siento como si esto fuera una despedida, por eso me quedo simplemente sintiéndola y cuando se retira, siento el frío abrazarme y temo que sea una premonición de lo que me espera.

Capítulo 9

Chloe

Me doy un paseo por el pueblo. Es tres de enero y en la panadería han empezado a vender algunos roscones ya que desde hace días los empiezan a vender en grandes superficies y, o les siguen el ritmo, o pierden clientes.

La calle huele a ese dulce tan emblemático de estas fiestas.

Yo soy de las que lo prefiere el día de Reyes, hace que lo disfrute más al ser un postre que solo lo como una vez al año.

Estoy pensando en ir a la plaza del pueblo a ver si veo a mis padres por allí. He salido hace poco de trabajar y no me apetecía meterme en casa. Se me ha quedado muy grande desde que Ethan se fue, lo echo mucho de menos.

—Vaya, tú —me giro y veo a Mabel que aún sigue por aquí.

No hay nadie cerca, como cuando éramos pequeñas y siempre esperaba el momento oportuno para hacerme daño sin tener testigos.

La miro a los ojos, sin agachar la cabeza por primera vez y veo a una mujer bonita pero con una mirada horrible, de esas que te transmiten muy mal rollo. ¿Y yo sentía celos de ella? ¿Yo he dejado que esta persona me atormente durante años?

Está muy delgada, tanto que parece mucho más vieja que yo, no solo dos años. Sus mejillas no están sonrosadas y sus ojos no transmiten más que odio.

Se me cae un mito y me doy cuenta de que la comparo conmigo, porque por primera vez me doy cuenta de que me encanta como soy. Nunca he querido cambiar, pero siempre pensé que debía hacerlo.

Me doy cuenta también de que en mi relación con Felipe preferí centrarme en estar delgada y en regímenes imposibles que en aceptar que lo nuestro no era como esperaba. Era más fácil centrarme en mis kilos de más que en lo que me faltaba en mi vida para ser feliz a su lado.

—Sí, soy yo...

—Chloe, la gorda.

—Sí, la misma —le digo desafiante y noto como le jode que no me haga daño.

—He visto que has ganado el gran premio de comilona... siempre fuiste y serás una obesa.

—Y tú siempre has sido y serás una mala persona. Y lo mío no es malo, lo tuyo sí.

Noto la rabia en sus ojos y veo la verdad. Quería verme, hacerme daño y así sentirse mejor porque tenía poder sobre alguien. Yo le di ese poder. Yo dejé que me usara para sentirse poderosa.

Pero ya no más.

—Nunca va a cambiar...

—Ni quiero cambiar y como vuelvas a acercarte a Ethan y a hacerle daño te las verás conmigo. —Se lo digo acercándome a ella. Es más alta que yo en tacones pero eso me da igual. Da un paso atrás, por primera vez es ella la que huye de mí—. Adiós.

Lo digo y sé que de verdad cierro todo ese episodio de mi vida y lo hago para siempre. Yo nunca fui alguien que se mereciera esas críticas. Pero dejé que me afectaran porque en vez de mirarme a mi misma y ver la cantidad de cosas buenas, dejé que otros me recordaran los defectos que tenía.

Nunca más. Me da igual ser Chloe la gorda, al mirarme al espejo nunca me he visto tan feliz. Y quien mire primero mis kilos de más que mi sonrisa, es que tiene un problema. Yo no.

Llego a mi casa y cojo el espejo que me regaló Ethan y me miro viéndome a mí, no a la persona que espero ser o la que quieren hacer de mí las modas. Y me doy cuenta de que me encanto. Me sonrío por primera vez a mi misma y sé que no será la primera sonrisa que me dedique.

Cojo el móvil y llamo a Ethan, como cada noche. No tarda en cogérmelo.

—¿Qué tal tu día? —me pregunta nada más descolgar.

—Genial, me he enfrentado a Mabel.

—¿Estás bien? ¿Te ha dicho algo?

—Lo de siempre, pero ya no soy esa niña. Ya no puede herirme. Hoy ya no tiene ese poder sobre mí.

—Me alegro mucho, al fin eres fuerte.

—Sí, pero no quiero hablar más de ella. ¿Qué tal tu día? Estoy deseando que vuelvas.

—Yo también tengo ganas de volver y mi día... de película cómica. Un caballo casi me tira y no contento con eso casi me da una coz. Menos mal que lo vi venir en ambas ocasiones.

—¿Y qué le pasa para estar así?

—Le habían puesto mal una herradura y le dolía mucho. Hemos tenido que ser pacientes con él.

—¿Y lo gracioso?

—Que una de las veces no lo vi venir y me empujó de tal forma que caí al suelo donde había un gran charco de barro.

Me entra la risa al imaginarlo todo lleno de barro y al caballo feliz de haber conseguido su hazaña de alejar a ese hombre que lo estaba molestando.

—No te rías. Me ha costado un buen rato sacarme todo el barro.

—¿Y no hay fotos?

—No. Pero te lo puedes imaginar. Por suerte la dueña me atendió bien luego.

—¿Y es bonita?

—Claro que lo es.

—¿Y te gusta?

—Claro —me responde con una diversión que me molesta—, aunque no es mi tipo, no me van las mujeres de sesenta años. —Ahora todo tiene sentido—. ¿Celosa, Chloe?

—¿Yo? Nada de nada —miento y por su risa lo sabe.

Seguimos hablando de todo un poco y a la hora de colgar como me pasa siempre me cuesta decirle adiós. Siempre es demasiado pronto para dejar de escuchar su risa al otro lado del teléfono.

—Toma, Chloe, revisa esta caja para ver qué quieres sacar y poner en tu cuarto. —Cojo la caja que me tiende mi madre y me meto en mi cuarto a revisarla.

La abro y sé que no es casualidad que mi madre me dé esta caja hoy noche de reyes. Es la caja de mis cosas con Ethan. Lo primero que veo es una foto de los dos poco antes de irme. Lo miro enamorada. Ya sabía que lo amaba, y Ethan sonríe a la cámara ajeno a cómo le sonrío.

Todas las noches hablamos, pero no es lo mismo. Lo echo de menos. Lo

añoro. Y no sé diferenciar si es porque lo quiero como amigo o porque lo amo. No sé ver lo que siento. Cuando lo descubrí hace años también me costó aceptar que había traspasado la barrera de la amistad.

Me prometió que vendría esta noche para el desfile de Reyes y para comer el roscón de chocolate, uno de mis postres preferidos. Son las cinco de la tarde y no ha llegado.

«Aún hay tiempo», pienso.

Reviso las cosas de la caja. Hay cientos de fotos de nuestra vida juntos. Algunas de cuando éramos bebés. También están los regalos que Ethan me hacía. Uno de ellos es un peluche que me gustaba mucho y me lo compró quitándoselo de su paga. Lo acaricio.

Cierro los ojos y recuerdo cada instante de esa vida juntos. Y me pregunto si quiero al amigo o amo al hombre. Quiero saberlo. Necesito saberlo. No quiero volver a besar a Ethan hasta saberlo. Aunque él no sienta lo mismo quiero ir con la verdad por delante. Quiero saber si lo beso con deseo o enamorada.

Tocan a la puerta y miro a mi madre que me observa de una forma que no sé cómo descifrar.

—Te están esperando abajo.

Pienso que es Ethan, me levanto a toda prisa y salgo corriendo con el corazón latiéndome como un loco. Me muero por verlo. Tengo que cambiarme para ir al desfile, pero eso no importa, él está aquí. Ya se estaba retrasando.

Llego al salón y lo veo de espaldas a la cocina. Va vestido de una forma que no suele ir nunca, arreglado, y eso me extraña. Doy varios pasos hacia él y me quedo paralizada cuando se gira y me mira porque no es Ethan, pero sí son otros ojos verdes los que me observan bajo un pelo rubio parecido al de mi amigo. Es Felipe.

—Chloe —me dice casi con miedo de mi reacción. Yo no me muevo, no puedo.

Trato de encontrar las razones por las que lo quería y al mirarlo, la puerta de la calle se abre.

—Ethan... A no, tú no eres mi hijo. ¿Quién eres?

Miro a Felipe y me doy cuenta de que es cierto, que se da un aire a Ethan, algo que hasta ahora no había visto. No puede ser. Lo miro comprendiendo tantas cosas, asimilando tantas otras y más pérdida que nunca.

—Soy Felipe, el novio de Chloe. —Le da la mano a la madre de Ethan y al girarme veo que su hijo, que acaba de llegar, está tras ella con una sonrisa mortífera mientras mira a Felipe.

—Vaya, entonces has vuelo —suelta Ethan con voz dura—. Enhorabuena supongo. —Celos, está celoso. Lo noto.

—¿Y tú quién eres?

—Ethan. —Felipe lo mira sin cambiar el gesto y Ethan se da cuenta de que nunca le he hablado de él. Sonríe.

—Ya veo que nunca te ha hablado de su mejor amigo.

—No, la verdad es que nunca me habló de ti. Cariño, podemos hablar en un lugar más privado, tengo muchas cosas que decirte.

Me giro hacia Felipe y pienso en sus palabras. Ha venido, ha venido a por mí. Ha recorrido medio mundo para buscarme. Era lo que quería, ¿no? No, ya no, ya no puedo mentirme más. Ahora sé lo que me atraía de él, y tristemente es que me recordaba a Ethan. Pero nunca lo sería, porque no se parece más allá de lo físico. Felipe nunca me entenderá como Ethan. Nunca será Ethan, nunca lo amaré como a Ethan. Me doy cuenta de mi afirmación y me giro a mirar a Ethan, pero no está.

—Por favor he hecho un largo viaje por ti.

Me dice y asiento. Le debo eso. Lo llevo hacia el despacho de mi padre y espero que hable. Aunque sé que ya no es nuestro tiempo, que diga lo que diga caerá en saco roto. Al fin he visto la verdad. Al fin he admitido ante mí lo que siento y he dejado de ocultarlo por miedo. Si pierdo a Ethan no será por lo que siento. No dejaré que eso nos separe más. Puedo vivir sin que me ame, pero no sin él.

—¿Has engordado, no? —Lo miro alucinada.

—¿En serio? ¿Has recorrido medio mundo para decirme que estoy más gorda? —Pone mala cara—. Sí, he engordado y, ¿sabes qué te digo? Que me encanta. Me veo más favorecida. —Y es cierto—. Me encanta comer, disfruto comiendo y estoy cansada de contar calorías. Estoy cansada de pensar en que si engordo te dejaré de gustar...

—Has cambiado.

—No, siempre he sido así. Cambié por ti, y eso nunca debería haber sido. —Me mira con tristeza, tal vez adivinado que lo nuestro no puede ser.

—Chloe, te quiero. Me agobié, me sentí muy viejo de golpe y me entró ansiedad. Pero estando lejos de ti, me he dado cuenta de que me gustas...

—No sé si...

—He hecho un viaje muy largo, he recorrido medio mundo por ti. ¿No me merezco al menos una oportunidad? Sé que la he cagado, pero necesito saber si está todo perdido. Vamos a cenar, a dar un paseo. Dame la oportunidad de explicarme.

—No sé...

—Hoy es tu noche preferida. Lo he recordado. —Que sepa eso cuando nunca le ha dado importancia a estas fiestas, hace que no sea tan fácil decir que no—. Déjame explicarme. Te quiero.

Asiento y sonrío. Una cena no puede hacernos daño y quiero saber la verdad.

Ethan

Veo a lo lejos a Chloe sonreír a su novio, prometido o lo que sea el idiota de la ropa de marca repeinado. Mi madre como buena toca pelotas que es cuando quiere, no ha parado de decirme que es muy guapo y que si no pienso hacer nada para no perderla, que sabe que estamos liados, que nos vio dándonos el lote en el coche. Me marché no queriendo hablar con mi madre de mi vida privada y porque ni yo mismo sé qué hacer.

No puedo obligarla a quererme. No quiero exigirle que lo olvide cuando estaba deseando que hiciera justamente eso. El otro día se despidió de mí porque sentía que algo iba a cambiar, y tal vez fue porque sabía que él regresaría, que en unos días retomaría su vida donde la dejó. Y aunque quiero creer que la amistad seguirá, nos separarán demasiados kilómetros para que no se rompa otra vez y más, porque esta vez la amo más que hace años y tengo que ver cómo se va con otro.

La veo sonreír a Felipe y los celos me ciegan. No me paro a pensar si es feliz y entro en el bar del pueblo a pedirme algo fuerte.

—Te estás perdiendo la cabalgata —me dice el dueño que está prácticamente solo.

—Está Chloe con su prometido —dice Olga que entra a la carrera—. Te vi entrar con una cara de querer matar a alguien y he venido a ser tu paño de lágrimas.

—Necesito estar solo.

—Yo puedo quedarme a tu lado y no decir nada. —La miro amenazante—. Deberías luchar por ella. Deberías decirle lo que sientes y dejar de hacer el tonto. ¿O vas a dejar que esta imitación de ti mismo te la quite?

Es tu marca blanca.

—¿Marca blanca?

—Tú eres la versión original y él es la imitación. —El jefe del bar se ríe. Lo miro serio y se calla—. Ethan, la vas a perder. Se va a ir al otro lado del mundo. Sé que no quieres casarte de nuevo, que tu exmujer te dejó marcado y jodido para los restos, pero es Chloe, tu Chloe y si no haces nada la perderás de nuevo. Pienso que si la tienes que perder al menos que sea sabiendo lo que deja atrás. Tú la amas y estoy harta de que lo niegues. Ya la perdiste una vez, de ti depende no perderla de nuevo.

—Ella se fue...

—Y tú en catorce años nunca fuiste a verla. Dejaste que el tiempo pasara mientras te cabreabas porque se fue, por haberla perdido. Dejaste que la vida os separara, que la hiciera enamorarse de otro; que a ti te hiciera creer que podrías tener una vida perfecta con Mabel cuando ella nunca fue perfecta para ti. Dejaste que todo eso pasara por no aceptar de una vez que la amabas entonces y la sigues queriendo. Por no arriesgar perdiste. De ti depende perderla otra vez ahora que ha vuelto.

—Tú no entiendes nada.

—No, claro, yo solo soy tu amiga y empleada.

—Olga tiene razón —dice el dueño y me canso de sus charlas.

Me marchó cabreado con ellos, con la vida y con todo.

Si no la busqué, en verdad fue por miedo. Por miedo a que la realidad empañara los buenos recuerdos que tenía de Chloe, por miedo a admitir que ella no me amaba y a aceptar que ya se había pasado el tiempo de nosotros dos. Joder, duele admitir que quieres a alguien que estás viendo con otro... con su prometido para ser exactos.

Duele ver cómo le sonrío, y odio sentirla cada vez más lejos.

No sé qué hacer.

Entro a casa de mis padres al no encontrar a nadie en casa de Chloe. Veo a mis padres y a los de Chloe sentados a la mesa del salón comiendo roscón y chocolate.

—¿Dónde está Chloe?

—Se ha ido con Felipe al aeropuerto —me dice mi madre con toda la tranquilidad el mundo.

Maldigo y salgo tras ellos. No puede haberse ido de nuevo. No puede

haberse marchado otra vez, y tengo claro que si no la encuentro, pienso seguirla por medio mundo si hace falta.

Chloe

Observo a Felipe alejarse por el aeropuerto mientras se cierra esta puerta de mi vida. Ahora sé que en verdad nunca lo amé y que solo quería lo que representaba. Me fijé en que me recordaba a Ethan, es triste decirlo, pero hoy lo he visto claro. Aunque solo físicamente y me conformaba con lo poco que me daba porque, en verdad, yo no lo amaba y no quería más. Es increíble admitir lo ciega que he estado, que si Felipe no se hubiera ido, mañana me hubiera casado con él.

Recuerdo nuestra conversación mientras paseábamos por el pueblo antes de cenar. Primero me contó que había estado viajando y me recordó cosas que hacíamos juntos. Me reí de algunas de ellas, y mientras lo escuchaba cada vez tenía más claro que solo sentía por él amistad. Fuimos a cenar y una vez más me dijo que era diferente.

—Te quiero, Chloe. No quiero perderte.

—¿Por qué? —Me miró extrañado—. ¿Qué te gusta de mí? ¿Por qué me quieres?

—Me gusta estar a tu lado.

—No es lo mismo estar conmigo que estar a mi lado.

—Me gusta pasar tiempo contigo.

—¿Y qué más? —Eso antes me valía, ya no.

Ya no me engaño a mí misma. Me había conformado porque no podía tener a la única persona que he amado. La única capaz de hacerme sentir completa: Ethan.

—Chloe... vamos. —Trató de coger mi mano pero no le dejé—. ¿Es por ese hombre? He visto cómo te miraba. Se nota que siente algo por ti.

Sonreí al recordar a Ethan y deseé que Felipe estuviera en lo cierto y Ethan que sintiera algo por mí, porque ya al fin no tengo dudas de lo que siento por mi mejor amigo.

—Es por nosotros. Nunca fuimos más que un tú y yo, no un nosotros. Tú estás conmigo porque, por lo que sea, crees que seré una buena mujer florero y yo porque me estaba conformando con poco cuando me merezco todo. Y tú también. El matrimonio es algo más que llevarse bien. Es pasión, amistad y es entenderse. Lo siento. Siento que hayas hecho este viaje pero yo no te pedí que me dejaras. Y, sin embargo, te lo agradezco.

Ahora sé que hubiera cometido un gran error. Tal vez al principio todo hubiera sido genial, pero luego me hubiera pasado años tratando de hacer que funcionara, incapaz de aceptar que me había equivocado. Sin tú saberlo hiciste que yo también viera que en verdad estaba agobiado, que no quería esto y que lo quiero todo. Quiero amar a la persona con la que me voy a casar y que si se marcha, sienta que se me parte el alma... Nunca sentí eso tras tu partida, solo rabia porque me dejaras, porque me plantaras. Pero nada más. Ahora lo veo.

—Chloe... Te quiero.

—Yo también, pero no te amo. Lo siento, de verdad que lo siento, pero sé que un día encontrarás a otra mujer que te haga dar las gracias por no seguir apostando por algo que está destinado a fracasar.

Me miró dolido o eso creí porque al entrelazar mis ojos con los suyos no vi dolor. No vi que le doliera en verdad perderme.

—Te he perdido.

—No se puede perder lo que nunca se ha tenido. Siento haber tardado en darme cuenta. Pero en verdad tú nunca me quisiste a mí. Si me hubieras querido, no hubieras tratado de matar mi esencia ni de cambiarme ni de anularme. No te lo echo en cara, pero yo soy así. —Me señalo. Llevo unas mallas que odia y una camisa ancha que también odia, claro. Le gusta la ropa más refinada.

Estaba tan decidido a lograr el novio perfecto y la boda perfecta que se me olvidó preguntarme si era feliz. Me olvidé de hablar conmigo misma y preguntarme simplemente si eso era lo que quería. Di por perdido a Ethan y me conformé. Ya no más. Pienso luchar por Ethan, y si solo me desea... aprenderé a ser solo su amiga.

—Lo siento... No me di cuenta de que te estaba cambiando.

—No creo que lo hicieras a propósito, pero sí creo que en el fondo tratabas de crear en mí tu mujer ideal y que en cierto modo también te conformaste conmigo. Por eso te agobiaste.

No dijo nada. Mira su reloj y comprueba algo en el móvil.

—No tiene caso que siga aquí.

—Te acompaño al aeropuerto.

Asintió y tras ir a mi casa a coger las llaves de mi coche, fui a llevar a Felipe al aeropuerto. Nos hemos despedido sin lágrimas, sin un te quiero más, sin nada más que un deseo de suerte. Espero que encuentre al amor y, sobre todo, que no la cambie, que sea perfecta a sus ojos pues la belleza

reside en los ojos del que mira y ahora sé que en verdad yo nunca le gusté. Era más fácil tratar de cambiarme, que admitir que no era yo su mujer ideal.

Voy hacia mi coche y llamo a Ethan que tiene el móvil apagado. Pienso en el motivo. Tal vez siga enfadado porque no le hablara a Felipe de él, pero es que yo tampoco quería recordarlo. Si lo hacía me derrumbaba.

Llego a mi casa, tras ir a casa de Ethan y no encontrarlo, y me meto derecha en la cama sin pasarme a tomar el roscón. Sin decir a nadie que estoy sola en mi cuarto y una vez más llamo a Ethan sin obtener respuesta.

¿Dónde se ha metido?

Sigo sin tener noticias de Ethan y preocupada voy a casa de sus padres para saber si saben algo de él. No paro de llamarlo y no me lo coge.

Abro a puerta de la calle que solo tienen costumbre de cerrar por la noche, como mis padres. He tocado y nadie me responde. Entro al salón y veo el árbol encendido aunque la luz del día no hace que luzca igual, pero es el día de Reyes y, como los Reyes ya han pasado y el suelo está lleno de regalos, a Marisa le gustaba encenderlo y veo que sigue siendo igual. En nuestro árbol no hay regalos, todos están aquí. Hasta el que compré para Ethan y le pedí a mi madre que dejara aquí.

Miro la estrella de Oriente que brilla azul en lo más alto. Al final no me he casado antes de los veintiocho. Me río por la tonta promesa. Hoy cumplo veintiocho años y sigo soltera, pero lo agradezco, ahora sé que todo hubiera sido un error. Solo pienso en decirle a Ethan lo que siento y arriesgarme. Solo espero que si no siente lo mismo, con el tiempo aprendamos a ser solo amigos.

—¿Marisa? —Marisa sale de la cocina y al verme sonrío.

—Feliz cumpleaños, cariño. —Me da dos besos y me tira de las orejas. La dejo acabar.

—¿Sabes dónde está Ethan?

—No. ¿Tú tampoco? Yo os hacía juntos... —Alza las cejas y me sonrojo por lo que insinúa.

Esto hace que me preocupe más.

—¿Qué pasa, cariño? —me dice mi madre que ya está aquí con mi padre, este último está deseando abrir los regalos pero no lo hacemos nunca hasta estar los seis y Ethan no está por ninguna parte.

—No encuentro a Ethan. No coge el teléfono.

—No creerás que... —dice mi madre a la madre de Ethan y esta se muerde el labio preocupada.

—No creo. ¿Ayer no lo viste? —me pregunta dudosa.

—Lo vi por la tarde...

—¡Ay Dios, que se nos ha ido de las manos! —dice mi madre.

—¿El qué se os ha ido de las manos?! ¿Qué habéis hecho esta vez?

—Le dije a mi hijo que estabas en el aeropuerto y no le dije que despidiendo a Felipe... Mi idea era que corriera tras de ti, os encontrarais y admitierais de una vez que os amáis.

—Pues no lo vi y no me responde a las llamadas.

—¡Os dije que si no la encontraba se iría tras ella! —dice mi padre.

Los miro impactada e imaginando a Ethan volando hacia donde yo vivía. No puede ser pero reconozco que una parte de mí está dando saltos porque quiera ir a buscarme.

La puerta de la casa se abre y aparece Ethan con una maleta. Tiene mala cara hasta que me ve y parece desconcertado, y luego aliviado.

—Chloe...

No parece dar crédito a que esté aquí y sabiendo lo que han tramado nuestros padres no me extraña.

—Os dejamos solos —dice mi madre que me da un apretón de ánimo y me dice al oído—. Sé sincera, no mientas más.

Asiento y los escucho irse mientras Ethan se acerca a donde estoy.

—No me he ido con él.

—Eso veo. —Parece feliz—. ¿Por qué? Al fin había vuelto a por ti.

—Porque no lo amo, no a él. —Lo miro a los ojos y espero que lea lo que le quiero decir como siempre, y espero. Temo que en vez de sonreírme me mire agobiado por tener que rechazarme. Pero sonrío, sonrío feliz y me siento flotar—. ¿Ibas a ir a buscarme?

—Sí, y pensaba traerte de vuelta conmigo.

—Contigo. Estás muy seguro de ti mismo. —Ethan sonrío y abre su maleta para sacar algo de esta.

—Se te olvida que nadie te conoce como yo y juro que me moría por ver en tus ojos lo mismo que espero que veas en los míos. —Me tiende un regalo—. Tu regalo de Reyes y de cumpleaños.

—Ahora mismo lo que menos me apetece es abrirlo, me muero por besarte. —Se ríe y niega con la cabeza.

—Ábrelo, tengo una promesa que cumplir. —Lo miro intrigada y abro la caja que no es muy grande. Lo primero que veo es una nota y mientras la leo se me llenan los ojos de lágrimas por la emoción: «Hace años te hice una promesa y hoy más que nunca me muero por cumplirla. No porque te lo prometiera, sino porque te amo. ¿Quieres casarte conmigo?».

Levanto la nota y veo un anillo de compromiso precioso. Es perfecto, justo como a mí me gustan. Lo cojo entre mis dedos.

—Ya no la puedes cumplir ya tengo veintiocho...

—No hasta las once de la noche —dice mi madre emocionada con el móvil en la mano claramente grabando todo lo que ha sucedido—. Lo que nos da un margen de varias horas para preparar la boda.

—No seréis capaces...

—Marisa ya está llamando al cura. Suerte que Ethan no se casó por la iglesia.

—No sé si... —Se marchan a la cocina y los escucho reír y gritar emocionados. Mi padre en cambio se va hacia la puerta—. ¿Dónde vas?

—A cobrar la apuesta. Yo aposté por el día Reyes, es tu preferido.

Me guiña un ojo y se marcha. Ethan se está aguantando la risa y al final se deja llevar. Lo abrazo y nos reímos felices.

—No has dicho que sí.

—Bueno sé de uno que se jacta de conocerme mejor que nadie, de ser así ya lo sabría.

—Lo sé pero me gustaría oírtelo decir. Es la primera vez que me voy a casar por amor y más tras jurar que nunca más lo volvería a hacer.

Lo miro enamorada y feliz como nunca.

—Y yo sigo esperando a que me beses y nada... —Ethan no me deja acabar y me besa como deseo.

Me pierdo entre sus labios y lo acerco más a mí. Me separo de sus labios lo justo para decirle lo que espera oír.

—Te amo. Y es que sí. No podía ser de otra forma. Siempre fuiste tú el que estaba destinado para mí. Da igual lo sucedido hasta llegar aquí, lo único que importa es que hemos sabido encontrar el camino que estábamos predestinados a trazar juntos.

—Yo no podía haberlo expresado mejor. —Entonces me besa de nuevo. Hasta que su madre nos separa.

—Tenemos que preparar una boda. Ya está todo listo. Os casáis en la plaza del pueblo a las cinco. Vamos, que tenemos que arreglaros. Chloe

tiene peluquería a las doce y Ethan más te vale arreglarte.

Ethan se aleja no sin antes besarme de nuevo. No me da tiempo a pensar en todo esto. Me veo arrastrada por mi madre y la de Ethan de un lado para otro, y las dejo hacer porque estoy feliz. Por eso no dejo de reír. Estoy emocionada y tal vez la boda no sea perfecta, no sea como la otra que estaba preparando al mínimo detalle, pero esta es perfecta tal como está por la persona que me esperará en el altar.

Al fin estoy haciendo las cosas bien. Al fin solo soy yo misma y soy fiel a lo que siento. Y a lo que quiero. Y a quien no le guste... pues que no mire. Pienso mirar a la vida de frente y no esconderme más ni ante complejos absurdos ni ante nadie.

Ahora toca preparar una boda. Esto es una locura, una que estoy deseando vivir.

Mi madre saca su vestido de novia y me lo pruebo a ver si me queda bien. Creo que no por las fotos que he visto, donde a ella se la veía más delgada. Me lo pruebo por si hay que hacerle arreglos y me sorprendo al ver que me queda perfecto, que una vez más estaba mirándome mal.

Me veo en el espejo y me encuentro preciosa. Mi madre me recoge el pelo para hacerme una idea de cómo quedara y me tiende su velo.

—Huele a cerrado... —dice mi madre con los ojos llenos de lágrimas—, pero siempre te imaginé con él puesto. Para que te dé la misma suerte que a mí y seas tan feliz como nosotros.

Nos abrazamos y la madre de Ethan dice que me lo quite que tiene un remedio para quitarle el olor y que huelva de maravilla.

Me lo quito y bajo a la cocina donde Olga ha traído varias cajas de flores para hacer mi ramo de novia.

—Va a ser una boda preciosa —me dice emocionada—, todo el pueblo se está implicando y decorando la plaza para que quede genial.

—Seguro que sí. —La abrazo—. Soy muy feliz.

—Lo sé, lo veo en tus ojos.

—Vamos, chicas —dice mi padre—, hay mucho que hacer.

Nos reímos y nos ponemos a preparar el ramo con flores silvestres de las que crecen cerca del pueblo. Una vez listo lo metemos en la nevera. Todo va muy rápido y no puedo dejar de reír por cada avance. Me parece increíble que esto esté pasando de verdad.

Cuando llega el momento de ponerme el vestido, tras haberme peinado y maquillado me doy cuenta de que al mirarme al espejo lo primero que capta mi atención es la gran sonrisa que pinta mi cara. Lo único importante. Por lo que de verdad me tengo que preocupar, por ser feliz.

Tomo aire y me cojo del brazo de mi padre.

—Es como ver a tu madre el día de nuestra boda —me dice emocionado—, te deseo la misma felicidad hija.

Doy un abrazo a mi padre y salimos para ir a la plaza del pueblo. Al salir hay varios vecinos esperándome y al verme aplauden y gritan «viva la novia». Juntos vamos a la plaza del pueblo al lado de esta gente que siempre ha querido lo mejor para nosotros y que forman parte de mi hogar también.

Llego a la plaza del pueblo y ahí está Ethan que me mira emocionado. Es como si todo lo demás dejara de existir. Él completa mi mundo perfecto.

Ethan

Observo a Chloe andar hacia el improvisado altar. Está preciosa. Lleva el vestido de novia de su madre, lo reconozco por las fotos, está algo modificado con un lazo azul bajo el pecho. El pelo le cae suelto por la espalda con un medio recogido, lleno de flores blancas. Parece un hada.

Mi madre no para de llorar a mi lado. Me consta que ya andan apostando el día que nacerá su primer nieto, y por lo que sé también habían apostado cuándo nos casaríamos pero nadie se pensaba que fuera todo tan precipitado. Mucho menos yo. Pero no veo necesario esperar. Ya hemos esperado suficiente. Cuando no hay dudas, el tiempo cuenta de otra manera y lo que parece precipitado en verdad es que estás haciendo lo correcto.

La gente del pueblo está aquí en la plaza. Nadie se quería perder el evento. Han preparado todo con mimo. Al ser fiesta, está la plaza adornada con luces blancas que han encendido y que dan a este atardecer un toque mágico.

Han sacado sillas de sus casas y hay espumillón y farolillos por todos lados. Y aunque no peguen mucho unos con otros, no podía haber imaginado una boda mejor. Aunque si he de ser sincero, me hubiera dado igual todo con tal de que fuera con Chloe.

Llega a mi lado y me mira feliz. Se alza y me da un beso en la mejilla.

—Nos ha costado llegar aquí. ¿No te parece increíble?

—Tú eres increíble. —Me sonrío enamorada y no puedo dejar de mirarla mientras dura la boda.

—Sí hasta te has vestido con un traje chaqueta —me dice pasando las manos por mi traje—. Te quiero lleves lo que lleves. De hecho te esperaba en vaqueros y camisa a cuadros. —Me río.

—Hoy la ocasión lo merece. Hoy empieza el primer día del resto de mi vida a tu lado.

Se alza y me besa sin importarle que no nos hayan dado permiso.

Empieza la celebración, no puedo dejar de mirarla. De atesorar cada destello de sus ojos a fuego para no olvidar ni un instante de este momento.

Digo que sí pero esta vez con convicción y Chloe también, y cuando nos declaran marido y mujer siento que todo está bien, porque yo siempre fui suyo. No se puede tratar de encajar donde nunca se estuvo destinado a estar. Forzar las cosas solo es el comienzo de un desastre anunciado. Ahora lo sé.

Beso a Chloe y la gente del pueblo grita feliz y emocionada.

—Mira. —Chloe señala tras de mí al balcón del ayuntamiento desde donde cuelga una estrella de Oriente. Me río—. Parece que nos persigue para robarnos promesas.

—Eso parece, y esta también pienso cumplirla.

Nos hacemos cientos de fotos. Todos quieren tener un recuerdo de este día. Nuestros padres los que más, que no paran de pedirnos fotos en todos los sitios. No suelto a Chloe, no puedo alejarme de ella. Necesito sentirla cerca para cerciorarme de que todo esto es real.

—Al final sí ha sido cosa del destino —me dice cuando nos sentamos a la mesa y saca un par de guantes, los que compró en el centro comercial. Me tiende uno—. Mientras estemos juntos ellos también lo estarán.

Lo cojo y me lo guardo en la chaqueta, junto a mi corazón.

Empezamos a comer. Hay comida de todos los tipos. La gente ha traído y preparado lo que tenían y, la verdad, no hubiera podido tener un mejor menú de bodas.

Cuando llega la hora del baile ponen villancicos y Chloe empieza a cantarlos riéndose.

—Era broma, chicos —nos dice el alcalde.

Pone una canción romántica, que pasa a ser mi preferida.

—No sé cómo pude imaginar este momento con una persona que no fueras tu —me dice—. Creo que llevo muchos años viviendo la vida que creía querer y no la que de verdad deseo.

—Yo pienso demostrar que las segundas veces sí pueden superar a las primeras.

—Seguro que sí.

Me agacho y la beso antes de que mi padre me la robe y baile con la que siempre ha querido como a una hija.

Noto que se cae en mi pecho un poco de chocolate caliente y me quejo hasta que Chloe lo lame y me mira divertida.

—Ahora sí que está delicioso este chocolate con roscón.

Se ríe y la beso saboreando el chocolate de sus labios.

Tras la boda y las felicitaciones fuimos a cenar. Cada uno había traído un poco de su casa. Había sobras y comida por todos lados. No pude comer nada y Chloe tampoco. Nuestra tarta de bodas fue roscón de reyes con nata y chocolate, con una pareja de novios en lo alto, ya que habían puesto varios roscones de diferentes tamaños uno sobre el otro. Chloe los miró emocionada y cortamos nuestra tarta especial. Tras unos bailes, cogí a Chloe para irnos hasta que mi madre y la suya nos detuvieron con varias bolsas de comida para que no nos muriéramos de hambre en la noche de bodas.

Me reí por la cara de Chloe que no sabía dónde meterse y más cuando se alejaron y las escuchamos hablar de si esta noche se quedaría embarazada ya de su nieto.

Entramos al que será nuestro hogar y le hice el amor sin prisas y besando cada centímetro de su piel. Nos quedamos medio dormidos hasta que Chloe se levantó diciendo que se moría de hambre y subimos la cena a la cama. Cosa que al ver donde ha acabado el chocolate no ha sido muy buena idea.

—¿Estás segura de esto? —le digo cogiendo su mano, donde está nuestro anillo de bodas, regalo del joyero del pueblo. El mío me queda bien pero el de Chloe un poco grande y se van a arreglar cuando los graben con la fecha de la boda.

—Sabes que sí —me dice sonriente—. Te amo Ethan y si de algo me arrepiento es de haber tenido tantas dudas cuando regresé. Sé que en el

fondo solo era miedo a que admitir que te amaba nos separara. Porque creía que tú solo me deseabas.

—Me pasó lo mismo. —Entrelazo mis dedos con los suyos—. No más secretos.

—Nunca.

Y es algo que tengo claro. Hemos estado separados por miedo hablar las cosas, porque ninguno supo decir algo al otro de lo que sentía. Pensando en todo lo que podría ser y no en lo que de verdad era. Y dejando que los miedos y los secretos callados nos separaran.

Hemos tenido suerte de acabar así, de que la vida nos juntara de nuevo, pero no se puede dejar todo al azar o a la suerte. Ahora sé que si quieres algo, es mejor arriesgarlo todo y perder, que callar y no hacer nada, y ver cómo la vida pasa y tú solo te amoldas a las circunstancias en vez de vivir la vida que deseas.

Recuerdo nuestra promesa, esa que hicimos y que aceptamos. Tal vez esos niños no sabían nada del amor, pero aquello fue una señal como la estrella de Oriente lo fue para los Reyes Magos hasta guiarlos al camino correcto.

Nos ha costado pero al final hemos hallado nuestro destino.

Epílogo

Ethan me tapa los ojos mientras entramos a nuestra casa tras el trabajo. Me quiere dar una sorpresa y me muero por saber de qué se trata.

No puedo ver nuestro hogar pero me lo sé de memoria. Traje mis cosas y las ordenamos, al igual que las de Ethan que empezó a ver esta casa como la suya y a verla como su hogar. Tal vez no fuera su casa soñada ni la mía con ese balcón, pero ahora no me imagino en otro lugar. Nosotros hemos hecho de este lugar un hogar y el sitio es indiferente mientras estemos juntos.

Hemos pintado y decorado la casa a nuestro gusto. Me encanta y más porque está llena de nuestros recuerdos. De todos esos que guardamos por no ser capaces de luchar por lo que teníamos, en vez de dejar que el miedo nos llevara por caminos equivocados.

—Ya —lo dice al tiempo que noto algo peludo tocar mis piernas y al bajar la vista veo a Claus mirándonos feliz mientras da botes de un lado a otro.

—¡Claus! —Lo cojo y me lame la cara feliz—. Me dijiste que aún faltaba mucho para que pudiera venirse a casa.

—He sido un poco malo y siento haberte mentido, pero ha merecido la pena por ver tu sonrisa.

—Ethan. —Lo beso con el perro entre los dos que no deja de moverse y lo dejo en el suelo para que corra de un lado a otro. Noto un pequeño calambre y me llevo la mano a la tripa.

—¿Estás bien? —me dice Ethan preocupado por mí y por el bebé que crece en mi vientre desde hace dos meses.

—Perfectamente, pero tengo un antojo...

—No lo digas, estoy harto de tus antojos —dice de broma y me besa—. A ver, dime, qué será esta vez. Un helado de tres bolas de chocolate, una napolitana caliente a las tres de la mañana, una *pizza* de desayuno...

Me río por todas las cosas que se me han ocurrido. La verdad es que como embarazada soy un poco insoportable. Lo bueno es que Ethan me conoce y cuando le digo lo que se me ocurre, coge mi mano y la lleva a mí

culo, y me dice que así el antojo no le saldrá en la cara al bebé. Sabe cuándo le pido un antojo de verdad y cuándo son ideas que se cruzan por mi cabeza para provocarlo. Y aunque protesto, acabo riéndome porque no me dé todo lo que pido sin sentido. Aunque al final siempre me acaba dejando lo pedido junto a mi mesa, en mi despacho, al lado del suyo.

En estos meses que estamos juntos, he descubierto cosas nuevas de Ethan que me sorprenden y me encantan, y sé que nunca dejaré de conocer algo nuevo de él. Que a las personas por muy bien que las conozcas nunca las conoces al cien por cien y eso es lo bonito de esto, que cada día me esfuerzo por descubrir algo nuevo de él, por enamorarme de sus virtudes y defectos un poco más.

Yo quería una vida perfecta y no me di cuenta de que la perfección se encuentra en aceptar lo que queremos y no lo que creemos que debe ser.

La perfección es subjetiva y cada uno la halla de una forma.

Y he hecho una apuesta, una apuesta por Ethan y por mi familia. He apostado que lo nuestro será para siempre y esta vez nadie se ha atrevido a contradecirme. Es raro que por una vez todo el pueblo esté de acuerdo en algo. Y es que existen cosas evidentes que nos cuesta ver, hasta que nos detenemos a mirar con detenimiento lo que nos rodea.

Ahora solo me preocupo por ser feliz y lo que piense el resto me da igual. Al fin he podido mirarme al espejo y mirarme de verdad, y lo que antes eran defectos, ahora son la historia de mi vida.

—Es precioso hija —dice mi madre cogiendo a mi pequeño entre sus brazos—, pero para el año siguiente quiero celebrar los reyes sin tantos sobresaltos.

Me río. Hace un año que nos casamos y nuestro hijo ha decidido adelantarse tres semanas y venir el mismo día que yo al mundo.

—Ya deberías estar acostumbrada —le digo.

—Ahora lo entiendes, ¿verdad? —Me mira con mucha intensidad a los ojos—. Entiendes que iría al fin del mundo por ti. Por mi hija, y ahora lo haré por mi nieto.

—Te entiendo, mamá. Tengo suerte de teneros a todos.

Mi madre me da un beso y pasa a mi hijo a mi padre que se muere por comérselo a besos. La puerta del cuarto se abre y vemos a Ethan entrar con

un roscón de Reyes y chocolate.

—Nuestra tarta de bodas para celebrar el primer aniversario —me dice dejándolo sobre la mesa—. ¿Estás bien?

Me pregunta notando como trato de aguantar el cansancio tras el parto.

—Sí. —Nuestro hijo llora pidiendo atenciones y mis suegros le dan un beso antes de dármele—. Y más vale que me acostumbre.

Estoy agotada, cansada como nunca, pero de dentro de mí sale una fuerza tan increíble que me hace olvidarme de todo y sonreír a mi hijo como si todo estuviera perfecto. Como si estuviera al cien por cien para él.

Le doy el pecho mientras mi familia come el roscón y celebran felices este día.

Ethan me da un beso y luego a su hijo.

—Me gusta verte sonreír. Sabes que por esa sonrisa sería capaz de todo.

—¿Hasta de traerme la estrella de Oriente?

—Él no, pero yo sí —dice la madre de Ethan cortando la respuesta de su hijo. Saca algo del bolso y lo deja sobre mi cama. La desenvuelve, es su estrella de oriente—, me contó Ethan que os costaba elegir una estrella para vuestro árbol. Yo quiero daros esta, para que sigáis construyendo tan buenos momentos como hasta ahora, juntos, y que os siga guiando para encontrar el camino de vuelta a vuestro destino en caso de perderos.

—No podemos aceptarla —le digo yo pero Ethan la abraza y le da las gracias—. La cuidaremos bien —digo aceptando su decisión.

Al poco se marchan y nos quedamos los dos con nuestro hijo. No quiero dormir, me cuesta cerrar los ojos y que toda esta felicidad se evapore.

Abrazo a mi hijo con fuerza contra mi pecho, hoy no hemos conseguido que quiera la cuna, solo quiere estar entre mis brazos... y yo tenerlo entre los míos.

—Estoy aterrado —me confiesa—, pero a la vez soy feliz.

—Te entiendo. Lo haremos bien, estamos juntos.

Aprieta mi mano con fuerza y luego me besa con lentitud. Al separarse me sonríe como siempre, como cada día, con tanto amor en sus ojos verdes que me hace comprender cuánto me quiere y cuánto poder tienen los gestos que dan tanto valor a los sentimientos expresados.

Acaricio mi estrella de Oriente distraída y le pido una única cosa: que la gente a la que quiero sea feliz, porque si ellos lo son yo siento que puedo conquistar el mundo.

Agradecimientos

A mi familia, por ser parte de esta aventura y por animarme siempre a ir hacia adelante y nunca abandonar mis sueños, a luchar por lo que de verdad importa en esta vida: ser feliz.

A mi editorial, Ediciones Kiwi, por estar siempre ahí.

A Merche, por ser mi amiga y mi apoyo siempre, y una gran mujer a la que admiro mucho.

A Clara, Natalia y Mari, por estar siempre ahí, libro tras libro, y ser mis amigas.

A mis sobrinos, porque sois parte de mi vida.

Y a todos los lectores que han hecho posibles estos diez años de carrera y, sobre todo, que siga teniendo la misma ilusión que cuando empecé.

Gracias por darles una oportunidad a mis letras.